Anabella Giracca

Gitana mía



Reconocía, hasta con cierta gracia, que las maldiciones gitanas y los falsos presagios eran buena adarga para sobrevivir. Pero esta vez se estremeció por tener que arrinconar sus engaños y leer un destino que la incluiría…

El destino de los dos hermanos y sobrinos del presidente de la República, Julián y Leandro, parece estar marcado por el capricho del Patrón, quien dispone a su antojo de todo y todos los que están bajo su control.

El país que dirige como si fuera su finca se debate entre alcanzar una modernidad que exige el fin de siglo, o aferrarse a la tradición en la que se siente muy cómodo. El clan de gitanos del patriarca Rupa Kari, atraído por los aires de prosperidad, se instala en las afueras de la ciudad de Guatemala. Sus jóvenes están destinados a proveer la fuerza física que ayudará a construir el ferrocarril. El resto de los romaníes atenderá a la población con diversiones y prácticas adivinatorias que incidirán en el desarrollo de los acontecimientos.

Anabella Giracca

Gitana mía

Anabella Giracca, 2015
Imagen de portada: cortesía de Renzo Rosal y familia
Foto de la autora: Axel Dettoni

A Roxana,
a Verónica,
y a la gitana que llevan dentro.

«Arriba, gitanos.
Ahora es el momento
venid conmigo los romá del mundo.
La cara morena y los ojos oscuros
me gustan tanto como las uvas negras.
Ay romá ay muchachos».

CANCIÓN GITANA

I

Ludu de Egipto no tuvo más remedio que hincarse sobre hojas de melisa para ahuyentar al mal augurio. La estampida de furiosos caballos desbocados contra el campamento trajo a su memoria la partida intempestiva que la arrancó de su madre para siempre. Tiró a la hermana de las caderas obligándola a esconderse debajo del catre y corrió la cortina del carromato cuidadosamente para presenciar, desde el silencio, los hechos que confirmaron sus premoniciones.

El alboroto de cinchas, estribos y cascos entorpecidos agitó la tertulia del albergue de gitanos, acostumbrados a desalojar antes que vivir la pesadumbre del destierro. Esta vez permanecieron sin estorbo durante más de treinta días de milagrosa quietud, durmiendo bajo el mismo trozo de cielo en un territorio aparentemente inofensivo. La luz de la fogata confundió su lumbre con la embestida de borrascas de ceniza y viento; algunos faroles anclados en los carromatos titilaron, debilitados. Cinco perros amarillentos salieron al ataque mordiendo patas de corceles que perdieron la cordura, relinchando sin pudor. Las mujeres saltaron en búsqueda de los niños dispersos por el campamento, sumidas en gritos inconsolables de pájaros cautivos, adiestrados para estremecer a las piedras. A su paso aventaron a unos conejos recién despellejados, que colgaban goteando sangre fresca. Sumergidos en el estruendo, los hombres se agruparon junto a sus sementales con aparente calma, pero armados de navajas y terrones entre los dedos, listos para la embestida; las hormigas abandonaron sus guaridas dispuestas a escalar botas y calcetines; fornidas mujeres prepararon su defensa con sartenes, potes y cuchillos capaces de partir en dos a un tiburón. Rupa Kari, el patriarca del clan, se puso

de pie con impulso de gacela, el puño cerrado a un lado y el otro aguantando el asa del caldero de agua hirviendo, decidido a arrojarlo encima de quien tuviera el coraje de acercarse. En cuclillas, junto a la hoguera, tres ancianas rezongaron maleficios en romaní, escudo infalible de su estirpe. Los edredones de plumas se elevaron con vida propia formando nubes en el aire; mientras caían, volcaban botellas, velas encendidas y los tendederos de ropa con desfiles de corpiños y pañuelos.

Aquellos quinqués que emergieron de los carromatos, como volando sin dueño, devoraron las tinieblas de la noche. La confusión se generalizó y el tumulto encrespó a los caballos andaluces, que descansaban en un pastizal improvisado previo a su venta en la plaza dominical. Acostumbrados a la calma de la música gitana sin horarios, las bestias corrían el riesgo de estrangularse por el susto. Los sombreros cayendo, banda de palomas negras, remontaron en la sombra. Rupa avanzó amenazante hacia los intrusos, con varios hombres resguardándole, sin liberar su puño humedecido por el sudor que le ocasionaban los asaltos. Al unísono, el torpe paso del hombre que comandaba a los invasores retó al patriarca hasta chocarse cara a cara en medio del barullo.

Leandro Puerta Barrios presumía de una figura intachable que, a pesar del deterioro causado por los licores de esa noche, subsistía lozana, refinada, con el corbatín blanco perfectamente alineado, el saco inmune a la polvareda y algunos rezagos de inexplicable frescura. A Rupa Kari le bastó con verlo para saber que esa mirada sensata, amparada en una falsa gallardía, delataba su incapacidad de herir ni con un alfiler. Cortejado por la noche, el joven criollo lanzó una sonrisa de Apolo, instruida para hipnotizar hasta a un gigante.

—Pero ¿por qué tanto alboroto? —dijo Leandro, resbalando cada sílaba. Sostenía una botella de aguardiente de San Jerónimo con su mano izquierda y tanteaba el piso de tierra con la otra, para encontrar su sombrero—, si yo solo quiero hablar con una tal Ludu de Egipto.

El coro de risotadas de los muchachos que lo acompañaban alteró aún más a los perros, hasta que Rupa los enmudeció con un solo grito, ansioso por esclarecer la situación lo antes posible y volver a su jornada nocturna. Frustrados, los caninos escondieron la cola entre las patas y dejaron charcos de baba a su paso. De los matorrales aledaños emergieron dos mujeres con piedras de río entre las manos, que fueron regando en el camino. Hablaron con el patriarca en un dialecto ajeno, sin bajar la mirada incandescente. A pesar de la penumbra, Leandro Puerta Barrios vislumbró sus sombras altivas deslizándose por el aire y pensó en los fantasmas de su casa. Mientras los gitanos dilucidaban sobre una causa a todas luces perdida, la decena de intrusos, guiados por las secuelas de la embriaguez, se fueron acercando a la luz de la fogata seducidos por un bienestar inesperado que los serenó.

El resto del clan fue apareciendo de los recovecos para ver a los extraños de frente y retarlos con cábalas y encantamientos. Ante la advertencia que les hizo Trinidad, amigo íntimo de Leandro —«jamás vean a un gitano a los ojos»—, algunos se cubrieron el rostro como silfos amenazados por un maleficio irreversible. Según se murmuró, los transgresores venían de una larga celebración que había puesto a toda la ciudad en juerga por el decreto de dos días de asueto. Acababan de fusilar a la banda de traidores que puso en vilo al progreso de la Patria.

—Ludu está indispuesta —dijo Rupa con acento quieto, pero determinante.

—Pues dispóngala —respondió Leandro frente al coro de carcajadas de sus comparsas.

El campamento recién asentado de «los llovidos», como las notas de prensa bautizaron a los húngaros, venía de calvarios marcados por un impulso que les impedía abandonar las intemperies y sentar cabeza. Cada vez que su caravana pisaba tierra firme, para anclar sus bártulos y carromatos, se veía retada por un amasijo de leyendas que a nadie interesaba redimir. Se decía que robaban niños rubios con ojos de cielo y extraían billeteras de transeúntes con una

habilidad ancestral. Eran acusados de traficar pociones clandestinas, vender mandrágora con todo y su tintura, contagiar a los niños de coqueluche y tos nerviosa, y que sus melenas cundidas de piojos infestaban pueblos enteros. Cuando alguien los miraba a los ojos no tenía más alternativa que huir y buscar la redención con un cura y tres rosarios, porque el maleficio que lanzaban era más poderoso que la peste tropical. Pero los más sorprendentes rumores afirmaban que los rom nacían con dos corazones encerrados en el mismo pecho y un natural talento para burlarse de Dios y de la vida; que llevaban a cuestas la herencia de amores malogrados, imposibles de exonerar; que no eran de fiar; que indios y jornaleros corrían el riesgo de contagiarse con el vicio de su vagancia. Ese misterio poco importaba para Leandro y sus acompañantes. Con la embriaguez, los murmullos venían sin cuidado porque durante la eterna tertulia de aguardiente, *bourbon*, mujeres recubiertas con cuatro capas de perfume, cigarros cubanos y licores ultramarinos, se habían empeñado en recurrir a las habilidades de una adivinadora que, se decía, era capaz de hablar con los fantasmas y predecir el siglo venidero de la incauta clientela. Desde su llegada, a Ludu de Egipto la consultaban personas cautivas de la desesperación o seducidos por la curiosidad. Pronto su acierto en consejos y vaticinios le dio una reputación de clarividente que se expandió como incendio forestal. Su presencia no sobrevivía historia escrita. Presumía voz ronca y autoritaria; actitud desafiante y ojos tan vivos como si recién hubieran descubierto la luna. Los heredó de su madre, junto a la única habilidad que la hubiera confundido con un síquico de fama: predecir aguaceros y visitas inesperadas. Cándidos, quienes recurrían a sus servicios salían convencidos de que efectivamente poseía un sexto sentido capaz de romper los avatares del destino.

Los interesados en comunicarse con sus difuntos para saldar cuentas pendientes, o simplemente adelantarse a la fortuna, ahora tenían que hacer cita para consultarla. Mientras esperaban haciendo fila pacientemente en el inusitado campamento de bailes sin rutina, las gitanas aprovechaban para vender patas de conejo, colas de

armadillo, talismanes y ojos tibetanos recetados para espantar las maldiciones. La psíquica Merea Putu adelantaba algo sobre el destino que, según ella, lograba captar en el aura de los asiduos. Elena Gupu comerciaba con un desfile de viandas que, al parecer, incitaban a la felicidad y a la lujuria. Las más jóvenes ofrecían una corta visita al oso bailarín que vivía en una gran jaula rodante disfrazada de paraíso, y de paso cobraban por ver de cerca el moderno teodolito y un dínamo de manivela, únicos en toda la región. Las mujeres maduras exponían sus polvos para embellecer, hechos con minerales de la Patagonia, ofreciendo a la vez consejos matrimoniales y novedosas poses eróticas para retener a los maridos hasta desfallecerlos, todo por la módica cantidad de un peso. Los niños, jaloneando sacos, fustanes y vestidos, se encargaban de aterrar a la clientela con el desencanto de la limosna. Se decía que Ludu de Egipto atendía con especial interés a las señoritas a quienes San Antonio no hubiera hecho el milagro a pesar de haberlo vuelto contra la pared o puesto patas arriba. Que su mirada emanaba vapores sediciosos y sus poderes desafiaban al azar inexorable de la edad. Que debajo de sus faldas escondía pequeños botes con agua de la fuente de la vida y de todos los amores; que no había, sobre la superficie de la tierra, hombre capaz de resistirse a sus encantos de celestina. Aún así, las damas parroquianas se volvieron frecuentes visitantes y los caballeros complacientes recibían lecciones gratuitas de Rupa Kari sobre el manejo del teodolito y los beneficios que el dínamo traería a la Humanidad. El patriarca los citaba cuando se auguraba noche despejada, para captar por el lente de su moderno aparato las hondonadas de la luna. A pesar de que se recorría la cresta de un siglo en el que los centroamericanos miraban hacia el porvenir con optimismo, rechazaban las supersticiones, recién se congraciaban con la ciencia, encomiaban al régimen militar y lavaban conciencias con sangre ajena, no les faltaban los martirios del corazón.

Rupa Kari era un hombre con ideas tan atinadas que pocas veces dejaban a alguien en la estacada. A leguas de distancia se notaba la fuerza de su intuición. Comandaba a la compañía con atávica sabiduría; protegía a los niños con ira y velaba por las mujeres sin marido como si fueran joyas. Cada tarde reunía a los hombres alrededor del fuego para planificar la próxima ruta o el más conveniente matrimonio, acompañado de licor polaco, su mayor debilidad, porque al terminar la botella acariciaba la ambición de toparse con el espíritu de su hermano. Aunque estaba en su ley jamás tocar a las gitanas del clan, más de una vez falló a sus principios y consoló los ahogos clandestinos de alguna pasajera. Y como no creía en los pecados, cada vez que se asentaba en algún nuevo lugar se perdía en las cantinas y burdeles que lo atraían como miel a las abejas. Acostarse con él era un premio que valía jugarse hasta la vida, porque trataba con ternura. Apenas tenía doce años cuando el abuelo lo lanzó a la jaula de una anciana de treinta y cinco. Como carnada de lagarto, titilaba de pánico ante los exuberantes pechos desnudos de esa desconocida que lo observaba con una mirada que más tarde buscaría en cada esquina. La dotada mujer lo trató como a un niño, asunto que le incomodó porque no venía al caso engañarse en momentos tan cruciales. Acarició su cabello de bucles castaños hasta tranquilizarlo. Besó sus mejillas morenas como si fuera a despedirse del hijo que va para la escuela. Luego le bajó los calzoncillos de manta hasta las rodillas y lo frotó con delicados dedos de pianista. La lengua invasora, sumergiéndose entre su saliva y bailando en su paladar, lo asustó al principio pero no pasaron dos minutos sin que descubriera que la fuente de la vida, que el elixir del que tanto había escuchado en las canciones gitanas, estaba justamente ahí. Deslizó su mano pequeña y temblorosa hasta los placeres húmedos de la experimentada, que sorprendida por el acelerado progreso del principiante cayó tendida sin tener que dar más instrucciones. «Jamás trates mal a una mujer», le ordenó

mientras recibía las monedas del abuelo borracho y se sumergía de nuevo en la alcoba que para Rupa fue el primer paraíso.

Sus allegados afirmaban que esa habilidad de desglosar la esfera celeste lo bañaba con protección sideral. Parecía atrapado en un vergel cuando desnudaba su torso, se tendía bajo las estrellas y las reconocía con sus nombres y constelaciones. Anunciaba tormentas estelares y sabía guiar la caravana pensando en su mapa de cielo, sin jamás perder la ruta. Tras verlo martillar los grandes peroles de cobre como tañendo campanas de iglesia, con un sudor cristalizado en su piel cetrina, muy pocos no perdieron la cabeza por él. Tendido en su melancolía, Rupa había presenciado guerras religiosas, dictaduras sanguinarias, conspiraciones pregonadas, eventos de tal magnitud que le hubieran dado las más altas calificaciones para ser asesor presidencial. Se convirtió en bienhechor de Ludu y de su hermana tras el encierro perpetuo de la madre, su más añorada amante, acusada de robar el collar costoso de una acaudalada mujer. «Lo hice para que mis hijas dejen esta romería del carajo», fue lo último que alcanzó a decir antes de enclaustrarse en el oscuro calabozo y confiarle un sobre cerrado para Ludu. Al arrancar a las niñas de su regazo, Rupa Kari juró educarlas bajo los designios de su estirpe. Tanto así que a los pocos años ambas lo querían como a un padre. Consagrado a los principios del clan, Rupa acarreaba mujeres en edad de merecer y jóvenes perdidos que se encauzaban vencidos por su mando, o viudas con virginidad reparada para desposarlas con gitanos de otros clanes sin riesgo de parentesco. Muchas optaban por quedarse a su lado, con la esperanza de consolar sus desventuras aunque fuera por una sola noche de gloria. Rupa Kari, el patriarca de los Pulika, lejanos descendientes de los primeros gitanos que franquearon el océano en el tercer viaje de Cristóbal Colón, despertaba pasiones. Su cepa emigró por las costas selváticas de Panamá, hasta cruzar el río Atrato y afianzarse en Antioquia, una extensa sabana de Colombia poblada por cascadas y rebalses prodigiosos. Tiempo después, una de las castas liderada por su abuelo, procedente de una comunidad desventurada de músicos

húngaros de Tata, se desprendió de la gran caterva y emprendió camino rumbo a México. El trajeteo fue su legado y cuando la mandolina del anciano dejó de sonar, heredó naturalmente el mando de la caravana.

Estacionados en un enredo de ficciones, los Pulika eran amantes por naturaleza, artesanos de corazón, comerciantes por necesidad, acróbatas de profesión, adivinadores por principio, músicos apasionados, bailarines por atributo, juglares de artimaña, encantadores de serpientes por casualidad y parranderos por placer aunque su verdadero ministerio estaba en lucirse con una habilidad magistral cuando moldeaban metales de todo tipo y para toda causa. Tenían ventaja sobrenatural en el comercio de caballos percherones y sementales porque los obligaban a crecer más grandes y fuertes de la cuenta, al colmo de no caber en un establo convencional. En las calles de una sociedad conservadora se comentaba que eran víctimas de desastres y resultado de maleficios por haber forjado, para salvar su vida, los clavos usados para crucificar a Cristo. Más allá de ejercitar sus habilidades con estrepitosos designios de libertad, los Pulika se propusieron ahorrar para adquirir un trapiche rodante de panela y fabricar bloques de azúcar morena, piloncillos y rapadura, vender marmitas, melcochas en las ferias y permanecer más de una semana con los pies asentados sobre la tierra. Sábado tras sábado Rupa recibía el porcentaje de las ganancias, que guardaba en un lugar secreto junto con la carta de Ludu. Luego empezaba el festejo sin lazos ni remordimientos.

En el único libro familiar, que el patriarca guardaba como tesoro, escondía un afiche que se caía a pedazos: «Se vende buena partida de esclavos gitanos por subasta en el monasterio de San Elías. Consiste en 18 hombres, 10 chicos, 7 mujeres y 3 niñas en buena condición». Uno de los hombres vendidos fue Feru Kari, su hermano. Tras rastrearlo por las costas del sur, se enteró de que la muerte sorpresiva, provocada por una víbora punta de lanza dorada, lo embistió a media faena de corte de caña en los recónditos confines

meridionales. Cuando se emborrachaba en la soledad de su carromato, con papel tapiz de estrellas para disfrazar el encierro, amanecía abrazado a su libro, sollozando la tristeza por el hermano al que no pudo rescatar. Sin despedirse, movido por la esperanza de vivir en una casa solariega frente a las cordilleras del sur, Feru Kari cruzó el continente, persiguiendo promesas de prosperidad. Al ganar todas las jugadas de póker durante una semana seguida en un bar amazónico, fue encarcelado sin clemencia. Lo pusieron a la venta como el más oneroso espécimen porque luchó contra siete soldados llevándose el triunfo y hubo que llamar reservas para dominarlo. Igual que Rupa, desafiaba a todo mortal con un cuerpo colosal digno de exposición, piel espesa y ojos de cielo a punto de estallar en tormenta. La desalmada dueña de la hacienda brasileña, que pagó buen dinero por él, se sirvió de sus amparos durante largas noches sin marido, antes de lanzarlo al ruedo del trabajo forzado en la Queimada Grande, mejor conocida como Isla de las Cobras. Alguna vez pensó en devolverle los favores de acaloradas veladas demenciales y firmarle los papeles de libertad o facilitarle una fuga silenciosa, pero el pánico a las sospechas fue más fuerte que su agradecimiento. Contaban en esas extensas tierras de juncos que la mujer sufrió un desmayo sospechoso, que anunciaba la llegada de un nuevo patrón, cuando la serpiente clavó su mordida fatal en el talón de Feru. Rupa, acorralado en insomnios recurrentes, machacaba en su cabeza la urgencia de rescatar al sobrino del encierro mundano que su sangre gitana le impediría soportar. En repetidas ocasiones, Ludu de Egipto intentó curarle las angustias con pociones portentosas, pero la ira era más fuerte que todas las mixturas de su colección.

Luego de serpentear infinitos caminos de brumas e interminable pesadumbre, de surcar pechos de montañas y extensas planicies de sal, acarreando la caravana de tres pisos de cachivaches, y llegar a tierra centroamericana, cierto respiro alivió a la compañía gitana. El presidente guatemalteco, con intervención militar en gran parte de

la región, decretó otorgar plenos derechos a los visitantes sin importar nacionalidad, clase o condición, promoviendo así la importación de sangre nueva, mano de obra enérgica, saludable, para realizar su sueño mesiánico: construir en pocos meses un nuevo tramo de hierro hasta la capital. Abrir paso al ferrocarril más sofisticado del continente significaba el pendón de la vanguardia. Nadie cuestionó ante tan irrevocable mandato que la recién llegada caravana de húngaros no representara una excepción. Además el presidente, luego de convertir el espionaje en institución del Estado, ya tenía noticia de que el campamento albergaba a una buena docena de jóvenes con cuerpos de galeones, capaces de trabajar bajo el sol sin tan siquiera beber agua. Así como bailaban, estarían en capacidad de sembrar durmientes hasta el amanecer. Nadie se atrevió a expulsarlos de ese extenso terreno que ocuparon en el Paseo de Jocotenango, a diez leguas de la Catedral, por miedo a contrariar al Reformador. Tal parecía una irrupción inmaculada.

—Viven en campamentos inmundos, presidente, en las afueras de las ciudades francesas de donde son expulsados con garrote. Hacen brujerías aprovechando el deseo que emanan sus mujeres, que son más putas que las de Las Tres Juanitas. Créame, presidente, que estos romaníes son peligrosos. Dicen que tienen a una adivinadora que nunca envejece, con la virtud de cambiar el destino de un país —dijo al oído del presidente el general Guardia, su más íntimo consejero.

—Pues me importa un carajo que vendan a sus niñas y que nos llenen de putas, porque yo quiero a sus hombres para trabajar —respondió el presidente, despreocupado—, y no se olvide, Guardia, de hacerme una cita un día de estos con esa apetecible inmortal.

Los Pulika estaban adiestrados para sobrevivir a todo tipo de avatares. Sabían desaparecer cuando predecían hostilidad. No era nada extraño que las hordas supersticiosas mandaran a sus guardias para desalojarlos sin clemencia. Al parecer, en su nueva estadía entre iglesias clausuradas y curas expulsados, tenían mayores posibilidades de sobrevivir. Desde su característico hálito de

hechiceros se abrían a cualquier credo sin profesar, a cualquier régimen sin prevenir. Asumían cualquier pena sin odiar y se congraciaban con toda causa sin parpadear. Eso les permitía gozar de un pendón de irreprochable protección y de la empatia de parte de algunos pobladores que no pensaban dos veces antes de defenderlos para pagar sus deudas de predicciones consumadas. Alguna vez recibieron tentadoras ofertas de permanencia, pero les espantaba la idea de encerrar su nomadismo en una gaveta y traicionar a sus fantasmas. «La única ventaja de no pertenecer a ningún sitio está en que uno no se encariña con nadie», afirmaba Zurka, la más anciana del clan. Luego de setenta años de convivir con el mismo marido y perderlo mientras dormían, se unió al clan de los Pulika convencida de que Rupa Kari era el más indicado para conducirla apropiadamente por los vestigios de su vejez y entregarla a tiempo a la autoridad de la muerte. Para Zurka las quejas de su larga vida no se centraban en el nomadismo natural heredado de sus antepasados ni en el solitario diente que le quedaba bailando en sus encías, sino en la incapacidad de haber visto, durante toda su vida vagabunda, una flor germinar en tierra que no estuviera encarcelada en una vasija. Entrar a su carromato era igual que estar en un oasis de flores, helechos y enredaderas que ocupaban hasta la cama. Dormía plácidamente como en un nido de avestruz, rodeada por la selva de sus sueños. A dos cuartas exactas de la ventana habitaba una planta carnívora del Perú, alimentada por la anciana con moscas frescas cual si fuera una bebé. Cada vez que aterrizaban en nueva alquería procedía a sacar sus macetas, una por una, con la lentitud que le imponían su joroba y las piernas vencidas por el tiempo. Al terminar su larga rutina no resultaba nada extraño tener que recluirlas de nuevo entre las angostas paredes de su carromato, a causa de sacerdotes trasnochados y monjas del Perpetuo Socorro, respaldadas por el Espíritu Santo y seducidas por la ambición de un mundo sin pecado. Esta vez, liberados de toda inquisición, Zurka no se dispondría a interrumpir treinta días de estabilidad milagrosa que le daban la esperanza de ver brotar nuevas gardenias, pasifloras y

buganvilias por culpa de una banda de atolondrados. Cuando se apagaban los bailes y cantos de fogata se recluía en la soledad de su carro porque nadie estaba dispuesto a morir a su lado, engullido por la jungla rodante de sus desventuras. Convivir con ella no resultaba nada fácil. Ingresaba a las cocinas provisorias, otrora de sus dominios, para cambiar las especias de sus botes y confundir los sabores; inventaba falsas persecuciones; se hacía la muerta frente a los niños y juraba de rodillas que alguien la quería asesinar para quedarse con su planta. Rupa no intervenía ante los recurrentes clamores. Luego de haber cuidado a su abuelo durante tanto tiempo, sabía que la vejez viene dotada con el don de la imaginación.

Quince carromatos se ordenaban alrededor de las hogueras formando un gran semicírculo; mujeres acicaladas, cubiertas con ropas de colores briosos, dotadas de ojos grandes y tenaces dientes blancos que destacaban en su piel amortiguada y oscura, oteaban en la espesa penumbra. Acarreaban monedas de oro en aretes, collares y brazaletes, que lanzaban pequeños destellos a los ojos de los visitantes con intención de embrujarlos. Para los recién llegados payos, como los zíngaros llamaban a los blancos, esa escena fue un soborno que les atizó el deseo. Sus tiznados cuerpos desparramados tanteaban por un trozo de piel tibia para acurrucarse a orillas del fuego. A cambio tropezaron con la sensación de estar refugiados en el regazo de sus madres. Para ellos fue fácil notar que los gitanos, que tanto terror y furia desataban en la capital, no parecían ser portadores de plagas ni de coqueluche y tampoco había niños rubios gritando la desgracia de su rapto. En cambio, daban la impresión de vivir enroscados en su propio edén.

De una sola mueca, Rupa ordenó que se retiraran los curiosos y retornaran de nuevo a su juerga de música, asintiendo para que el arpa continuara con su llanto gitano.

—Sigan todos, que yo me encargo de estos infelices payos —dijo entre dientes.

En el fondo, esa visita le inquietó más de la cuenta. Sabía que un presagio tenía riesgos de cumplirse porque sus ojos se humedecían sin razón aparente. Él basaba su fuerza en la magia derivada de los antepasados. En su campamento no compartían ni culto mesiánico, ni memoria de un gran pasado histórico. Sus recuerdos no rebasaban más de dos generaciones. No confiaban en los espíritus ni miraban aparecidos. No tenían héroes míticos ni razones consagradas; la arcaica lealtad tribal era su único sustento. Los llovidos habían logrado vivir siglos sin mezclarse con los payos y eso representaba un orgullo legendario. Por eso, cuando el corazón le bajaba a las piernas, era por el anuncio irreversible de un amor fugado.

Por el contrario, Ludu de Egipto pensaba firmemente en que la práctica de buenaventura y adivinación, además de constituir una modesta fuente de ingresos, representaba para los rom un escudo poderoso. Reconocía, hasta con cierta gracia, que las maldiciones gitanas y los falsos presagios eran buena adarga para sobrevivir. Pero esta vez se estremeció por tener que arrinconar sus engaños y leer un destino que la incluiría.

Abocados a su último recurso ante los invasores que se habían acomodado más de la cuenta, los rom se rascaron de forma persistente. Luego tosieron violentamente cerca de sus rostros, confiados en espantarlos por el miedo a contagiarse de algún temido mal pulmonar. En vez de marcharse por las buenas, algunos quedaron dormidos, abrazados por el calor y la distancia.

—Su talento teatral fracasó —dijo Zurka—. El asunto es mucho más serio que estos curados encerrados en un mundo de nuez.

En cuclillas y con una botella repleta de luciérnagas que iluminaban su rostro moreno y el ojo izquierdo, un tanto más agachado que el otro, Ludu de Egipto observaba el escándalo a través de la cerradura del carromato. Le produjo gracia el mareo de Leandro Puerta intentando enfrentar al gran Rupa. Al mismo tiempo,

un cosquilleo le calentó la espalda. Sostuvo la risa para no despertar a su hermana Mala, que yacía debajo del catre, aunque tenía un sueño tan profundo que ni un batallón en guerra allanando su carromato podría perturbarlo. Al cerrar los ojos en posición horizontal, perfectamente alineada en su angosto camastrón, la chica se entregaba a húmedos delirios, donde la existencia le venía sin cuidado. Pocas veces había nacido alguien tan destinado al letargo, cuya única consigna se alojaba plácidamente entre los sueños. Cuando despertaba para alimentarse y recibir un poco de sol, juraba que todo era fantasía. Sus amores le daban deleite en el desvarío de la noche y su única ilusión durante la vigilia consistía en encontrarse con la mirada brillante de su hermana. «Qué lindo es soñar contigo», le decía, antes de cerrar los párpados y volver a su quimera. Médicos de renombre intentaron diagnosticar su desapego a la vida, pero toda intervención fue inútil. Mala padecía el mal de la ilusión.

—He dicho que vengo a buscar a una tal Ludu de Egipto —repitió Leandro, tambaleándose.

—Y yo he dicho que está indispuesta —le recalcó Rupa, encolerizado.

—Creo que no ha entendido. ¿Mencioné que soy pariente del presidente?

Rupa estaba cansado. Dormir en la falda extendida de un gran volcán en erupción le dio la paz transitoria que buscaba. Sentir sus retumbos con el cuerpo tendido era como escuchar los latidos gigantes de la Tierra. Con tal de quedarse, estaba dispuesto a acostumbrarse a los temblores. Las mujeres del clan tenían la feliz esperanza de asistir a la prestigiosa feria patronal, que prometía ganancias suficientes para adquirir, de una vez por todas, el trapiche rodante. Estaban listas para vender sus patas de conejo, pregonar las gracias del oso bailarín, comerciar tinturas y exponer novedosas fotografías en blanco y negro con un viejo y gigante quinqué que las iluminaba: sus espectadores viajaban sin boleto por el mundo al presenciar el espectáculo de satisfacción garantizada. Los expertos

en orfebrería fueron contratados temporalmente por una fábrica de cobre, que a leguas reconoció su sólida reputación. Los muchachos se enrolaron en el ambicioso proyecto del mandatario, prometiendo levantar, en un par de meses, el camino de hierro hacia el porvenir. Sin decirlo, anhelaban dejar su nombre estampado en algún acontecimiento histórico. Salían junto con el sol a colocar durmientes y volvían acuerpados por la oscuridad, todavía dispuestos a bailar.

La convincente mirada de Leandro Puerta, exenta de ambigüedades, le dio la certeza de que no mentía: si le negaban la cita con Ludu, tendrían que empacar y salir huyendo de ese sitio que les había asentado la sangre por primera vez en mucho tiempo. Como si fuera poco, el Ministerio de Salubridad les había levantado milagrosamente los cordones sanitarios, con lo cual los declaraba libres de peste y coqueluche.

—Veré qué puedo hacer —dijo Rupa enfurecido, escoltado por tres gitanos, Petalo, Karbaro y Porado, tipos altos y fornidos como las palmeras.

Entró al carromato más cercano. Aventó la puerta y encontró a Ludu erguida frente a él, con las trenzas recién peinadas y el pañuelo de flores brillantes cubriendo su cabeza. Fue en ese instante en el que su belleza estalló como esas mariposas que escapan del capullo sin anunciación. Sellaba su cigarrillo perfumado con la punta de la lengua y parecía dispuesta a hacer uso de la furia que definía su volátil carácter. El olor a jazmín que emanaba era más fuerte de lo usual, como si le hubieran brotado flores de los poros. En sus pupilas se reflejaban las titilantes luciérnagas atrapadas en los matorrales, destinadas a morir asfixiadas dentro de una botella. La necesidad de salir corriendo para encontrarse con el intruso fue inexplicable y tuvo que hacer uso de sus poderes para no delatar ante el patriarca el estado de repentino sopor que la tumbaba.

—No se preocupe Rupa, voy a hacer que ese payo petulante se vaya pronto —dijo guiñando su ojo agachado—. Es solo un cliente más.

No era novedad que la vinieran a buscar a deshoras. En cada ciudad, sumidos en la clandestinidad, los payos consultaban a las mujeres gitanas sobre sus más íntimos miedos, fracasos y remordimientos. Especialmente en esa tierra en la que el mandatario emprendió la expulsión de curas y sacristanes, monjas y capellanes, la gente estaba urgida de un confesor. En pocos días se había convertido en confidente, más que en clarividente. Amortiguaba soledades, consolaba angustias y hostilidades. Tenía suficientes habilidades para aliviar el aburrimiento con un poco de locura. Aunque ocupar el lugar de un sacerdote la hacía sentir intrusa y hasta traidora, ella podía satisfacer la necesidad pasajera que, al parecer, era urgencia en ese pueblo en agonía espiritual. Para Ludu todas las leyendas de sus facultades adivinatorias eran una exageración. Consideraba que la virtud estaba en echar a andar su sentido común con el don de la mirada. Confiaba en su privilegiada memoria y en la habilidad para vivir muchas veces en un mismo día a través de su clientela. Con ver a un transeúnte en las calles, antes de ofrecer sus servicios de buenaventura, era suficiente para llevar la ventaja sobre cualquiera. Memorizaba cada detalle de las mujeres que pasaban a su lado, percibía miedos o dichas haciendo uso de sus cinco sentidos. Y las fijaba en su recuerdo como si hubieran sido parte de su vida.

—Una buena pitonisa vive de la observación —solía decirle Zurka durante las largas conversaciones que sostenían en su invernadero —, lo demás es cuestión del destino y con eso no se juega. Cuando tengas una clienta sentada frente a ti, aspira su perfume; mira cómo ata su cabello; analiza el cuidado de su ropa; investiga las joyas de sus manos. Lo único que jamás falla, sea joven o vieja, es que lleva un amor atorado en la conciencia.

—¿Y si es hombre? —preguntaba Ludu, intentando mantener la conversación.

—Si es hombre, es muy fácil. Porque los hombres todo se lo creen. Recuerdan las predicciones que se cumplieron y olvidan pronto los errores.

Para Ludu de Egipto las supersticiones eran seña de debilidad, aunque viviera de ellas. Los cuernos, escaleras, herraduras, gatos pardos, lechuzas, murciélagos, jorobados y sietemesinos eran nada más que un pretexto para ingresar en lo que realmente le apasionaba: el corazón de su clientela. Aprendió todos los vericuetos de Zurka, capaz de predecir el sexo de un bebé con muchos meses de antelación, sin que jamás se hubiera equivocado. Si la anciana anunciaba que sería niño, en un cuaderno escribía: niña. Si finalmente era un niño, no se hacían más preguntas. Si en cambio, era una niña y los padres le pedían explicaciones, simplemente abría sus apuntes con la prueba escrita de que en su día había hecho la premonición acertada. «Con la edad se curte la adivinación», decía con desfachatez, sacudiéndose semillas de helecho de la pañoleta. Según la anciana, la fortuna era una ocupación trascendental que, además de mantener una marca legendaria vigente, constituía buena fuente de información. Lo atribuían a una especie de espionaje espiritual. Ludu, acompañada de un cortejo de gitanas, mostrando su figura imponente y manteniendo a flor de boca improperios contra todo aquel que las provocara, empezó leyendo la palma de la mano, el cigarro y el café junto a la Calle de Guadalupe, donde transitaban carrozas enormes con cosecha de caña y remolques con café y jiquilite para hacer añil. Circulaban carruajes atiborrados de diligencias por entregar; desfiles de campesinos con tambores; puñados de niños que al salir de la escuela las acosaban con su curiosidad; vendedores de guayabas; máquinas movidas por bueyes y caballos para abrir camino al tren; cárceles rodantes con hombres engrilletados para lucirlos como chimpancés de circo; contingentes rebalsados de armamento; partidas de cincuenta hombres cada una, uniformados y armados con rifles. Todo indicaba que en ese país algo serio estaba por suceder.

Las golondrinas llegaron de nuevo. Rupa miró al cielo y pensó que los Pulika no eran los únicos con el destino marcado por el éxodo. Esta vez estaban en manos de Ludu y de la ávida búsqueda de los payos por el vaticinio. Rupa miró a la joven abrir la puerta del

carromato y dirigirse decidida a una tienda de campaña instalada en las afueras del campamento, donde solía atender a sus consultantes. Tuvo la certeza de que esa joven de intensidad hipnótica, de futuro incierto, a quien quería como hija, no volvería igual del encuentro. Presintió que su destino había cambiado durante los últimos minutos de la invasión. Sabía que las habilidades de Ludu creaban perpetua adicción a la profecía, semejante al vicio del juego, pero más nociva porque no se perdían fortunas sino lucidez. La mirada de Leandro parecía tener la urgente necesidad de que la vidente le confirmara sus temores como si fuera al matadero, pero a su vez buscara redención: lo más cercano a la locura que hasta entonces Rupa había enfrentado. Su intensidad superaba penumbras a pesar de la borrachera que lo había conducido hasta ese sitio. Rupa tomó del brazo a Ludu para interrumpir su arranque. «Este hombre trae el dolor atorado entre las venas», dijo para alertarla.

Ludu cruzó el campamento finalmente arropada por la calma, con mansa resignación, para encontrarse con Leandro Puerta Barrios. Pesha, Putzina y Keja, amigas de la infancia, se cubrieron la risa con el pañuelo. Hicieron muecas de aliadas, porque habían examinado al payo con detalle: apreciaron su bien formada figura, aunque la oscuridad quisiera disimularla. Ella ignoró los comentarios porque repentinamente, con cada paso que daba, la sangre se le volvía espuma.

—La Tierra se mueve, aunque no lo sintamos —dijo Zurka dirigiéndose a Rupa para consolarlo con dos palmadas en la espalda, antes de refugiarse en su carromato de hiedras invasoras con una mosca fresca entre las manos.

Continuaron con las canciones flamencas induciendo bailes melancólicos y hasta llantos inesperados. Recordaron la tierra que jamás tuvieron; la infancia de barrio que jamás vivieron. El aguardiente polaco tenía la propiedad de llevarlos a la añoranza, a las ganas de pertenecer a un lugar con puertas, corredores y candados. Rupa Kari se tendió bajo las estrellas fingiendo que no

pasaba nada. Debía estar orgulloso de que un pariente del cruel mandatario estuviera tan urgido de los favores de su pitonisa.

II

El servicio de correos declaró que en julio hubo 38,984 encomiendas expedidas. Una de ellas fue la que Leandro Puerta Barrios recibió por equivocación. El sobre decorado con colochos y corazones incluía una fotografía de cuerpo entero y venía con una corta nota que anunciaba el próximo arribo de Teresa Cruz para desposar a Julián Puerta Barrios, su hermano mayor.

Leandro recorrió los largos pasillos abovedados del caserón solitario, se abrió paso entre las azaleas como mejor pudo, esquivó muebles varados a medio camino para ponerla en manos del destinatario y desentenderse de un asunto que lo martirizaba. Eran las dos de la tarde.

Su madre, prima hermana del presidente, heredó los despojos del convento de San Felipe para instalar su nueva mansión, mancillando con indiferencia el escándalo que eso representaba. No cualquiera, sino el que lanzó al naufragio a un país adormecido en su devoción. Aunque hizo todos los esfuerzos por sembrar calor de hogar, cubriendo las paredes pegajosas de la sala con inmensos gobelinos y vistiendo el piso de piedra con alfombras persas, el edificio no se despojó del frío inherente a una tumba oscurantista. Adaptarla con procesión de muebles y cuadros profanos no fue nada fácil. Justa recuperó los jardines, otrora hechos con la mano de Dios, arrancando la maleza que se había aprovechado del olvido y envenenó a los tacuacines invasores que convulsionaron durante días entre los volcanes de basura. La capilla con altares coloniales quedó intacta, ya que no tenía caso intentar derrumbar los taludes de un metro de ancho. Fue clausurada a piedra y lodo, con severas instrucciones de no tocar los vitrales de los rosetones que, a media mañana, pintaban los pisos con un vaho de colores. En la bodega de

la cocina refundió a un contingente de santos cubiertos con sábanas blancas para evitar que reclamaran el desaire con sus miradas de hielo. Las criadas vaciaron anaqueles repletos de conservas con jaleas, pepinillos y zanahorias. Aunque representaran un buen sustento ante cualquier emergencia de hambruna, Justa prohibió siquiera probarlas en caso de que, en un arranque de cólera celestial, los expulsados hubiesen dejado un rastro letal. En la alacena del comedor ubicaron pilas de platos de todos los tamaños, procedentes de la frondosa vajilla presidencial, aunada a montañas de cristalería y cubiertos de plata mexicana marcados con el escudo de la Nación.

Justa fue más piadosa con el Niño Dios que apareció en el comedor, durmiendo plácidamente en su pesebre. Lo metió entre un costal y lo escondió en el armario del cuarto de costura, ya que si de algo presumía era de su instinto maternal. Los harapos recosidos que quedaron abandonados en dormitorios y cuartos de baño, como si una hecatombe hubiera volcado su mayor furia sin aviso, los mandó a quemar por miedo a una plaga sobrenatural. Por orden de su primo descolgó los crucifijos de las puertas y los lanzó al pozo seco del último patio sin ayuda, porque los demás fueron incapaces de avalar semejante sacrilegio. Justa hizo uso de sus encantos para convencer al presidente de conservar los libros de la biblioteca eclesiástica, ubicada a un costado del segundo patio, por el valor histórico que representaban y la esperanza de encontrar entre ellos algo parecido al diario de Noé. A una Virgen de los Lamentos, que yacía en un nicho redondeado y encalado con fondo azul, tuvieron que desmoronarla a martillazos porque no hubo poder capaz de desaferrarla por las buenas de su retablo de oro. Para disimular el verdadero origen de la mansión, las estaciones del vía crucis que custodiaban las puertas se pintaron de blanco; las grandes pilas de piedra rebosantes de agua bendita fueron utilizadas como maceteros, de los que brotaron frondosas y santificadas begonias. Como Justa tenía prohibido persignarse o mencionar siquiera con la punta de la lengua algo que tuviera que ver con devoción, en los

momentos oscuros de su alcoba extraía un escapulario del Carmen que mantenía escondido en la funda de su almohada y pedía perdón por no sentir misericordia. Expiar sus pecados ya no tenía caso.

Las catacumbas y pasadizos secretos jamás fueron explorados, no por falta de curiosidad, sino por pánico a descubrir que dormían sobre un cementerio de frailes. Ambientarse fue más difícil que sobrevivir al infortunio. La gigante estatura de los cuartos resultó inaguantable porque formaba indeseables remolinos de chiflones que cambiaban libros de página, hacían sonar el arpa de la sala y elevaban bigoteras. Para colmo, salir al cuarto de baño requería cruzar el patio central arriesgándose a una inclemente pulmonía. Todos adiestraron su vejiga para no orinar después de las siete; la cena se adelantó una hora y no se servía el fresco para evitar contratiempos a deshoras y rebalsar las bacinicas. Fue imposible deshacerse de los tres gatos ungidos que quedaron huérfanos de la noche a la mañana, asunto de mayor desgracia para los sensibles de olfato ya que tolerar los meados en cada recoveco era insoportable. Justa no entendía cómo tantos curas desocupados, repitiendo las mismas oraciones sin descanso, no hubieran ideado un mejor lugar para vivir.

A pesar del desencanto colectivo, sin encontrar más alternativa que la resignación, Justa se propuso amar ese caserón muy parecido a una inmensa jaula de palomas y poblarlo con la elegancia de tierras extranjeras sin límite de gasto. Asumió los tormentos sin tregua de las visitas del primo y le entregó su destino a cambio de contar con días tranquilos para regurgitar los recuerdos en paz. Se resistía a las derrotas, aunque el clima propio del caserón desató su ira en los ataques de asma hasta tirarla a la cama una semana al mes, venciendo sus pocas ganas de vivir. A los más débiles les dio por asaltos compulsivos de estornudos y hubo empleadas obligadas a partir, por miedo a descolgar los pulmones de su sitio. Ventilaron el desfile de habitaciones para expulsar susurros atorados y ahuyentar a las ratas. Los fantasmas se negaron a salir de allí. Espantarlos con incienso, vapores y trenzas de ajos frescos fue inútil, optaron por

ignorarlos y pactar con ellos para convivir pacíficamente sin interrumpir mutuamente sus sueños. El más afectado fue Julián. Escogió la enorme habitación del fondo, antiguamente comedor de servicio, donde pegaba más fuerte el sol de la mañana para preservar intacta su colección de antigüedades y adornos exóticos que venían rondando por el mundo, aunque eso representara dormir a una cuadra de su hermano y soportar solitario el miedo a los aparecidos. Varios habitantes juraron con insistencia haber visto el espanto de un fraile penitente pasearse por la pila cuando los quinqués bajaban de intensidad. Ante tanto detalle y contundencia, Leandro sospechó que no era un espectro como todos suponían, sino un mártir de carne y hueso que quedó varado en una de las catacumbas resistiéndose al destierro. Se propuso no investigar, porque de haber tenido razón se hubiera visto obligado a delatarlo. Mila, nana de la familia, pensaba igual. Todas las noches dejaba un plato con las sobras de la cena debajo de la pila. «Este convento jamás va a dejar de ser convento», decía Julián durante el desayuno, mientras mordisqueaba un pan tibio titilando de escalofríos, «y sus fantasmas jamás van a dejar de ser sus fantasmas».

El mandatario, a todas voces liberal, estaba convencido de que la Iglesia era uno de los grandes obstáculos para el engrandecimiento de la República. Al nomás poner las posaderas en el trono presidencial, se propuso la férrea tarea de confiscar todos sus bienes luego de expulsar a los jerarcas con la más lúcida determinación. Algunos edificios le sirvieron para honrar deudas de guerra o compromisos de lealtad, siendo la primera en su lista Justa Barrios viuda de Puerta. Con ella sostenía una relación demasiado estrecha para las voces de un país obcecado, incapaz de comprender a fondo el verdadero amor de sangre. El día en que el General cabalgó triunfante por las calles de la ciudad recién tomada por sus tropas, lo hizo enganchado de la mano de Justa. Cuando estuvo a punto de morir por un atentado de la insurgencia, jadeó recostado en el bien

dotado pecho de su prima. Cuando celebraba su cumpleaños, en una fiesta nacional de dos días de asueto, desfilaba en caballos pura sangre al lado de la infaltable. Cada vez que lo atacaba el mal de orín, se mudaba con ella para que espantara a la muerte con sus manos de seda. Estaba dicho que sobre el mandatario estaban Dios y su prima.

Veinte años atrás, cuando Justa vivía al lado de sus padres en una casa de pueblo ventilada por aires de la costa, y la pubertad apareció como el sol refulgente de la mañana, el primo, ya enrolado en la milicia, visitó a la familia más de la cuenta. Juró protegerla de por vida. Esa promesa marcó su existencia, orillándola a entregar el rumbo de su destino a manos tan indeseables como necesarias. Recibía con desgano las muñecas de porcelana atadas con moñas vistosas, porque había puesto sus ojos en un comerciante de zapatos, cinco años mayor, con quien se encontraba en la soledad del mirador más cercano sin temor a desatar tormentas y manchar su apellido con la deshonra. Iracundos, aprovechaban sus ganas prediciendo una separación inevitable. Se apercollaban bajo el vapuleo de las nubes bailando sobre su cabeza durante largos ratos de inhóspitos deleites, mientras él probaba en sus pies pequeños los nuevos modelos de su última tarea. Incursionaron en la torpeza de piernas entrenzadas y en la embriaguez de tanteos prohibidos hasta explotar más de tres veces por cita en intensas convulsiones de adolescencia. Extenuados de fogosidad, dejaban la huella de sus cuerpos revolcados sobre la grama aplastada y planificaban la próxima cita sin sufrir remordimientos. Los fines de semana, cuando no podían encontrarse, Justa se tocaba desesperada debajo de la regadera, hasta ensordecer con la figura de su amado comerciante guiándola por los más inusitados placeres. Sin poner las manos al fuego, sospechaba que su primo la espiaba por la ventanita alta de la puerta del cuarto de baño dejando manchas de vaho pegajoso. Misterio que no le interesó explorar por terror a que sus sospechas se confirmaran.

Cuando el obsesionado pariente se enteró de la deshonra de un amor impuro, que para ninguno era secreto, decidido a vengar el honor de su prima, remontó su furia contra el zapatero forzándolo al destierro sin tiempo a dejar huella. Utilizó todos sus poderes militares para casarla con un tal Antonio Puerta, hombre desahuciado por la tisis con quien tuvo dos hijos regordetes y saludables, a pesar de que jamás compartieron lecho, a los que el moribundo dio su apellido con tal de dejar regado su nombre aunque fuera en semilla equivocada. Cuando la muerte lo embistió sentado en su sillón de lectura, los niños jugaban sentados en sus rodillas. Engañados, lloraron por su padre durante largos días de luto. Con el poder que el futuro presidente ya impartía, tenía a dos soldados en la puerta de su casa vigilando cada movimiento. Justa no podía salir más que al mercado acompañada de los niños y de Mila, mujer de confianza del primo. A pesar de las evidentes amenazas, muchos estuvieron dispuestos a arriesgar sus vidas con tal de aplacar los deseos que la viuda despertaba. Cuando cruzaba el pueblo con su figura rígida y vestidos fúnebres hasta los tobillos, dejaba una estela de lujuria imposible de abnegar. El más asiduo contrincante aprendió jardinería y conquistó la confianza de los guardias para mitigar la desesperación de la solitaria que lo esperaba esparramada sobre el piso helado del cuarto de herramientas, con el luto encaramado hasta la cintura. El dueño de la única abarrotería del pueblo ingresaba a la cocina con botes de leche, docenas de huevos y conservas para amortiguar sus arrebatos, de pie, en la comprimida alacena con olor a bacalao, tomates magullados y pan fresco. Su habilidad de bailarina desbocaba en poses a toda costa novedosas que en pocos minutos dejaban al abarrotero más que exhausto, sorprendido por lo que se había perdido de la vida haciendo un amor horizontal y desabrido. Con pretexto ministerial, el párroco del pueblo visitó su alcoba para sosegar sus culpas: mientras hacían el amor, ambos se aplacaban con el regocijo de la venganza de un destino impuesto. Sin él quitarse la sotana y ella el vestido negro para no olvidar el origen de sus martirios. El maestro

de los niños, un joven circunspecto, la encontraba en el zaguán para incursionar en sus carnes sin frontera a tiempo que repasaban las tablas de multiplicar a todo volumen. Sin embargo, sus pasiones siempre fueron truncadas por el oscuro destino que corrían sus amantes gracias a la boca de un pueblo pequeño. Tras agudos arrebatos de cólera, Justa tuvo que conformarse con las visitas repentinas de su primo.

La vida de amores maltrechos hizo estragos en su temple. Fue imposible domar su carácter agrio y autoritario que desembocó en un papel de madre dominante, donde los besos y caricias eran impensables. Cuando llegó a la capital, lo hizo respaldada por el hálito de poder que aprovechó sin vergüenza. Sus arranques de furia eran cada vez más severos y solo Mila estaba autorizada para calmarla con extracto gomoso de opio, azafrán, canela, clavo de olor y vino blanco superior. Era calmante en dosis reducidas, excitante en dosis mayores y veneno cuando se administraba en gran cantidad. En su caso lo recetaron para producir un estado de sosiego que la convidaba a dormir siestas hasta el anochecer. Justa parecía estar en ningún sitio y en todos al mismo tiempo. Disipaba su existencia en el cuarto de costura para bordar pilas de manteles seducida por los recuerdos y sobar los pies del Niño Dios sin sacarlo de su costal. Según el médico de cabecera, sus periódicos ataques de asma se debían a la frustración o a los retazos de una vida sin sentido.

A pesar de la repulsión que le causaba una muerte injusta, Leandro se preparaba para presenciar, en calidad de asistente del concejal Martínez y sobrino predilecto del absolutista, un fusilamiento que se llevaría a cabo a las cuatro en punto de la tarde. Ante el naufragio que vivía, le pasó por la mente que era envidiable ser uno de los mártires. Colocó sobre la silla el traje oscuro, los botines lustrados y un pañuelo embalsamado con yuquilla, pensando que luego del áspero suceso se reuniría con Trinidad y los amigos para entregarse a dos días de asueto con los felices beneficios del alcohol ultramarino y disipar el dolor que le embrujaba el pecho hasta dejarlo sin respiro. Se dispuso a atravesar el caserón para

entregar la carta a su hermano y liberarse de ese engorroso asunto antes de montar su caballo rumbo al nuevo cementerio general con un paredón listo para el infeliz acontecimiento. Leandro no tenía escapatoria. Soportar los arrebatos de su tío representaba un reto cotidiano que despertó perversos sentimientos en él. Soñaba con verlo muerto, entrando debajo del arco estucado para estrenar su añorado camposanto.

Su sombra se enredó entre frondosos mandarinales y macetones con geranios, pintados a mano por un joven artista italiano. Respiró un olor a romero mezclado con orín de gato y se cubrió la nariz acelerando el paso. Cuando arribó a la extravagante habitación de condesa, Julián no estaba ahí. Envolvió de nuevo el sobre con la nota que dejó sobre la cama, no sin antes extraer la fotografía. La observó rápidamente como si cometiera un sacrilegio. Detectó un leve lunar en la mejilla y una sonrisa ladeada de cortesana; repasó la falda plegada con el pulgar y acercó sus labios para besarla. Con el fin de que el retrato no pasara desapercibido ante los ojos del destinatario, lo dejó sobre la mesa de noche guarnecida con plancha de marfil macizo que Julián había importado de un país asiático. El viento silente que entró por la ventana lo devolvió hasta su regazo como hoja en otoño y lo colocó delante del espejo veneciano recostado sobre la cómoda central, pero la empleada que en ese momento aseaba el dormitorio lo puso de nuevo en sus manos antes de sacudir el polvo espeso que se arrinconaba en cada uno de los mil adornos que la decoraban.

—Feliciana, ¿sabe dónde está mi hermano? —preguntó Leandro, apurado.

—Se fue con el concejal Martínez a hacer obra de caridad —respondió la mujer, sin interrumpir sus tareas.

Dos sillas moriscas y un taburete de la India se interponían a medio paso del recinto, y los tres baúles de pirata daban la impresión de que aquel cuarto apuñuscado era un barco a la deriva. Guacalitos con agua amparaban las cuatro esquinas para ahuyentar a los fantasmas. Sobre una alfombra fucsia de Turquía se desplayaba

Faraón, el gato siamés de Julián. A imagen y semejanza de su dueño, el felino no reaccionaba ni a la más escandalosa brama que mantenía en vela al barrio entero. El olimpo de objetos no dejó lugar libre para colocar la fotografía sin estorbos ni competencia, así que Leandro, luego de tropezarse con el taburete, encontró una excusa para conservarla.

Antes de cerrar la puerta, como el arco de los Gigantes de Antequera, sonrió por reflejo: lo hacía cada vez que ingresaba a ese confuso universo de princesa. Faraón se escabulló para seguirlo arrimado a su pantorrilla. Vistió el traje oscuro para no dejar rastro visible de la masacre que estaba por presenciar y guardó el retrato en el bolsillo derecho de su pantalón. «La sangre se impregna en la ropa. Es necia porque le gusta dejar recuerdo», decía su nana Mila cuando de niño tenía hemorragia de nariz.

La petición de matrimonio fue arreglada formalmente por su madre. Justa, obsesionada por encarrilar la inapropiada conducta de su hijo Julián, no encontró salida más inteligente. Volver al hijo cura, monje o diácono quedó fuera de sus expectativas: su primo clausuraba los conventos. Desconsolada, no encontró más alternativa que solaparlo con un matrimonio de conveniencia. Negoció con un pariente del lejano continente a la agraciada ahijada española a cambio de buena dote y renta garantizada de por vida para sus padres. El repudio de Julián por la boda se hizo notar desde el comienzo tanto, que estuvo a punto de desembocar en tragedia nacional. Él le juró a su madre que jamás tocaría ni un solo cabello de la escogida, aunque fuera la mismísima Venus fugada de libros o esculturas. Lloró durante días completos ahogándose en resuellos. Hizo huelga de hambre hasta quedar en huesos y, según la exageración de las criadas que le guardaban aprecio, agujereó el colchón de su cama por tanta pataleta. Todo con tal de que no lo castigaran con el martirio de un casamiento arreglado. Pero para Justa no había dilema. Era imperdonable la sola idea de pensar que el presidente, el reformista, el sanguinario, tuviera un sobrino

descarrilado de las normas. Los rumores de su comportamiento de señorita iban y venían, y el tiempo estaba a punto de alcanzar al Patrón con una ingrata noticia. Ella misma había escuchado al primo decir «prefiero verlo muerto antes que humillado por esta sociedad de mierda». Y sabía que era capaz de eso y de más. El día en que sus hijos fueron presentados en sociedad, en una fiesta estrafalaria, vio cómo su primo condujo al gobernador a su biblioteca sin que volviera a aparecer jamás. Presenció cuando él bailó sobre el vientre de un cura insurrecto, hasta sacarle las tripas. Repetidas veces, mientras cenaban en la mansión presidencial, escuchó terribles lamentos que venían del sótano, como si la casa llorara de tristeza. Bien sabía que no era el sollozo de la madera estrujándose de frío, como él aclaraba sonriente mientras masticaba el pan tostado, así que no tenía más salida que recurrir al soborno. Con Biblia en mano, que arrancó de la biblioteca eclesiástica, Justa amenazó al hijo bajo juramento: si no se casaba, lo echaría de la casa con todo y Faraón. Julián aceptó su futuro amordazado por el pánico a las intemperies, a las muchedumbres callejeras y al riesgo de que su gato cayera en manos de un puño irreverente de felinos sin contar con las destrezas para defenderse, no sin antes haber pasado por un intento de suicidio a mano de una viga apolillada que no lo ajustició.

Acorralado en la desesperación, Julián convenció a su hermano de mantener correspondencia con la susodicha prometida, quien, ingenuamente, planificaba desgarradoras despedidas de soltera al otro lado del mar. Leandro no tuvo salida. Aceptó ayudarlo porque sabía que era la única manera de salvarle la vida. Además, era sabido que Julián no estaba en posibilidades de hilar una sola línea coherente capaz de atraer a la prometida. Él también, como asistente del concejal Martínez, caminaba al lado del mandatario y sabía de sus andanzas. Presenció arbitrarios fusilamientos en el patio de la casa presidencial y a los pies de la cama del tirano fue cómplice de terribles traiciones.

«Muy señor mío: Me considero muy honrada por su carta del 15 del actual pero, si he de decir verdad, temo que este cariño que con tan ardientes frases me describe, no sea del todo lo sincero para saciar las aspiraciones de mi corazón. No es esto dudar de su sinceridad, más me parece demasiado pronto para ser querida de tal manera. Suya. Teresita».

Con magnánima llaneza, Leandro Puerta Barrios se fue enroscando con la farsa. Escribía pliegos desbordados de un amor indecible. Robaba poemas y se inspiraba en el curso de mitología que enseñaba en la universidad, ahora destinado exclusivamente a los amores divinos. Así pasaron semanas. No pensaba en el inevitable peso que las consecuencias acarrearían a su corazón. La lentitud del correo acrecentaba la zozobra y rezaba en las afueras de la capilla clausurada para que el barco que traía las respuestas de Teresita no hubiera sido víctima de un naufragio o de una invasión pirata. La fantasía de la joven española tomó más fuerza en su cabeza a medida que la indiferencia de su hermano se extendía. Intentaba en vano informarlo sobre el intercambio epistolar, pero el desprecio del obcecado acrecentaba su necesidad de amarla. Mientras Julián se dedicaba con esmero a redimirse en sacrificios, con la esperanza de que la madre cambiara de parecer, su hermano tomaba la furia imparable para proteger del desamor a su futura cuñada. Las notas de Teresa Cruz eran precisas. Leandro contraatacaba en nombre del hermano desentendido con notas insinuantes, que ponían en riesgo el buen nombre de la familia. Al principio le causó novedad desbocar sus pasiones con una mujer que jamás sería para él. Luego, la imagen burlada de Teresita Cruz le fue involucrando algo más que el corazón.

«Señorita Teresa: no puedo resistir por más tiempo el amor que se ha apoderado de mi corazón desde que tuve la dicha inmarcesible de hallarla en mi contrariado camino. En el ambiente de ilusiones que envuelve a la juventud yo me he forjado la idea de que usted se ha fijado en mi humilde persona para compartir el resto de su vida.

Créame que su espíritu y cuerpo no hallarán descanso a mi lado de ardientes extremos, noches perdurables y caricias ambiciosas. La tomaré entre mis brazos sin dejar aliento. Todo cuanto soy, gracias al esfuerzo de mi honorable familia y al mío propio, deseo rendirlo humildemente a sus pies, con la risueña esperanza de que usted acogerá mi oferta complacida de unir nuestros destinos para siempre. Suyo, Julián Puerta Barrios. PD: añoro una fotografía».

Justa anunció públicamente el próximo arribo de la prometida. El presidente ofreció una bienvenida de corte militar con todos los honores que su estirpe merecía. Quería pasearla en la carroza presidencial para advertir a los chismosos de sus injurias y callarles la boca de una vez por todas. A ella no le importaba el destino de aquella maltrecha unión porque cualquier adversidad se podría solucionar en el camino, bien cubiertas las formas.

III

Aturdido por el insomnio, Leandro Puerta Barrios no había dejado de pensar en Teresa Cruz ni una sola noche. Tendido sobre su cama se aferró a la fotografía de la futura cuñada con la mano atrapada dentro del bolsillo del pantalón. Decidió conservarla porque era un trofeo que se había ganado con sudor. No se explicaba cómo era posible ensañarse tanto y esperarla tan deseoso si la única certeza que tenía era la de un amor vedado de por vida. Pensó que hundirse en los placeres mundanos era la única alternativa para sobrevivir a los avatares de su desdicha. Estaba escrito que luego de resistir las gloriosas honras del anunciado fusilamiento, se entregaría a dos días de olvido junto a sus compañeros de farra.

Al escuchar los pasos de su hermano, se incorporó bruscamente. Faltaban diez minutos para las tres de la tarde. Julián cerró la puerta tras irrumpir en la inmensa habitación vacía, en sus tiempos mozos el refectorio del convento. A diferencia de su hermano, Leandro no la pobló con nimiedades porque un instinto sobrenatural le decía que pronto tendría que salir de ahí. Bastaba con una cómoda, la cama, una mesita de noche y la mecedora de mimbre que fue de su abuela.

—¿Dónde andaba metido? —preguntó Leandro, ofuscado—, lo estaba buscando.

—Andaba con el concejal Martínez haciendo obra de caridad —respondió Julián, sin disimular el entusiasmo.

Su relación era bastante estrecha a pesar de los vendavales. Más allá de la sangre que los delataba, aprendieron a conservar intactos los recuerdos que ligaban indisolublemente sus almas. Aunque ambos compartieron los pantalones del uniforme escolar, el color de piel, los bucles cobrizos y los zapatos, eran tan distintos como el

clavo y la canela. Desde niños aplacaron soledades y aprendieron a enfrentar los martirios virulentos de su madre con resignación. Para comunicarse inventaron un lenguaje de señas, sabían interpretar sus gestos con espontaneidad pegajosa y se acostumbraron a hablar en secreto durante semanas enteras cuando los ataques de asma la tumbaban en la cama. Soportaron los baños con agua helada en plenas madrugadas; los pretextos infundados que los confinaban en casa domingos enteros; la absoluta negativa de asistir a las funciones del circo rodante, aunque la sorprendente mujer araña fuera la protagonista y los niños suplicaran hincados por verla; la interminable cena de lentejas que Leandro detestaba; la rotunda prohibición de tener amigos; los chicotazos destinados a enderezar las maneras rebuscadas de Julián y las noches rebalsadas de miedo a los aparecidos. Acuerparon sus miserias y se arrimaron a un mundo que ellos mismos construyeron a su medida. Cuando el tío visitaba a la familia, acompañado de batallones que hacían guardia en cada esquina del inusitado municipio, Justa los encerraba durante días enteros en una pequeña habitación de servicio sin explicación, luego de bañarlos con pashte crudo, engominarles el cabello, vestirlos de marineros y atajarlos rígidos frente a él. El hombre de cara alargada, sombrero de paja y una banda militar atravesando su torso les revisaba las orejas, los olfateaba como sabueso, les inspeccionaba detenidamente las uñas, una por una, ante el pavorido suspenso de Justa. Los paseaba de la mano durante media hora y luego de tomar un helado de mandarina, Mila los encaminaba hacia el calvario acostumbrado del encierro. Cuando el quinqué agotaba sus esfuerzos, en la oscuridad de leyendas tormentosas sobre lloronas clamando por sus hijos o duendes escabulléndose en los tejados, se arrimaban hasta quedar dormidos bajo el refugio de sus sueños compartidos. Leandro jugaba a las muñecas con su hermano con la condición de que se comiera las lentejas por él. Julián lo defendía ante acusaciones infundadas y sacrificaba horas de juego en la poltrona del tapanco bajo el temible gorjeo de las ratas deslizándose en las cornisas. Las órdenes de Justa eran muy

claras: caminar por la acera viendo al suelo sin hablar con nadie. «Este pueblo está lleno de ingratos con ojos hechiceros de gitanos», les explicaba la Mila, quien tenía horror a los presagios. Los niños no comprendían que ese pueblo pequeño y blasonado era víctima de devociones amenazadas por el General, quien estaba a punto de tomar el país y arrasar con iglesias, curas y sacristanes. Hasta entonces los pueblerinos confiaron sus alientos al párroco, convencidos de que la casa de Dios conduciría sus almas hacia el eterno paraíso. Cuando llegó la peste de viruela y decenas de niños cayeron fulminados por la fiebre, los pocos impíos que quedaban hicieron filas para ser bautizados. Los aldeanos no concebían ver al General anclar sus caballos, pasear a los niños de la mano, tomar un helado y refundirse entre los calzones de su prima tan campantemente. «El General vence a Dios con los fustanes de su prima», dijo el obispo en una cena memorable. Eso fue suficiente para descargar su ira en contra de los inocentes que recibieron más de un insulto y dejaron colas de susurros a sus espaldas sin saber razones. Cuando las cosas empeoraron, Justa clausuró su casa y aprovechó la oportunidad de oro para sacarlos de la escuela. Contrató a un maestro circunspecto con el propósito de evitar más humillaciones y, de paso, saciar sus desventuras. El joven taciturno fue un aliado para los niños. Lo esperaban ansiosos todas las tardes detrás de la puerta ya que tenían instrucciones de no poner un pie fuera de la casa. En él encontraron la ventana abierta a un mundo hasta entonces desconocido. Introdujo a Leandro en los recovecos impensables de la mitología, le prestó su colección de libros con las figuritas de dioses, ninfas, centauros, nereidas, héroes y semidioses en medio de lances turbulentos que el niño estampó en su memoria para siempre. Justa ordenó al tutor que corrigiera los rebuscados modales de Julián, pero él le enseñó a desplegarse con libertad porque reconocía que su caso no tenía remedio alguno y que la única esperanza que le quedaba era sobrevivir con dignidad en una sociedad maltrecha, dispuesta a pisotearle la cola para el resto de sus días. Con Justa se encontraba en el zaguán mientras los niños

repasaban las tablas de multiplicar. En pocos días el joven inexperto aprendió todo lo necesario para complacer a más de diez mujeres a la vez. Con pericias de escapista, Justa lo envolvía como si fuera a engullirlo entre fogosidades indecibles de amante sin recato, no dejando tiempo para palabras ni arrepentimientos.

Desde siempre Julián fue un hombre sin dobles intenciones. Y eso se reconocía en su mirada de ciervo arrinconado. Si una araña invadía su territorio, la enfrascaba para expulsarla dignamente antes que matarla sin sentimiento. Daba contribución para huérfanos y enfermos; prestaba dinero a ojos cerrados y atendía a indigentes con temple de curandero. Si de algo estaba convencido era de haber purgado sus culpas para esta y otras vidas. Pero conocía sus limitaciones y la maraña de la boda rebasaba sus capacidades. Leandro, en cambio, era el soltero más apetecido de la ciudad. Para muchos la fortuna que acumulaba, gracias a los más infames saqueos del tío, también les correspondía a sus hijas como parte de un ultrajado erario espiritual. Sobre todo, porque al final del día, esa riqueza era del pueblo. No importaba si el patrimonio era producto del pecado, porque luego de una generación era muy fácil inventar pasados. Al volver de una academia europea donde estudió Historia durante seis meses, Leandro tuvo a sus pies la escuela de la universidad para impartir clases de mitología a señoritas que soñaban con pasar el resto de las noches a su lado. Le dibujaban flechas y corazones en las pruebas; más de una carta de amor apareció solitaria en su escritorio. El tío asintió tal desplante militar con la condición de que se enrolara como asistente del concejal Martínez, con miras a sustituirlo. Trabajar cerca de la regencia absolutista ablandó sus sentimientos en lugar de curtirlos como supuso el General.

—Tengo que hablarle de algo muy serio —interrumpió Julián, con evidente preocupación—. Lo hecho no se puede deshacer, lo sabe, porque acá el único macho es usted.

—¿De qué habla Julián? Ya me está angustiando —reaccionó Leandro sentándose de un salto a los pies de la cama y aventando a

Faraón por un lado—, diga rápido porque me quedan minutos para salir corriendo al cementerio.

—Voy al grano —recalcó decidido—, usted tiene que ayudarme a cumplir con Teresita, ¿me entiende?, a consumar la noche de bodas. Tiene que haber una manera de engañarla.

Leandro presintió que no tenía salida. A pesar del martirio que picaba su corazón hasta dejarlo en añicos, no le entusiasmaba inmolarse para entrar en los brazos de Teresa Cruz y escucharla murmurar el nombre de su hermano. Aunque esta sería su oportunidad para cosechar los frutos de meses de carteo, le lastimaba pensar que tendría que cumplir como marido sin serlo; tendría que someterla bajo las estrictas leyes de una oscuridad lacerante que jamás le permitiría verla a los ojos mientras gozaba; tendría que escabullirse como ladrón rastrero por las escolleras sin despedirse. Nunca podría apreciar el delirio dibujado en sus lunares parcos. Sin embargo, no sería la primera vez que Leandro se sorteara entre la oscuridad de los cuartos de la casa. Hasta entonces, su razón nunca frenó pasiones.

—¿Usted se volvió loco? —preguntó Leandro, incisivo.

—No hay peor locura que la desesperación —respondió Julián, derrotado.

Teresa Cruz empacó el último baúl una noche antes de salir de las costas de Cádiz, decidida a no ensañarse con nostalgias. Lo único que la acongojaba era la idea de no dormir el mismo sueño que su madre; pues mientras una pisara la aurora, la otra se sumergiría en el ocaso. Sin embargo, se entusiasmaba al imaginar que recrearía la aventura de las carabelas de Colón. Fue educada, en pocas semanas, para ser una esposa abnegada y sobrevivir en un mundo sin aliados. Los rumores del esplendor centroamericano obligaron a la familia a invertir lo que aún no tenían en prepararla, con una ilusión inocente, para enfrentar su nuevo paraíso vacío de carencias. Sin hacer mayores esfuerzos, pronto estuvo a la altura de cualquier corte real. Sorprendido, el maestro de modales aseguró que Teresita venía ungida de un don natural. Llevaba las ropas más finas del viejo

continente, cuyo pago ajustaron con un préstamo. Dadas las prometedoras circunstancias, el usurero de un pueblo costeño les impuso el cien por ciento de intereses y otro diez por ciento de creces. Ballenas para vestidos, camisones de algodón y medias de la mejor calidad, todo diestramente doblado en más de diez maletones que la acompañarían para el resto de la vida. En uno iban concentradas veinte peinetas y pañoletas españolas de seda roja para que jamás olvidara sus raíces y que cuando llegaran los muchachitos tuvieran cómo encontrarse con sus antepasados. Y como la ignorancia de las abuelas sobre el nuevo continente era incorregible, llenaron los bultos de jabones fragantes, cepillos de cerdas chinas, una pistera de porcelana para sobrevivir las enfermedades sin zozobra, cinco botes de purgante, tres peines con dientes estrujados para extraer las liendres, calzones de primera, docenas de paños para sobrellevar la menstruación sin accidentes, repelentes, ungüentos para todo tipo de picaduras, una bacinica de peltre blanco que simulaba ser de plata y medicinas al azar. Todos resguardados bajo fuertes candados para que ni los monos pudieran saquearlos. Le enseñaron a ser una complaciente artista en la cama con el fin de que el marido no se aburriera de ella y la lanzara a las anacondas. La enviaron a un campamento vecino para que aprendiera a hacer hogueras, incluso bajo la lluvia. Cualquier medida, con tal de asegurarse una dote de por vida. La noticia de un matrimonio en América Central, donde se sabía que volaban los pájaros más exóticos del planeta, atrajo la atención de Teresita al colmo de olvidar a un infeliz catalán enamorado que invirtió lo que no tenía en una casa solariega para albergar a toda una prole.

Más que su pasión por atardeceres alucinantes, Teresa Cruz tenía obsesión por aves de hipnóticos paraísos. No había nada en este mundo que le despertara tanto furor como ver su revoloteo en una jaula sin cielo ni posibilidades de volar bajo la luna. Luego de varias correspondencias con el prometido, a quien empezaba a querer sin dimisiones, se dispuso a enviar una escueta nota de condición sentimental. «Señor mío: como le habrá llegado la noticia, he

aceptado su propuesta. Al parecer, mis padres ya han acordado los detalles con su madre. De mi parte, me uno a los azares del destino sin oponer resistencia alguna, planteándole la siguiente condición que espero, no pueda refutarse bajo ninguna circunstancia. Ansío un piano en mi alcoba y un corredor que reciba la luz de la tarde con una fila de pajareras capaces de albergar a variadas especies, entre ellas un frondoso quetzal. Si usted no encuentra impedimento en mi solicitud, todos sus deseos escritos con tal pasión se cumplirán».

Esa tarde, Julián se preparaba para acudir al estreno de una compañía de barítonos brasileños junto al concejal Martínez; mientras se afinaba el nudo del corbatín y escogía el sombrero más apropiado, Leandro leyó la carta en recio. El perfume diluido por los aromas del transatlántico cautivó sus sentidos. Al mismo tiempo disimuló su secreto, más rígido que las estepas frías del norte.

—¡Las mujeres con sus caprichos! —reprochó Julián en tono jocoso—. Uno les da la mano y quieren agarrarte el pie. ¡Espero nunca ser tan exigente! —dijo con teatral entonación.

—¡Usted no es mujer Julián, quítese ya esa estupidez de la cabeza! A mí me parece que lo que pide la pobre Teresita es poco a cambio de compartir la vida con un loco como usted.

—¿Ya le dice Teresita? —preguntó Julián con gracia—. Despreocúpese, personalmente hablaré con mamá para arreglar lo que pide. Me encargaré de que coloquen en su habitación el mentado piano que está en la biblioteca y santos en paz. ¡Ah!, escríbale que me traiga un abanico.

Por esos días Leandro recorrió las tiendas de pájaros que circundaban la Plazuela de San Francisco y logró adquirir los especímenes más novedosos de la zona. Un carpintero dorado, un tucán petenero, un arapapá de cresta aplastada, un hoco esbelto, un turpial común de pecho naranja, cinco gorriones de Java y un contingente de canarios. Compró siete pajareras y las mandó a colocar en el tercer corredor de la mansión, en las afueras del territorio del futuro marido para que todas las mañanas se acordara de su destino. El quetzal lo encargó con unos amigos finqueros de

las selvas húmedas del Atlántico norte, quienes le advirtieron que esas aves se resistían al encierro y sacrificaban sus largas plumas verdes a picotazos hasta morir de melancolía.

Eran las tres y media de la tarde. Tras las súplicas de su hermano, Leandro quedó unos minutos tendido en su cama para retomar fuerzas y emprender camino. Lo vio llorar como niña sin muñeca e implorarle, hasta hincado, con la expresión demente de su mirada. Como siempre logró su cometido, solo que esta vez se jugaba algo más que un domingo sin salida. Montó su caballo a rienda suelta pensando en el riesgo temerario que enfrentaba. Se sentó en el palco presidencial muy cerca de su tío. Estaba sin estar. Su mente contaba los días mientras el jefe de pelotón contaba los últimos segundos de vida de unos desdichados insurgentes que pretendían derrocar la vetusta dictadura del presidente. Se les condujo a la nueva plaza del cementerio general, en el riñón de la ciudad, rodeada por autoridades de gobierno, invitados especiales y reporteros. Meses atrás, el Patrón decidió fundar este nuevo camposanto porque el anterior estaba tan metido en la ciudad que los muertos no descansaban en paz. Según los informes, se consideró que el potrero Los Guayabales, situado al oeste de la urbe, era el lugar más conveniente por no estar en la dirección de los vientos reinantes. Sin embargo, sus tierras esperarían con paciencia al ilustre difunto que estrenaría, con sus huesos, el primer agujero de la necrópolis. Algunos ajusticiados no pudieron marchar por sí mismos, triturados a garrotes. Pero a todos, vivos y moribundos, los sentaron en los banquillos y fueron ejecutados. La banda tocó La Granadera y los curiosos aplaudieron: más bien parecía la inauguración de una feria municipal. A Leandro le sorprendió la frialdad de su madre quien, sin inmutarse, despegó los pies de la tierra para que los hilos de sangre no alcanzaran sus zapatillas nuevas. En medio de pequeñas nubes de pólvora, el presidente no perdió oportunidad para volver a prometer la construcción del último tramo del tren que se extendería desde la costa del Puerto de San

José hasta la capital a pasos acelerados. Anunció que además de los indios, que trabajarían por decreto, ahora contaba con manos de afanosos extranjeros decididos noblemente a donar sus días y sus noches a la fortuna de la Nación. Los cuerpos mancillados no se resistieron al llanto que suele causar una muerte indigna. Según testigos, continuaron llorando después de muertos.

Eran las cinco de la tarde. Leandro se despidió del presidente con un abrazo forzado, y de su madre con una palmada en la espalda, para unirse a los amigos que lo esperaban en una cantina del Paseo de la Cruz. Los jóvenes se adelantaron en aguardiente, recientemente legalizada su venta. Esa fue una de las pocas acciones del General aplaudidas por el pueblo. Leandro bebió para borrar de su memoria los llantos de los mártires caídos y, de paso, disipar la imagen de Teresita Cruz, sin recriminarle otro agravio que el de haberle robado su alma.

Para entonces el campamento gitano era exaltación y alboroto, pero el eco de su desavenida quiromancia fue acallado por la dictadura. No se dejaba de hablar del oso que bailaba en espectáculos dominicales apabullando a los niños con sus garras de hierro; de las suculentas manzanas acarameladas que los ingenuos compraban a pesar del riesgo a los embrujos y que sus músicos eran más dotados que gorriones en bandada. Acrecentaba el ruido de una hechicera inmortal, con las técnicas adivinatorias necesarias para desenredar corazones enmarañados, recuperar causas perdidas, encontrar objetos extraviados, enmendar relaciones rotas con solo ver entre los surcos y montes de las palmas de la mano y echar la buenaventura sobre una mesa llena de pequeños botes con pócimas oscuras. Los desalentados cristianos libraron batallas en corredores, parques, portales y cartas oficiales culpando al arribo gitano del reciente brote de viruela, de un temblor que estremeció la ciudad sin mayores consecuencias y de la muerte de cinco indios aplastados por una carga de durmientes. Pero el presidente las ignoraba; aplaudió que alguien lo ayudara a fastidiar a sus acérrimos enemigos que, para colmo de males, se creían hasta dueños de Dios.

—A mí no me asusta enfrentarme a una vieja descarada, que pretende inventarse mi futuro. Esas son puras estupideces —dijo Leandro, con un vaso de aguardiente en la mano y sosteniéndose de la pierna de una mujer nostálgica con la otra.

—Pues a las pruebas me remito —respondió Trinidad, su amigo inseparable—, vamos ahora mismo a buscarla y a ver qué tan macho es usted.

—Dicen que su semblante intimida. Que baila con el oso sin que la pisotee siquiera, por el miedo que infunde —dijo Froilán Aldana, otro amigo de tísico semblante que evitaba los licores a toda costa, aunque siempre terminaba sucumbiendo—. Mejor dejémoslo para otro día porque ya es muy noche y esos húngaros son peligrosos.

—Para luego es tarde —respondió Leandro, empujando la mesa para sostenerse en pie—, les apuesto a que me río en su cara.

Pulverizaron botellas y salieron en estampida al encuentro de los caballos para cumplir con el reto que, en el fondo, le daba alguna esperanza a sus penurias. Quizá en el absurdo mundo de los quirománticos encontraría respuestas definitivas. «Yo no creo ni dejo de creer», dijo Froilán antes de empezar el viaje.

La curiosidad por la vidente se acrecentaba conforme el potro avanzaba entre arbustos de romero y largas avenidas de polvo. En algún lugar remoto de sus condenas pensó que el vaticinio podría ser su única escapatoria y supuso que tenía que haber alguien en la Tierra con la habilidad de adelantarse a sus designios y ayudarlo a olvidar sin dolor.

Una jauría de perros amarillentos atacó a los caballos, haciéndolos relinchar desesperados. Azuzado por el mareo, con los pies chapoteando entre babas resbalosas, Leandro vio surgir de la sombra a un hombre maduro, de tez pronunciada y voz robusta. Su imponente porte lo hizo titubear; estuvo a punto de acobardarse y salir huyendo. El desbordado escándalo que causó su llegada le pareció inútil; no eran temerarios ni cuatreros como suponían los gritos colectivos. Su único interés estaba en ganar una apuesta y enfrentarse cara a cara con su futuro. Una anciana encuclillada lo

miró fijamente mientras emitía enigmáticos susurros. Padeció el poder de su embrujo y sintió cómo desmadejaba sus culpas a través de una mirada fulminante, tan intensa como alfaque en el mar.

El patriarca vestía bombachos con paletones delanteros y broches en la bragueta, con ruedo volteado al derecho. Calzoncillo de manta largo que se dejaba ver hasta el ojo del pie, con cintas para atárselo a la cintura. Una pechera abierta desvelaba su pronunciado tórax moreno, y en lugar de corbata usaba un pañuelo doblado de colores como bandera al viento. Aturdido, Leandro Puerta Barrios creyó ver al patriarca con el tridente de Poseidón fijando una isla sobre potentes columnas en el fondo del océano.

Le incomodaba sobremanera, pero se vio obligado a invocar el nombre de su tío como una llave mágica que abría todas las puertas del país. Con falsa gallardía introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón y notó que el retrato de Teresita sobrevivió intacto al alboroto de polvo, cigarrillos, mujeres, caballos y alcohol. Pensó en su lóbrego destino, muy parecido al del quetzal que encargó para ella. Caviló en el encierro, la burla y la deshonra que la esperaban. Quiso llorar. Impávido, Rupa se preguntó cómo era posible que alguien, con la vida servida en bandeja de plata, estuviera sufriendo así. Intuyó que ese llanto no era fruto de la ebriedad, sino de un corazón con grietas, demasiado dispuesto a recibir los bálsamos de Ludu.

Pronto, el campamento gitano retornó a su inercia de bailes sin candado. Un arpa se infiltró entre los recovecos de tiendas y carromatos, liberando un silbido en las intemperies polvorientas del melancólico recinto. Las guitarras tomaron la fuerza del viento. Sin esperar el desenlace, los compañeros de batalla dejaron al amigo en manos de su suerte; se vieron seducidos por el remanso del fuego lento y poco les importó el mundo; habían naufragado debajo de las estrellas. Por último Leandro fue conducido por tres jóvenes corpulentos, como pilastras del templo de Dendera, imaginando que era uno de los recién fusilados camino al paredón. Su cuerpo hastiado recuperó firmeza a medida que avanzaban hacia la carpa

que se exponía al fondo de las instalaciones: simulaba una lámpara gigante iluminando la oscuridad. Sintió miedo a que la encorvada le anunciara una muerte prematura o, peor aún, augurara las consecuencias fatales de un amor imposible.

—Si la toca, lo mato —dijo Petalo, el más fuerte de los tres, con voz recia para que Ludu escuchara que no estaba sola.

Era un gitano macizo y corpulento, experto en cazar liebres y moldear peroles. Creció a su lado y congenió con su alma desde el día en que Ludu arribó al campamento junto con Mala. Asumían las tareas cotidianas tomados de la mano y ambos pintaron paisajes que los acompañarían para siempre. Aprendieron a desgonzarse, con destreza ancestral, en emancipados bailes gitanos que hasta entonces nadie había presenciado; cuidaban a los caballos percherones con amor de padres y recibían el sol de la mañana recostados en el pasto para alimentar a las bestias, año con año, con la certidumbre de una compañía eterna. Se instruyeron en lectura y matemática, bajo la tediosa tutela de Zurka, que negociaban a cambio de historias de amor y, cuando llegó el momento inevitable, descubrieron las diferencias abismales de sus cuerpos a puro tanteo. Espiaban a las parejas que se encerraban con desbordadas intenciones pasionales, y con las manos unidas tocaban el traqueteo de amores desesperados debajo de los carromatos. Experimentaron los besos para sentir lo novedoso de dos lenguas en empalme y terminaron restregándose en las profundidades del heno, hasta acabar devorados por el placer. Para todos su amor era infranqueable, menos para Zurka, quien siempre se resistió a creer que esa relación fuera perpetua. «Las cosas no siempre son como parecen», le advertía cada vez que le tiraba las cartas. Aun así, Ludu no vaciló en entregarle sus días, porque si en algo creía era en una costumbre bien fundada.

Leandro se mantuvo firme en su determinación. Controló sus ansias para no patear a los perros de ojos fucsia, que husmeaban sus tobillos. Pudo haber sido por los efectos de la embriaguez, pero mientras caminaba rumbo al enigma descartó el asunto de la

apuesta y presintió un encuentro definitivo. Intentó recordar las palabras que Mila repetía cuando eran niños y que evidenciaban su pavor a las gitanas. La nana no perdía oportunidad para culparlas de todo maleficio que acaecía en el mundo. Tuvo que agacharse para esquivar los corpiños que bailaban en el aire, ya secos desde la víspera, y para no toparse con los conejos despellejados y no manchar así su camisa con los restos de sangre. Entonces supuso que el *bourbon* había revuelto sus pensamientos más de la cuenta porque, luego de enredarse con sus mismos pies, creyó ver la sombra fastuosa de una ninfa bailando entre la tienda iluminada. Con cada paso se despojaba de Teresita, antes de haberla tenido.

A pesar de la oscuridad tupida de esa noche, el cielo encapotado liberó a sus estrellas. Tres mujeres, casi niñas, lo escudriñaron a distancia, cohibidas por la retadora mirada de Petalo, capaz de pulverizar montañas. No lo intimidó. Al parecer iban hacia el campo de batalla a luchar por el mismo corazón.

—Ni se preocupe, no me apetecen las brujas —sentenció Leandro entre dientes.

IV

Justa Barrios viuda de Puerta retornó a su casa aterrada por la frialdad de su alma. No la acongojó el llanto de los fusilados al recibir las ráfagas de muerte. Ni sintió desazón ante las súplicas de madres e hijos desgarrados por el dolor. No se explicó cómo una mujer, de tan distinguida estirpe sentimental, se hubiera quedado tan vacía cual cáscara de carabela después de siglos de naufragio. Entonces asumió que era víctima de la displicencia y que su corazón de nuez no volvería a sentir jamás. Que su pecho, preso de la niebla y sometido por los desaires del destino, deambularía sin nostalgias por el resto de la eternidad.

Se escabulló entre la multitud, bajo un tímido ocaso, burlando al primo apabullado por las pompas y esplendores de la ceremonia mortuoria. Había convocado a sus amigas cercanas a tomar el té con el propósito, finamente planificado, de compartirles la noticia del arribo de su futura nuera. Estaba segura de que ellas se encargarían de limpiar el nombre de su hijo esparciendo la información de la misma manera en que la reciente plaga de langosta ciñó las siembras. Dada su habilidad prodigiosa de fingir, mostró ante las invitadas un radiante entusiasmo por la noticia, a todas luces desquebrajada de antemano. En la cocina prepararon galletas de almendras, dulces de guayaba y jarras de agua hirviendo para servir el té de hierbas perfumadas recién llegado de una *boutique* de París que acaparaba las especias del mundo. Su repudio por todo tipo de herbajes, ya fueran sazonados o apagados en una taza, era razonable gracias a las alergias que le producían, pero la moda de las infusiones se imponía y estaba dispuesta a sacrificar cualquier cosa con tal de obtener el beneplácito de una sociedad que la frecuentaba únicamente por terror. Mandó a espantar a los gatos

que se habían acomodado fácilmente a su nueva vida de sobras suculentas y macetones bautismales renovados para orinar en paz. Todo lo hizo en el primer patio con tal de que las visitas no se percataran de los brutales despojos de un convento burlado.

Minutos antes, el médico presidencial Dale Conwell hizo una visita inesperada para descartar que su paciente hubiera sido víctima de un ataque pulmonar. Los ventarrones que se vinieron esa tarde levantaron un polvo tan fino que se confundió con el aire y se incrustó entre las costuras de las ropas sin posibilidad de removerlo. Devolvieron a los niños de las escuelas antes de tiempo y muchos comercios cerraron sus puertas por el miedo a perder la mercancía. Justa adornó de más una mesa en el patio de las flores, junto a las azaleas libres de tacuacines. Hubo que fijar los manteles con piedras para evitar la tragedia de verlos volar con todo y los cubiertos. Lució la porcelana presidencial insinuando elegantemente su poder. A pesar del esfuerzo por recrear un escenario deleitable, las amigas intuyeron el calvario que le esperaba a la desdichada española. La supusieron caminando por el agujero negro de un martirio sin amor. Intentaron simular regocijo en varias oportunidades, pero les resultó fastidioso celebrar el futuro promisorio del que se jactaba la anfitriona. Bastaba con ver a Julián para saber que la peninsular se encontraba en la encrucijada de morir tan virgen como nació. Apenas empezaba a contarles los detalles de la boda cuando, una por una, inventaron pretextos para retirarse. El aire se enfrió repentinamente y el vendaval tomó los corredores, levantando fustanes y acarreando consigo los lamentos de Julián.

—Alguien llora —dijeron al unísono, a tiempo que Justa las encaminaba a la puerta.

—Es Faraón, el gato de Julián —logró aclarar antes de quedar sola.

Se sentó en la banca de madera que estaba en la entrada. Para entonces, de las pocas cosas que aprendió de su primo fue a no sucumbir ante despechos ni nimiedades y a derrochar cualquier

síntoma de dramatismo, pero esta vez optó por añadir una dosis de fantasía y encubrir su desventura con falsas esperanzas.

Esa furtiva exaltación fue uno de los tantos efectos que obtuvo Justa de la reciente visita a Ludu de Egipto. No le negaba a su razón que había sido un acto aventurado, carente de entendimiento y dirigido por el miedo a fracasar en su último intento por salvar a su hijo de la miseria. Pero sintió el apremio suficiente para creer que la magia podría alterar el orden de las cosas. Acudió una tarde sin lluvia, a tiempo que el presidente salía de la ciudad para evidenciar los estragos de la plaga de langosta. Se atrevió a tal desvarío por insistencia de Mila Pavón, quien era la única mujer a la que Justa obedecía sin reparos. Juntas lanzaron una infructífera ofensiva para corregir a Julián a tiempo de sus indomables berrinches de niña. Luego de tres lustros de obstinación, ambas sabían que era una causa perdida. De pequeño lo obligaban a orinar parado con todo tipo de chantajes y hasta mandaron retirar la letrina de porcelana recién instalada para que lo hiciera en las macetas. Fue en vano, porque el niño buscaba las bacinicas más floreadas para sentarse y orinar cual señorita marquesa. Le ataban las muñecas, una con la otra, para evitar lo abrupto de sus ademanes; a los siete años le untaron con picante las manos, para que no se siguiera chupando el dedo y dejara de robar los aretes de las criadas. Le confiscaban los cuentos de princesas que hurtaba de sus primas; le quitaban crayones, lápices y pinceles para que no siguiera pintando flores; lo obligaban a cabalgar a diario para que despegara las piernas y caminara como soldado; le registraban el dormitorio para incautar muñecas que, por obra de magia, aparecían refugiadas en alguna rinconera; le vaciaban las gavetas cada semana y siempre aparecía algún calzón entre las páginas de su libro de latín. Intentaron retener su afición compulsiva a los adornos para fomentarle desprecio a las fortunas terrenales, pero Julián se aferraba a su profuso mundo de objetos con añoranza de lo que jamás podría ser. Le daban a beber un gotero con extracto de angostura en las mañanas para disimular su voz aguda, hojas de cardosanto molidas

en piedra por las tardes mezclado con leche, miel y aceite de aguacate, u oriza tónica escondida entre los frijoles de la cena con tal de que su cuerpo enclenque asumiera la musculatura propia de su naturaleza. Cada vez que levantaba el meñique para tomar el té, lo corregían con un chicotazo. Lo obligaron a presenciar los fusilamientos en primera fila con la intención de que se le agriara el carácter de ángel que tenía, pero los efectos públicos de sus vómitos truncaron la iniciativa por orden del presidente, porque más de uno siguió su ejemplo en pleno acto penal. Le enseñaron a fumar tabaco y a cambio agarró una pulmonía que estuvo a punto de acarrearlo hasta la muerte. Justa lo encerraba con las hijas del capataz de una finca vecina, tan agraciadas como muñecas de porcelana, pero su afinidad femenina las convirtió en amigas inseparables que lo visitarían cada Navidad para el resto de sus días. Entrado en edad, Julián esperaba el sueño intenso de su madre para deslizarse por el zaguán trasero con los tacones en la mano. Mila lo siguió por las calles angostas de los suburbios con pánico de ver lo que no quería ver. En efecto, lo encontró en un cuchitril fronterizo, que dividía el barrio bueno del perdido, sumido entre los brazos de un infeliz comerciante. En esa oportunidad se guardó el secreto, no por lealtad, sino por pavor a matar a su patrona de un susto. A cambio, la nana decidió encerrarlo bajo llave en su habitación después de cada cena y cortarle los tacones clandestinos con serrucho. Los esfuerzos fueron vanos, pues Julián creció con alma complaciente de doncella.

La noticia de que una pitonisa, la mejor en buenaventura, la adivinadora más requerida del continente, estuviera a escasas leguas de distancia, despertó la magra esperanza de Justa. La tentación por saber el desenlace de la boda de Julián la atrapó al igual que a muchas mujeres que hacían romería desde los países centroamericanos para planificar su futuro con conocimiento de causa. Acompañada de Mila, se subió discretamente al carruaje en la Calle de la Concepción, esquina de la Plazuela San Sebastián, luego de burlar al cabecilla Dones quien la seguía, por orden del General,

hasta la puerta que resguardaba el retrete. Mientras Felícita Chub, noble criada del caserón, fingía un desmayo, ambas mujeres se escabulleron por el ventanal trasero. Antes de dirigirse al Paseo de Jocotenango, pidió al cochero que diera dos vueltas para despistar e insinuó posibles extravíos para no pasar cerca del palacio presidencial.

Intencionalmente desgreñadas, las gitanas se les abalanzaron con ruegos por monedas. Otras, con imagen de hechiceras, arrojaron cábalas y anuncios sobre el cercano fin del mundo. Las más ancianas tosieron exageradamente encima de sus rostros, y los niños se colgaron de los fustanes hasta arrancarlos. El coro de súplicas las espantó de tal manera que estuvieron a punto de frustrar el plan y salir huyendo. Mila se reincorporó pronto porque su propio hijo, Ovidio Pavón, huyó años atrás en busca de una zíngara que le ocupó el corazón. Lo concibió cuando era joven y lozana en una mañana de inusuales chaparrones. La carroza paró para socorrerla y salvarle los únicos zapatos que tenía para hacer dignamente los mandados de su patrona. Mila no obtuvo un nombre a cambio, ni la claridad suficiente para grabar los detalles del rostro que acaparó su cuerpo a besos desesperados. Como tabla de salvación, burló el olvido y recreó su propia historia exigua de dolor. El vaho espeso en las ventanas con las huellas de sus pies acalambrados, los zapatos oleando en el sillón de pana de un lado al otro, sus trenzas suspendidas en el aire, el cuerpo ajeno restregándose con el suyo. Nueve meses más tarde parió al hijo en el patio trasero sin que Justa se percatara, ya que estaba en la alacena haciéndose de sus amores clandestinos y no hubo grito de dolor que la distrajera.

Mila observó al recién nacido con curiosidad para encontrar en él algún atisbo de sus recuerdos burlados. El niño llegó al mundo con el cabello rojizo, la piel dorada como el sol y los ojos de luna menguante. Convencida de que el hijo llevaría de por vida su propio misterio a cuestas, lo envolvió en una pequeña sábana de franela antes de servir el desayuno.

—¿Dónde dejaste la barriga? —le preguntó Justa mientras escamoteaba un pan dulce del canasto.

—Sobre mi catre y se va a llamar Justo Ovidio Pavón —respondió Mila, consumida en los entuertos.

El niño creció bajo el refugio de la casa imitando desde la cocina los ademanes del General. Su única prohibición fue jamás acercarse a los patrones para jugar. Y se cumplió. Se volvió una sombra omnipresente que todos ignoraban. Dada su naturaleza invisible, podía darse el lujo de ingresar a los dormitorios para entretenerse sin que nadie se diera cuenta. Fue una de esas mañanas de claro semblante cuando Mila se dio cuenta de que su hijo ya no estaba. Que había sido presa de una pasión inevitable obligándolo a esfumarse sin aviso y cruzar el continente hasta saciarla.

El mismo Rupa Kari condujo a Justa hasta la carpa de Ludu de Egipto. El torso descubierto del gitano, pringado de un sudor deslizante, despertó en ella una sospecha de placer enmohecido. Presintió que, de quedarse por un tiempo más, hubiera masticado sus huesos, uno por uno, hasta engullirlo por completo. Rupa no tuvo que detenerse mucho en la visitante para saber que estaba frente a una juventud desperdiciada.

A pesar de su desprecio por la fortuna y su ira bien fundada en contra de los gitanos, Mila Pavón arrancó a indagar por el paradero de su hijo. Siguiendo las direcciones de Helena Gupu, quien amasaba unas grandes bolas de harina para hacer bokoli, se aproximó al carromato de Zurka. La anciana la recibió distraída, mientras regaba unas pequeñas matas que prometían crecer felizmente. Como se sabía de memoria todas las desafortunadas uniones entre payos y gitanas, estaba enterada de que Ovidio Pavón vivía en un campamento asentado en la periferia de la ciudad de México. Ofreció entregarle, con sus propias manos, una nota de su parte, ya que el destino, tarde o temprano, enlazaba a todas las compañías rom de América.

—Pronto tendrá noticias. Los encuentros siempre hallan su camino —dijo Zurka, acongojada por haber descubierto un brote de azucena.

Justa Barrios viuda de Puerta cruzó el umbral de lo posible. Se sentó en un cojín de satín verde, esparciendo su perfume con estela de santidad, encerrada en el calor que la tienda de campaña acumulaba al mediodía, tan espeso que podía tocarse. Jamás se había sentido tan ajena y tan cómoda a la vez. Un arpa melancólica ingresó con su sombra en el recinto. El alboroto de los niños curiosos asomando sus narices por los agujeros de la carpa la incomodaron más que los ronquidos de su difunto marido, y el asqueroso olor a patas de conejo se instaló en su nariz sin pedir permiso. Se quitó los guantes, siguiendo las instrucciones quedas de Ludu, y explayó sus palmas lisas, privadas de líneas delatoras, como si su pasado y su futuro quisieran esconderse. Movida por la curiosidad, antes de revelar sus secretos, Justa se armó de valor y se inclinó para correr el velo que resguardaba el rostro gitano. La respuesta fue confusa al descubrir un cutis lozano escoltado por ojos grandes y avellanados. Los labios rojos y carnosos insinuaron una sonrisa angelical. Al principio sintió desconfianza de su juventud, aunque la expresión autoritaria de la gitana le amansó el impulso de retirarse.

—Pago buen dinero para que cambie el rumbo de mi hijo —dijo, sin perder el tiempo.

—No hay oro en el mundo capaz de alterar lo escrito —respondió Ludu.

Ni en las noches sin compañía, ni en los más terribles aguardos a que su primo volviera con vida de la guerra, Justa se sintió tan desgraciada. La miseria de su existencia la llevó hasta ese sitio con la absurda esperanza de encontrar una respuesta a su calvario. Luego de revisar la mano parca, Ludu supo que el asunto era irreparable.

—Pero usted tiene dos hijos, señora —dijo Ludu con voz ronca y definida, mientras un escalofrío desconocido le rascó la espalda—, las cartas no mienten.

—Sí, tengo dos —respondió Justa sollozando—, pero Leandro no toca vela en este entierro; Julián es el problema.

—Las cartas no dicen lo mismo, señora. Veo a dos varones, y usted tiene mucho que perder —agregó Ludu.

Luego de consolar sus lamentos y confesiones, Ludu terminó la primera de muchas sesiones tras recomendarle no derramar ningún aceite, no botar la sal, no regalar cuchillos y ser cauta con los espejos para no agregarle leña al fuego. Conmovida por la desesperanza de su clienta, prometió hacer hasta lo imposible para enderezar al hijo antes de que el vapor donde viajaba la española anclara en el puerto de San José.

—No prometo milagros, señora —aclaró Ludu encerrando una pata de conejo entre sus manos con inusual ternura—, pero haré todo lo que se pueda.

Cuando Ludu observó la discusión de Leandro Puerta Barrios con Rupa desde el ojo de la cerradura de su carromato, supo de quién se trataba. El mismo escalofrío le caminó la espalda sin dejar poro descubierto. Sintió cómo lo escrito por la fuerza de las constelaciones entrelazaba sus apuestas y sospechó que no tenía salida. Recordó las palabras de Zurka en cuanto a una planificación ajena a voluntades capaz de alterar vidas enteras: «A veces las personas nacen con un rumbo imposible de enderezar, hágase lo que se haga por evitarlo». No emitió sonido para resguardar los delirios nocturnos de Mala; tomó la botella con luciérnagas y dispuso hacerle frente a lo irrevocable. Se peinó las trenzas con tónico oriental, echó agua de azahares en el cuello y crema de vapores de Liverpool en las manos, pellizcó sus mejillas y colocó el velo que usualmente cubría su rostro ante los extraños. Esa costumbre la impuso Zurka años atrás porque sabía que Ludu, con esa abrumadora belleza, no llegaría virgen a la pubertad.

Cruzó el campo erguida, como siguiendo el ritual de un condenado a muerte. Su cuerpo maduró súbitamente durante el corto recorrido de pasos firmes. Hizo esfuerzos para no tropezarse, a tiempo que sus pechos reventaron agrietando la blusa apretada y liberaron dos gotas de miel por los pezones. Una ola caliente recorrió sus piernas, obligándola a detenerse para sentir la inexplicable condición de un organismo lacerado por el augurio del amor. Ingresó en la tienda de campaña, espantó a los niños de un sopetón y preparó los naipes calentándolos más de la cuenta.

Los pasos de Leandro se escucharon como tambores, escoltados por la voz de Petalo: «Si la toca, lo mato». Ella se hincó sobre la alfombra persa y sacudió los ciclones boreales de su conciencia. Se quedó quieta, esperando la entrada de un hombre que, sin saber de razones, no encontraría más la salida.

Acosado por templados latidos, Leandro ingresó de puntillas, como si hubiera un bebé durmiendo en el recinto. Se sentó en el cojín verde que navegaba sobre la alfombra cual velero sin rumbo. A lo lejos se escuchaba el canto de sus amigos, unido a un lamento gitano de palmas y sollozos. Creyó que había enloquecido porque sintió el inconfundible perfume de su madre incursionando peligrosamente en su nariz. La botella cundida de luciérnagas lo devolvió a la vigilia. Acercó sus ojos para observarlas detrás del vidrio y se acomodó hasta recostar el torso sin imaginar que la adivinadora estaba en su sitio, sentada frente a una bola de cristal iluminada por velas recién encendidas. En efecto, Ludu hizo todos los esfuerzos por desaparecer. Esa práctica la aplicaba desde niña: cada vez que Rupa la buscaba con el fin de regañarla, ella cerraba los ojos con fuerza para volverse invisible detrás de un tonel o debajo de una mesa. Rupa le seguía el juego y simulaba no ver a la pequeña figura engañada.

Ludu recurrió a llamados sobrenaturales para espantar la incertidumbre que le picaba las venas. Convocó a la abuela, eterna compañía de sus sueños, suplicando socorro para poner sobre la mesa sus atávicos saberes o acudir al acostumbrado engaño de su

profesión con valentía. Sorprendido, luego de observarla detenidamente, Leandro se sintió timado por Trinidad y los amigos. No encontraba joroba de anciana en la mujer que estaba a punto de relatarle su futuro como si fuera a leerle un cuento de hadas. A cambio se vio ante una silueta que emanaba vapores apacibles y soplos desconocidos. Pudo olerlos, respirarlos, retenerlos en el ápice de sus pulmones. Cerró los ojos para saborearlos. Ella vestía una blusa de seda semiabierta muy distinta al moño triste que ahorcaba la imagen de Teresita Cruz. Mangas decoradas con encajes desordenados, falda de cuchillas rematada con pocas pulgadas de blondas en el ruedo, un pañolón arropaba su espalda semidesnuda. A Leandro le atrajo el cuello redondo que se deslizaba por un hombro cóncavo dejando entrever el color mate de su piel. Le pareció gracioso que calzara botas, medias de hilo y una fajita en la cintura encima del vestido para tallarse la figura. Ludu tuvo que aflojarla, disimuladamente, antes de sufrir asfixia. Todo parecía quedarle chico, como si estuviera vestida con ropa de niña. Del delantal con vuelo y dos bolsas grandes, extrajo las cartas, su corta pipa y papeles para armar sus cigarrillos.

Leandro permaneció con el torso inclinado hacia un lado, intentando silenciar los silbidos de su aliento. Tuvo el impulso de escapar antes de ser confinado a una pasión irreversible. Pero ya era tarde.

Para Ludu las manos eran sorprendentes. Si podían enhebrar una aguja, eran capaces de cualquier cosa. Ya fueran largas y elegantes, nudosas y arrugadas, ásperas o lisas, negras, blancas o amarillas, reconocía en ellas la verdadera voz de la vida. Estaba convencida de que todas las personas llevan su propia cartografía a bordo, tatuada en sus palmas. Sabía reconocer si la mano era tierra o fuego; descifraba montes, líneas, proporciones, dedos y uñas. «Todos tienen su destino trazado más cerca de lo que creen», decía. «La mano jamás miente: cuenta lo que ocurrió, lo oculto, lo que es, y lo que está por venir».

Leandro quedó hipnotizado por una rodilla desnuda que se escapó del vestido. Controló el impulso subversivo de tocarlo con la lengua para probar a qué sabía. Sacudió su cabeza para recordar la verdadera razón que lo llevaba a ese sitio: ganarle la apuesta al futuro, rescatar a sus amigos y salir invicto de ese sitio.

Ludu sintió el sabor dulce de las hojas de anís en el paladar. En las vísperas del enigma, con su voz ronca y entrecortada le pidió que pusiera las manos sobre la mesa, mientras prendía un incienso de jazmín.

—Me tiene confundido —dijo Leandro—, ¿seguro que usted es la tal Ludu de Egipto?

—¿Pensó que yo era la bruja de los cuentos? —reaccionó ella, evidenciando lo tormentoso de su carácter.

Cuando la pitonisa tomó las manos del enigmático paciente, él dejó escapar una sonrisa ladeada y tenebrosa que delató el descontrol que lo consumía. Ella repasó la hendidura de sus flancos y el brazo que alcanzó a tocar apenas con el índice. Él quiso trepar por ese muslo desnudo y domar la tempestad que lo ahogaba. Se sintió traidor porque la imagen de Teresita Cruz se diluía irremediablemente de sus recuerdos. El ruido de los cantos se fue apagando entre los muros de manta para enclaustrarlos en su propio silencio, donde el deseo era la única causa posible.

Ludu experimentó cómo la sangre puede correr por el cuerpo más rápido que estampida de caballos salvajes. Temió que algo trágico ocurriría si sus pechos no dejaban de crecer.

—¿Hay algo que usted quiera saber? —preguntó.

—¿Hay algo que usted quiera decirme? —respondió.

—Por ahora, que usted bebió de más.

Desobedeciendo las instrucciones de Zurka, Ludu apretó las manos de Leandro más de la cuenta. «De lejos los payos son inofensivos, pero si los tocas con el alma se vuelven traicioneros», le dijo. Esas palabras tan invasivas la obligaron a liberarlo.

—¿Y para eso tanto alboroto? ¿Para que me diga lo que yo ya sé? —alegó él.

—¿Viene usted de presenciar la muerte? —preguntó Ludu acongojada.

—Varias —respondió él, disimulando la sorpresa.

Extrajo las cartas de una de las bolsas de su delantal. Leandro tomó tres de las que lanzó sobre la mesa. Para entonces temblaba por una fiebre que, según él, se debía al aguardiente de San Jerónimo.

—La Luna —dijo Ludu, pasmada, mientras observaba la baraja—. Empieza usted una guerra que le partirá en dos el corazón. Hay una extranjera y alguien de su sangre que lo empujan al abismo. Usted se siente muy noble al rescatarlos, pero su suerte está echada.

Aterrado, Leandro se incorporó bruscamente, aventando la botella y liberando las luciérnagas que estaban sobre la mesa. La tienda se convirtió en una noche estrellada. A punto de verlo evaporarse, Ludu fue invadida por un impulso incontrolable, desató el velo que cubría su rostro dejándolo planear hasta tocar el piso. Leandro la miró detenidamente y de nuevo atribuyó el sobresalto a los licores ultramarinos. Se acercó a ella hasta percibir su jadeo. Revisó el ápice torcido de su ojo izquierdo, la boca voluptuosa y las mejillas hechas de caoba. Aturdido, fingiendo indiferencia, aventó unos pesos sobre la mesa antes de partir.

Ludu se quedó quieta. Leandro detuvo el paso y, en un arranque de cólera, regresó con furia para tomarla por la cintura y apretarla emancipando su desesperación. No hubo espacio para lamentos. Quedaron hundidos, sorprendidos por sus propios suspiros.

—No se olvide que la sangre siempre reclama justicia —murmuró ella a su oído.

—También el corazón. Venga de donde venga —susurró él, antes de salir atormentado.

V

El afable, sagaz, abnegado patriota, ángel tutelar, benemérito libertador, el Patrón, el Reformador, amaneció de mal humor. Apenas pudo ponerse de pie para orinar un líquido turbio y hediondo en el bacín de porcelana, goteando el escudo de la Nación que lo estampaba. Un fatídico ardor nubló su existencia a tiempo que rezongó los insultos matutinos en contra del médico Dale Conwell, incapaz de sanarle ese veterano mal que no lo dejaba dormir en paz a pesar de prescribirle opio en dosis suficientes para mitigar el dolor y tumbar a un tiburón. «Ese gringo de mierda es más una amenaza que un alivio para el país», dijo al retorcer su torso hacia los lados antes de enderezarse y correr el riesgo de sufrir un desmayo. Sin efecto, había ingerido bastante perejil, ajo y jugo de arándanos con tres gotas de aceite esencial de pino para aliviarse. Incluso evitó el ajenjo durante semanas, pero el inaguantable malestar encarcelado en su bajo vientre le acalambró las entrañas hasta arrimarlo contra la pared. Como en los viejos tiempos de la revolución, lo asaltaron corazonadas funestas y dedujo que la muerte andaba rascando sus tobillos. Se sintió abandonado, sin el consuelo de un dios dispuesto a ampararlo.

Encorvado, atentando contra su pudor, estuvo a punto de suplicar auxilio a los dos soldados que hacían guardia fuera de su recámara. Se resistió. Se miró al espejo de la cómoda morisca que ocupaba buen espacio del dormitorio tras lamentar de nuevo su torso desproporcionado, y las piernas demasiado cortas como para lucir levita y entorchados de rango militar. El benemérito General aborrecía los trajes solemnes o cualquier vestimenta de protocolo que evidenciara su despreciable carencia. A cambio, se probó un sombrero de pita y pensó en lo que habría sido su vida de haber

seguido los humildes pasos de su padre, contador de profesión, humanista y coleccionista de monedas. Recordó la última vez que lo tuvo enfrente. En una cumbre veraniega de sol sin misericordia, ignorando sus súplicas, recibió de él la rotunda negativa de casarse con Justa. Fue lo último que escuchó decir de su boca: «Antes muerto que verlo revolcarse en la misma cama con la hija de mi hermano». Efectivamente la última vez que lo vio fue recostado en un ataúd de pino blanco, como si hiciera la siesta, escoltado por la marimba del pueblo y un desfile de penitentes desconocidos.

Sin ignorar la rutina, llamó al cabecilla Dones con un escuálido chiflido. De semblante timorato, el soldado llegaba todas las mañanas a la misma hora para informarlo sobre los últimos movimientos de Justa. Si de un sentimiento se jactaba el Reformador era el de mantener apremiantes los celos que lo orillaron a cometer arrebatos por los que no pretendía perdón.

—Sin novedad, mi General. La señora recibió a sus amigas y sirvió té, galletas y dulces de guayaba a las seis de la tarde. Las visitas se retiraron a las seis y media. La señora cenó lentejas. La señora estaba animada. La señora ingresó a su habitación a las ocho y media —dijo el cabecilla, firme bajo el marco de la puerta.

—Puede retirarse, Dones, y no se olvide que en sus manos está mi alma.

Aliviado por las buenas noticias, empujó el sombrero hasta las cejas con el fin de disimular su tez parda, producto del intenso sol tropical y de las prolongadas cabalgatas en la montaña. Frotó con disgusto la despejada frente cuadriforme para removerse la reticente capa grasienta que se le acumulaba en el entrecejo. Con ayuda de un sirviente talló la camisa garibaldina con broches en el pecho y dos medallas de honor, que él mismo se había dispensado. Bombacho de diario, botas relucientes rascando las rodillas y faja ceñida muy abajo del ombligo. Se peinó la barba de flecha punzante y el bigote ralo. Revisó sus manos pequeñas de damisela con detenimiento para garantizar que estaban impecables. Jamás salía

de su habitación sin antes practicar, frente al espejo ovalado, una mirada intimidante que nadie podía resistir.

Gracias a su persistente obsesión de caudillo, dueño y señor de todos los vivos y muertos de la región, recién mandó a extrañar perpetuamente al rector de la arquidiócesis, Apolonio Espinoza y Palacios. Luego de obligarlo a quitarse la sotana frente a curiosos ofendidos por tan excesiva injuria, a barrer el Callejón de los Suspiros y suplicar perdón por sus agravios, lo expulsó más humillado que un teniente rebajado a cabo.

—Yo creí que los jerarcas de la Iglesia tenían más huevos —dijo el presidente mirando a su presa a los ojos—. Levántese, no sea que sus feligreses se le vuelvan reformadores.

El libertador sabía las consecuencias que esto le acarrearía en un día nacido para celebrar la cercana llegada de Teresita Cruz, aunque los saqueos y expulsiones para satisfacer su apetito liberal lo tenían más obsesionado que el irremediable mal de orín. Su afán por arrasar con los terratenientes de alma conservadora dio paso a cafetaleros más arremetidos. En pocos meses retorcieron las leyes laborales a su favor y apresuraron la construcción del nuevo tramo del tren para alcanzar sus ambiciosas metas de exportación, sin importar los cientos de almas campesinas caídas en el camino. Representó para el presidente una soga al cuello que, de cuando en cuando, apretaba hasta anegarlo. Inversores alemanes con créditos otorgados por Berlín penetraron en el país como usufructuarios de hipotecas. Esto obligó al mandatario a ceder extensas fincas a familias teutonas que se instalaron como dueñas y señoras de grandes latifundios del norte, región montañosa de neblinas y amaneceres teñidos con vuelos de quetzal, donde el idioma alemán se impuso más que las lenguas ancestrales. Las casas solariegas adquirieron tapancos y las fiestas cívicas del lejano país se volvieron nacionales. Introdujeron el pan, las salchichas y las siembras de mostaza. Inauguraron su propio cementerio y fundaron el colegio para señoritas más prestigioso de la región, donde aprendían el alemán mejor que un alemán y olvidaban sutilmente sus raíces. Con

el despojo de tierras y el apremio de la mano de obra apuntalada por el ejército al servicio de la nueva oligarquía nacional y foránea, el pequeño y cálido país berreaba sin ánimos de restablecerse.

Para colmo de males, cumplir con los compromisos que adquirió con los masones mexicanos que le garantizarían, según él, protección sideral y tierras vecinas en donde refugiarse en caso de ser acorralado por los traidores, aunó más leña al fuego. Más que entender la filosofía o simpatizar con ellos, se aprovechaba de su anhelo por un nuevo orden secular.

A pesar de que el rígido puño presidencial esparció pánico en confesionarios y campanarios, la desesperada oligarquía católica reforzó sus acciones clandestinas para contraatacar y botarlo del poder a puro machetazo. Su dirigente, el doctor Rafael Arroyo, comandaba juntas secretas para planificar la conspiración que en repetidas ocasiones se vio truncada por algún delator. Había suscrito alianzas secretas con terratenientes conservadores, sedientos de recuperar el mando del país que presumían de su propiedad. Era un reloj de arena que, tarde o temprano, derramaría su último segundo sobre el alma del General. El doctor Arroyo, miembro fundador de la nueva Hermandad de Santo Domingo, ahora integrada por civiles, coleccionista de reliquias y arcas de Noé en miniatura, ejercía rígida influencia sobre un pueblo tradicional que no se acostumbraba a vivir sin confesión. Aunque se le conocía un lado perturbador de mujeres sin moral, la sociedad lo exculpaba porque enviudó el día de su boda. Infinidad de versiones circularon sobre el hecho, pero la más cómoda fue que la recién casada simplemente dejó de respirar sin mayores aspavientos a causa de la felicidad. En Las Tres Juanitas, el burdel más conocido de la ciudad, el doctor Arroyo era recibido con lástima por las meretrices que se lo disputaban con tal de darle el consuelo que soñaban para ellas. Según rumores, ahí tenía su propia habitación con cómoda y espejos incluidos.

Para gran parte de la población era inaudito pensar su vida sin comunión ni procesiones de Semana Santa para lavarse las culpas y ganar indulgencias. Se negaba a atentar en contra de una tradición

sin la peregrinación a lo largo de las estaciones del vía crucis, sin los desvelos de la vigilia pascual, sin las lágrimas del pregón, sin las alfombras hechas con frutas frescas, pino o aserrín para explayar devociones y adornar el paso del anda de la Virgen; sin cirios, inciensos, aspersiones con agua bendita o comunión. No fue casualidad; el presidente mandó llamar al reconocido licenciado en música, Rafael Ovalle. Un impertérrito, casi fantasmal compositor que ocupó el cargo de maestro de capilla del mismo municipio natal de Justa y luego asumió la dirección de la Escuela de Música de Santa Lucía. Por orden expresa llegó a la capital para dirigir la Escuela de Sustitutos de la Banda Nacional e inundar con tonalidades marciales el réquiem y demás ritmos fúnebres con que los religiosos solían marcar el recorrido procesional. Desde entonces, el Crucificado tendría que marchar seguido por artillería e instrumentos propios del rito militar. Para el doctor Arroyo, preso de furia, la caída del mandatario era un compromiso con Dios y con el pueblo.

Más allá de los principios liberales que motivaban las maniobras del presidente, las incautaciones le representaron diez millones de pesos en oro que resguardó en un prestigioso banco de Nueva York. Para entonces, su peculio familiar llegó a ser tan fuerte como el de muchos criollos potentados de Centro América, capaz de mantener en lozanas condiciones a cinco generaciones. Su intransigencia contra clérigos y esposas de Cristo desbocó aún más la furia popular cuando dispuso cerrar hospitales, hospicios, casas de misericordia y cualquier otro establecimiento de aires místicos y ociosos. A cambio ofreció construir el Paseo de la Reforma, que atravesaría la ciudad en honor a la victoria liberal compitiendo con los Campos Elíseos de París, un nuevo zoológico con jirafas y el más moderno hospital para enfermos mentales del continente con el fin de albergar con decoro y tratamiento científico a los desquiciados que se oponían a la prosperidad. Eso, aparte de la costosa serpiente ferroviaria dispuesta a hacer efectiva una ágil comunicación entre las fincas de café y las puertas del mar.

El asunto de las jirafas se complicó más de la cuenta, ya que su traslado marítimo fue imposible; su estatura no les permitía navegar con el cuello erguido en las apuñuscadas bodegas de una embarcación.

Decretó la abolición de causas honoríficas y en consecuencia prohibió terminantemente los hábitos, túnicas, escapularios, tocas, velos y artículos de penitencia por ser discordantes con los ideales de todo país civilizado. Justa intentó disuadirlo de tan excesivos arrebatos, recurriendo a más ternura. Le dijo que había escuchado de su baja popularidad entre la gente que antes lo apoyaba. Que corría el riesgo de sufrir un atentado; que ella moriría si algo le pasaba por culpa de esa obstinación. Que las monjas eran inofensivas, alejadas de toda acción política por divina providencia y que nada perdía con dejarlas sembradas en su absurdo recogimiento. A cambio, terminó siendo nombrada Señora Honoraria de la Custodia, encargada de archivar las escrituras de todos los bienes confiscados. Estaban resguardadas por siete candados, cuyas llaves pendían de su níveo cuello, abrazado por una cadena de oro puro que otrora luciera la Virgen del Rosario.

Resultó en vano distinguir si quienes caminaban por las aceras eran transeúntes comunes y corrientes, o curas camuflados y monjas desterradas de sus abadías, condenadas a portar prendas seculares, usar vestido y aretes para despistar, aunque ver los torpes pasos de las Descalzas con tacones era más delatador que un letrero en su frente, tatuado con letra de molde. Ante las vicisitudes por las que pasaba el pelotón de ungidos que se resistieron al destierro, sin atributos ni agallas para trabajar en lugares paganos, acaudaladas familias los escondieron en sus casas mientras pasaba la embestida de masonería y todo volvía al reposo espiritual. Una de las más dispuestas fue Laura Esquina, dueña del comercio Los Amigos, famosa tienda en el corazón de la ciudad, en la Calle de la Concepción. La protegida del intocable sobrino del presidente, Julián Puerta Barrios, vendía ropa fina en el elegante almacén que también

abastecía con todo tipo de artículos las necesidades rimbombantes de la alcurnia. Aunque por su sangre corrían linajes desconocidos y no era ejemplo de feligrés, su nueva mansión solitaria, parte del antiguo templo de la Concepción, se fue poblando con preladas y novicias encubiertas negadas a mancillar sus votos. Eso, a pesar del peligro que representaba: el presidente dio órdenes inapelables de procesar militarmente y conforme a la ordenanza a los acusados de sedición, rebelión, tumulto o conspiración; a los cómplices, cooperadores o encubridores; a los que aconsejaran o indujeran a posibles insurrectos.

Laura Esquina se arrinconó en una habitación solariega de su propio caserón, sin contradecir las reglas místicas impuestas de la noche a la mañana por el puñado de monjas olvidadas de que habitaban casa prestada. Ella estaba acostumbrada a convivir en un mundo atiborrado de mujeres, intercambiar calzones, agradecer menstruaciones con veladoras a María Magdalena, orinar clandestinamente en los zaguanes, prestarse dinero y defenderse entre sí, hasta con los dientes, por lo que la súbita invasión femenina no le representó ningún desequilibrio vivencial. Quedó prohibido levantarse un minuto más tarde de la primera copla de gallo. Los cánticos celestiales, que inauguraban la liturgia de las horas para convocar a los ángeles a tierra firme, obligaban a Laura a pedir perdón hasta en los sueños de alborada aunque no tuviera remordimiento alguno y su conciencia se conservara más intacta que la de un bebé. Los domingos aparecían curas disfrazados con gomina lamiendo sus cabezas para oficiar tres misas seguidas, a modo de compensación. La condenaron a desempeñar los oficios de sacristán, leer el salmo y guiar por el buen camino el rezo del rosario. Las monjas y novicias adoptaron una dieta propia de las Descalzas, con una porción de carne a la semana; arrancaron frondosas anémonas, amarantos y brígulas de las jardineras para sembrar hortalizas y proveerse de lo elemental. Era en vano oponerse. Las drásticas regulaciones ordenaron la vida de Laura Esquina para siempre. Aprendió a arrojar saliva con puntería

magistral en las múltiples escupideras que instalaron en patios y corredores, a planchar sábanas dejándolas tan lisas como el papel, a almidonar cuellos de camisa, a no pronunciar palabras de muerte, a cosechar hortalizas, a doblar toallas en grandes edificios uniformes y a cocinar sin sal.

A la monja gorda que quedó varada en las catacumbas de un convento vacío, la trasladaron durante una noche de luna llena. Improvisaron una camilla con dos troncos de bambú y cinco capas de manta, cosidas con cuatro marchas de pita enhebrada en una aguja hecha con la espina de un tiburón. Fue acarreada en procesión bajo los signos delatorios de su santidad. En varias ocasiones estuvieron a punto de verla rodar hasta las alcantarillas dado que sus carnes grasosas buscaban cualquier agujero para colarse y encontrar respiro. Sus enormes pechos parecían haber nacido para amamantar a un batallón. Luego del suplicio, la instalaron en una recámara muy cerca de la cocina, sobre un colchón sin camastrón, regado en el piso de grandes baldosas decoradas con crucifijos. Era la única que comía carne dos veces a la semana y tenía pan en el desayuno. Mucho se rumoraba de su temprana sabiduría, pero los pulmones no le daban suficiente aire para hablar más de lo necesario y demostrarlo.

El presidente era la fina estampa de arcaicas clases sociales, abatidas por la sedición. Descendía de una rancia alcurnia, vapuleada por antecesores que lo perdieron todo en las apuestas. Secuelas que desde niño agitaron su corazón y despertaron su ira contra las clases distinguidas. El anhelo de verlos suplicar hincados era la causa que dirigía su política nacional, sembrada en decretos emitidos por el resentimiento. Imponer la educación laica pudo haber sido parte de su venganza. Instruyó que las escuelas para indios tuvieran techo de paja y no contaran con más que el maestro, porque tampoco estaba bien acostumbrarlos a la ventura. La oposición se encrespó nuevamente. Por un lado creían que era inadmisible retirar el nombre de Dios y el padre nuestro de la

educación de sus hijos y, por el otro, darle educación a los indios era un derroche imperdonable.

Aquella mañana amaneció de mal humor. Se asomó por la ventana con dificultad y fijó su mirada en la ceiba bicentenaria. La comparó con un ancla de navío aferrándose a la tierra de eterna extensión a la redonda. Pensó en la coincidencia de que fuera su joven amigo, el capitán Prats, quien condujera el barco donde navegaba Teresita Cruz. «El mundo es un pañuelo», dijo dirigiéndose a uno de los sirvientes que ventilaba su cama. Como había heredado la afición a las buenas bestias y a la crianza de gallos de pelea, los corrales y pastizales que contempló con nostalgia ocupaban holgados espacios de su territorio. Sin excepción, jugaba dados todos los ocasos con su fiel, Abraham Fernández, quien para entonces representaba lo más cercano a la amistad que experimentó en su vida. Le incomodó pensar que por esa vez tendría que interrumpir la única rutina que respetaba; los preparativos para el arribo de la española ameritaban su atención y lo tenían particularmente entusiasmado. Según informantes, la peninsular era tan gallarda como las que aparecían en las revistas de moda europea. La luciría cual trofeo ante peluqueros, ebanistas, usureros, banqueros y comerciantes, evidenciando públicamente la hombría de su sobrino. Antes de cerrar la ventana respiró un sorbo más de aire tibio y se sintió dichoso. La finca que heredó de sus padres corrió equivocado destino y pronto se convirtió en base militar, abandonando vacas y jornaleros a su suerte. Sus extensas tierras tenían la dicha de pertenecer a dos países a la vez. Con ríos revoltosos, bosques de pino, escaso ganado desnutrido y prometedoras siembras de café, el latifundio atravesaba Guatemala y una verde estepa salvadoreña. La mansión que el Reformador construyó, utilizando batallones de jornaleros obligados a desvivirse en dos faenas consecutivas, estaba asentada en territorio guatemalteco y sus campos de leguas besaban al vecino país.

Se recostó nuevamente sobre la cómoda y recordó las pesadillas que no le permitían descansar en paz. Siempre le pasaba: cuando

estaba a punto de encontrar el sosiego su mente volvía atrás, cuando comandaba un escuálido pelotón de catorce oficiales y doce soldados del ejército libertador. Cada oficial tenía bajo sus órdenes a un solo soldado, a quien cuidaba como niño para no enfrentar una guerra sin retaguardia. La berreada revolución ahogaba sus almas en la desgracia. En una tarde sumergida entre la niebla, mientras bajaban de la sierra de occidente en decadentes condiciones, descargaron contra dos campesinos que surcaban la montaña en búsqueda de hierbas. Sin emitir aviso alguno, sin escuchar súplicas de inocencia, dispararon sus armas contra ellos. Envalentonados, los jóvenes liberales prendieron fuego a las casas que estaban a su alcance para montar una barrera entre su gente y los asaltantes enemigos que venían del norte. El incendio causó grandes estragos; hubo que esperar una semana para que se extinguiera y se pudiera ver de nuevo el amanecer. Habían pasado años de glorioso poder, pero esa macabra escena sobresaltaba sus sueños. La hedentina que emanaron los perros chamuscados y un niño que se consumió frente a sus ojos se clavó en su conciencia con las uñas. Ahogado en un mundo siniestro de recuerdos, tormentos y culpas, pasaba eternas noches de frío a causa de su encarnada aversión a las chimeneas o todo aquello que implicara una llamarada.

Su médico de cabecera, Dale Conwell, se jugaba la cabeza intentándolo todo para librarlo de los recuerdos. Importó novedosos medicamentos con tal de aminorar los sobresaltos del presidente, ya que luego de interminables estudios sabía que soñar era la forma más oscura de anclarse en las penurias. Peptona de Defresne en el caldo; jarabe del doctor Zed, el calmante más efectivo; grageas de hierro Rabuteau; pequeñas píldoras de Gelis y Conté para evitar calambres; cigarrillos antiasmáticos y hasta líquido Indiano para los callos. Aunque intentaba espaciar la dosis de morfina, las órdenes del presidente contradecían sus razones.

El galeno era un hombre apacible, sensato, con un diente de oro que parecía pedazo de sol atrapado entre su boca. Llegó a tierras centroamericanas con un contrato de investigación universitaria que

lo condujo a ir tras el rastro de los orígenes de la sífilis. Había recorrido la región para desmentir que la bacteria hubiera sido frecuente entre las poblaciones americanas antes de su encuentro con los europeos. El mal fue descrito por Hipócrates en su formulario venéreo, suficiente prueba para desmoronar las hipótesis que pretendían culpar a los indios de todo mal. Estaba obsesionado en comprobar la historia marítima de Kingston, donde se atribuía su propagación a los marineros. El denominado mal social ocupó su tiempo, dejando fuera cualquier otro compromiso que le involucrara algo más que su pasión por la ciencia. Se opuso frontalmente al tratamiento con mercurio, fuera oral, frotado en el pecho, inyectado o vaporizado, porque tal procedimiento enloquecía a los pacientes contagiados por los azares del amor. Pensaba que si los ilustres de pensamiento y pincel de la época la habían adquirido, el mal también tenía algo que ver con la imaginación. A punto de presentar los avances de su investigación ante la Asociación de Médicos Centroamericanos, el destino le dio un revés poniéndolo en el camino del Patrón. Pocas palabras bastaron para que el mandatario quisiera poseerlo como florero de mesa, haciéndole una tentadora propuesta para tratar el asma de su prima y curarle el mal de orín que bien se confundía con la enfermedad que investigaba. Dale Conwell entendió que no podía negarse. Que la decisión sobre sus pasos le fue arrebatada. Se instaló en el área del cuartel, muy cerca de la ceiba donde apenas horas antes fusilaron a un conspirador amarrado al paredón de su tronco centenario.

Distraído, degustando un chocolate alemán durante la inauguración de una fiesta de ganado, el galeno divisó a Justa Barrios viuda de Puerta por primera vez. Su espalda arropada hasta el cuello y el paso de becerro alentaron sus esperanzas, aunque él fuera diez años menor y supiera que la prima del presidente era inalcanzable para todo mortal. Esa tarde, cuando la visitó por primera vez en su aposento, el doctor encontró a Justa sentada frente al tocador viendo en el espejo cómo se esfumaba su existencia. Había una lluvia espesa y turbulenta que inundó calles y

ocasionó derrumbes sobre aldeas cercanas, soterrando a familias enteras. Asustado ante la indiferencia que evidenciaba frente a su asfixia, extrajo de su botiquín el feliz alivio del opio para convencerla, aunque fuera dentro de sus sueños, que la vida valía la pena de ser vivida. Frotó su cóncavo pecho con ungüentos de mentol y detectó en su expresión parda que esa mujer no quería a nadie. Agradecida, ella se encaramó sobre los almohadones de algodón intentando atrapar su sueño para refugiarse en el alivio. Sin pretenderlo, en una alquimia de pasión y compasión, Dale Conwell no encontró más salida que estrujarla entre sus brazos. Habrá sido por los efectos de la morfina, o por las secuelas de la nostalgia, que su paciente cedió a los jadeantes pitillos de moribunda. Estos se fueron apaciguando con las caricias. Pasando por encima de su juramento hipocrático, Dale no pudo esquivar el vapor espeso de aquella piel macilenta y el aro púrpura que rodeaba sus labios. Se vio obligado a satisfacerle sus ansias, reconociendo a mansalva el riesgo que eso representaba para su vida y para su espíritu acongojado. La sorbió como una abeja que extrae la miel de las flores y le inyectó de su aire para devolverle la savia. La asfixia cedió. Tras recorrer con sus uñas el rastro de las vértebras contorsionadas, ella le concedió el libre manejo de su existencia. Sintió vértigos y tuvo que sostenerse de la cabecera para entrar en ella con una furia harta de pavor, hasta escuchar el último gemido de salvaje alivio. Sin que ella lo recordara al día siguiente, lo amó sin inhibiciones ahondada entre la fragancia de los vapores de eucalipto. A partir del primer encuentro que en ella no dejaba memoria, el mismo día, a la misma hora y bajo el mismo vestido de luna menguante, Justa sucumbía a la crisis pulmonar. Entonces el doctor se untaba con agua de colonia para dejar rastro en la piel inmaculada de su amante olvidadiza.

En el sótano del caserón presidencial, yacían detenidos los presos más relevantes para mantener viva la causa liberal. Todas las bartolinas estaban ocupadas, salvo una, preparada para el día

glorioso en el que ingresara el mayor enemigo del Libertador: el doctor Rafael Arroyo. En repetidas oportunidades, cuando no se obtenía la confesión de algún traidor y había que mantenerlo vivo por un día más, despertaban al doctor Conwell. A cambio de comprobar que la sífilis tenía su origen en el corazón de los marineros, se convirtió en testigo de actos impensables para su piadosa formación luterana. Aunque para aliviar su conciencia, llegó a convencerse de que poca diferencia había entre la sífilis y las torturas. Solo que una era más lenta que la otra.

Sixto Pérez, el verdugo más temible de la región y amigo cercano del presidente, no dejaba gota de sangre en el cuerpo. Cuando ingresaba en un recinto lo invadía con su bloque de sombra; carecía de recuerdos y su mirada sin vida era más helada que un glaciar. Incluso los niños conocían de sus infamias y les era inconcebible que un ser de tal calaña, fugado de los cuentos de brujas, caminara sobre la Tierra sin castigo. El verdugo perseguía la sombra del doctor Conwell sin descanso, atosigado por una especie de obsesión que astillaba su aplomo. Ese diente de oro reluciente, y esas mejillas coloradas y temblorosas de gringo regordete, jamás le despertaron confianza. Tiempo atrás, durante una función de circo, detectó la mirada cómplice que Dale lanzó entre las piernas de la prohibida. Fue entonces cuando optó por desaparecerlo y evitarle un disgusto fatal al presidente. El sanguinario, el más temido, se dirigía decidido a dar la orden al oído del coronel, sicario encargado de esos casos, cuando un asunto más importante interrumpió la cabalgata de la muerte: fue acusado de traidor. Al finalizar el último invierno, Sixto nombró padrino de bodas a su benemérito Reformador, tras conseguir una muchacha muy joven para purgar con hijos su desventura. Tomasita de las Mercedes, se llamaba. Mientras no tuvo de frente a la prometida, el presidente asintió con gusto el honor de acompañar al fiel amigo hasta sus nupcias. Pero al ver las manos pequeñas y bien delineadas de Tomasita, su cuello tierno y las piernas robustas, cambió de parecer. No había algo que le despertara más el apetito carnal, que unas piernas bien torneadas.

«La buena pierna no se puede perdonar», solía decir cada vez que tenía enfrente a una que le gustara. El antojo incontrolado hizo que, sorpresivamente, en pleno acto público, acusara de conspirador al verdugo Pérez, fijándole diez años de prisión y condenándolo a ser flagelado por sus propios compañeros de causa. Sixto Pérez no soportó la idea de ser torturado injustamente, porque lo único que acuñaba su existencia era la inquebrantable lealtad hacia el General. En un arranque de desconsuelo, vació una lámpara de petróleo que iluminaba el corredor de la celda que otrora fuera su paraíso y se destinó fuego hasta consumirse en cenizas. El doctor Conwell nunca supo lo cerca que le respiró la muerte. De no haber sido por la existencia de Tomasita, hubiera terminado en una fosa común, sin parientes para velarlo ni tumba para perpetuar sus huesos.

Sin haberse consumido por completo el grotesco panorama de Sixto, el presidente mandó soldados por Tomasita con el pretexto de protegerla de posibles represalias. Esa tarde oscura despidió a Justa con un abrazo cercano luego de una merienda de afable conversación. Con un brusco apretón expulsó la lengua larga y pegajosa que resbaló sobre el cuello transparente de la prima. Ella retiró con delicadeza su cuerpo ágil y divisó la sombra de Tomasita de las Mercedes, enjaulada en una recámara del segundo piso.

—¡Acabo de ver a una niña en la ventana! —gritó Justa, asustada.

—¿Cómo cree?, solo fantasmas —respondió el Libertador mientras la encaminaba hasta su carroza.

Tomasita tenía miedo a pesar de los consuelos de su madre y tías. Se apiñó en la esquina del gran armario sudando el pánico que, sin saberlo, nutría a su verdugo. La envolvieron en el vestido de novia que usaría con Sixto Pérez y la untaron de pomadas perfumadas porque expelía un intenso olor a pubertad imposible de remover. Sin tiempo para amaestrarla, la madre le dio algunos consejos primarios, estrategias esenciales para mantener medianamente feliz a un hombre, con la esperanza de un futuro prodigioso para la familia. Le peinó unos canelones tiesos y

engominados que parecían capiteles corintios fijados a su cabeza. La corona de flores y el velo desalineados le dieron gracia al Reformador. Se rio de ella.

—No tenga miedo, que le va a gustar —dijo el presidente entre dientes, mientras acercaba el aliento de tísico al rostro tierno y estremecido.

Ignoró el mal de orín y se sirvió una copa de ajenjo que bebió de tesón para contar con un instante de sosiego antes de la embestida. Aventó el cristal por la ventana y se dispuso a desabrocharse la faja. El bombacho resbaló hasta sus rodillas. Tomasita se imaginó caminando en la cuerda floja, igual que un equilibrista que cruzó completo el circo sin sucumbir ante la muerte.

El mandatario, sin bombachos ni medallas de guerra navegando sobre su torso, tomó a la muchacha de los canelones y la jaló de un tirón, liberándola de su recoveco. Arrancó los botones que cubrían sus pechos a medio germinar. Cuando le mordió el cuello, ella temió que cualquier presunción de compromiso estaba descartada. La lanzó sobre la cama y la montó, como a caballo salvaje, durante la larga noche de llovizna discreta. Los gemidos de Tomasita fueron de desapego a la vida, como si estuvieran arrancando un árbol de raíz. Entonces sufrió una transformación irreversible, el odio se apoderó de los remansos de su conciencia y juró vengarse con la poca voluntad que le quedó.

Antes del amanecer, el presidente ordenó que la encaminaran hasta la puerta de Las Tres Juanitas. Tomasita no podía caminar; le habían partido en dos las entrañas y, de paso, envenenado irremediablemente el corazón. El presidente no volvió a buscarla, aunque el hijo que le sembró en el vientre reclamaría justicia tarde o temprano.

VI

El presidente se propuso arrimar sus miserias y despejar corazonadas. Remozó los aires de bonanza y ordenó decorar el salón de té con listones y moños azul bandera. Mandó a cortar flores frescas de sus propios sembradíos para dispensarlas en los grandes floreros de cristal que desfilaban sobre las mesas como centinelas en vigilia. Encomendó a Abraham Fernández los detalles para la recepción en la gloriosa estación de San Chulá, fanfarrias orquestadas por la banda nacional, cohetillos, banderas y gallardetes con el fin de darle un caluroso acogimiento a la española y evitar cualquier desilusión que la devolviera al barco. Como estaba enterado de la fascinación que ella tenía por las aves, ordenó llevar jaulas con palomas para soltarlas en el momento que pusiera sus zapatos en la estación. Obsesionado por las olas de auge veneciano, resolvió ofrecer una fiesta de disfraces en la casa presidencial días antes de la boda. Las invitaciones ya estaban giradas sin consultar a los novios, con el fin de dar tiempo a los invitados para confeccionar disfraces y decorar carrozas con antelación. Ese fue el único acontecimiento que apaciguó el llanto de Julián, porque verse desprovisto de identidad le daba un torrente de esperanza. Extrajo de su baúl longevo, al parecer de un pirata trasnochado, la máscara de arlequín que le permitiría hablar libremente con el concejal Martínez y confesarle sus penurias en un derroche de pasión. Podría rozarlo sin aspavientos y bailar con sus ojos mientras lo hacía con otra. Por el momento, desde las habitaciones del segundo piso de la casa presidencial hasta el sótano de los cautivos, se escuchaban gemidos de cerdos en sacrificio y cuchillos picando más de quinientas cebollas a la vez para sazonar las viandas sin premura. Por la puerta principal ingresaron gigantescos bloques de hielo

envueltos en mantas para evitar que su lagrimeo mojara el piso, asunto que confundió a varios espías creyendo que se trataba de un desfile de difuntos ultimados en el calabozo. No había terminado la mañana cuando los conservadores estaban enterados de tal presunción. El hecho de que los muertos circularan por la mansión presidencial como si nada terminó por escandalizarlos.

Justa no podía creerlo. El susto nubló su indolencia. Se tomaba la cabeza bajo la pérgola de tumbergias azules como si hubiese enloquecido por completo, mientras Mila intentaba apaciguarla con extractos, fomentos y gargarismos para evitarle un ataque mortal.

—¡Usted va a recoger a Teresita a la estación y punto! —ordenó la madre con un grito estremecedor.

—¿Y por qué yo? —preguntó Leandro atraído por el escándalo—, ¡que la vaya a recibir Julián!

Ante la impresentable condición del prometido, víctima de una terciana repentina, Justa no encontró más remedio que recurrir a Leandro para sustituir a su hermano, aun sabiendo el riesgo que eso representaba. Era impensable dejar varada a la peninsular en medio de un mundo ajeno de curiosos implacables, capaces de asfixiarla entre el barullo. Leandro huyó a su habitación sin despedirse, al mismo tiempo que el doctor Arroyo, en una trinchera oculta al otro lado de la ciudad, pasaba la última revisión a un pelotón de amotinados, armados con bombas y fusiles, para librar una guerra cuyo primer objetivo sería atacar el lado más débil del General.

Justa se mentía a sí misma. Ansiaba que algo sobrenatural ocurriera para que Julián no acabara en la deshonra de fallar como marido. Invocó a Ludu para lanzar sus fuerzas portentosas sobre las olas quietas del Pacífico. Deseó con todas sus ganas que el barco donde venía la nuera sufriera un naufragio sin dejar sobrevivientes, y así disipar incertidumbres para convertir a su hijo en un mártir, víctima de los ahogos del amor. Imaginó el tren descarrilado o la carreta desbocada en un peñasco aunque eso significaba convertirse en el más despreciable de los seres. En un momento de delirio

dedujo que la comida americana podría contagiarla de difteria antes de llegar al altar. Invocó un terremoto. Efectivamente, el desconsuelo de Julián desembocó en un sudor agazapado que le anuló el equilibrio, atorándolo en un laberinto que no le permitía estar en pie sin tropezarse. Titilaba descontrolado. Escribió una carta póstuma, enardecido por los efectos de la fiebre, porque creyó que el dolor que acorralaba su alma era imposible de superar.

Leandro estaba desconcertado. Nunca entendió a su madre; la culpó por el límite al que llegaron las cosas gracias a sus desbordadas ambiciones. La sala estaba vacía y sus gritos cesaron repentinamente. La imaginó estrenando el hospital de enfermos mentales construido por su tío, atada de pies y manos. Creyó haber visto la figura regordeta del doctor Conwell cruzar el patio de las habitaciones, pero no le prestó atención porque el médico jamás la visitaba de día. Había en su premura un rosario de recuerdos gratos que no quería desechar. El asunto de la gitana lo tenía caminando a ciegas desde que salió de la tienda de manta y cabalgó despavorido hasta su casa. Aunque la resaca le impidió contemplar detalles, se sorprendió de nuevo por lo atinado de sus lecturas. Se preguntó cómo era posible que supiera lo de Teresita Cruz o lo de su hermano con tanta exactitud. Le angustió sospechar que era una víctima de la traición de su conciencia, y que seguramente en sus ojos estaba escrito el nombre de la innombrable.

En el canasto de la ropa recién planchada buscó el pantalón que llevaba el día en que se encontró con ella. Una carta machacada con inscripción en letra de molde que decía «La Luna» sustituía el retrato de Teresa. Dos lobos aullaban debajo del brillante astro emanando gotas de luz. La misma que Ludu captó de sus manos durante el perentorio encuentro de presagios. Peligro, alucinación, secreto, muerte. A pesar de la burla que profanó sus recuerdos, admiró la mágica destreza de la gitana para hacer semejante argucia sin haber percibido sus manos tibias dentro del pantalón. Su furia contra la interferencia se disipó ante la esfinge trémula que desnudó sin desvestir durante la sesión. Sucumbió a los efectos de aquella piel

vaporizada navegando entre su olfato, y no hubo poder capaz de postrarlo.

—Los húngaros son ladrones de profesión. Si no te roban un hijo, se llevan tu corazón. Por eso dicen que tienen dos latiendo en el mismo pecho —dijo Mila, para quien no ocurría nada que no fuera atribuido al maleficio de los gitanos, mientras lavaba la ropa en el patio trasero.

—Cállese que usted tiene un hijo —respondió Felícita—, y lo anda buscando.

Era justo el momento en que tenía que salir para llegar a tiempo, no sin antes detenerse en el campamento rom y reclamar la fotografía imprecando, de ser necesario. Tomó el naipe y lo colocó bajo el farol que abarcaba una parte de la pequeña mesa de noche. Sonrió sin pretenderlo. Cerró los ojos haciendo un esfuerzo para flagelarse con el martirio placentero de un afecto imposible. Escuchó el revuelo de las campanas anunciando las ocho. Jaló la leontina de su chaleco y corroboró la puntualidad que mantenía la Iglesia a pesar de las debacles. Corría el rumor de que era un fantasma quien se encargaba de tocarlas, ignorando los nuevos tiempos de libertad que se vivían. Reclamó para sí no recodar detalles específicos del rostro de la cuñada a pesar de haberla visto tanto y haber regado con más de una lágrima la figura postrada en el papel. Temió un embrujo y por primera vez consideró las palabras de su nana. Era prácticamente imposible que su destino diera un vuelco radical en tan pocos días y que las eternas horas de espera e instigación hubiesen desaparecido repentinamente. Tan fácil como el polvo que se sopla de una mesa. Su aprehensión sentimental era imperecedera y las amantes que pasaron por su vida siempre dejaron rastro. Aun así fueran mujeres transitorias, que no habían hecho más que incursionarlo en las pericias del amor pasajero, recordaba aretes, lunares y cicatrices. O alguna delicada quinceañera sugerida por su madre para prevenirlo de rumbos impropios. Guillermina Paredes deambulaba en sus pensamientos sin haber sido tan importante, aunque fue quien dejó huellas de experiencia sin garantía. Imposible

sortear un sentimiento de olvido. Recriminó su traición, luego de saber, a ciencia cierta, que tendría que hacerla suya en el refugio afortunado de la oscuridad. Presumió que sin él la desdichada española deambularía en las tinieblas de la vida sin conocer aunque fuera un vértice del amor. En el filo de sus tormentos resucitaron abruptamente las lecturas de mitología griega, producto de la fascinación temprana que lo capturó para siempre. No creía en las coincidencias, pero esta vez quedó absorto por la perversidad de sus pensamientos: Adonis era hijo de Ciniras, rey de Chipre, y de su hija Mirra. La muchacha, en edad de escoger marido, rechazó a todos los pretendientes que la visitaban porque estaba secretamente enamorada de su propio padre. Desesperada por su terrible situación, y no encontrando otra salida, la chica decidió ahorcarse. Justo antes de aplicarse justicia fue salvada por una nodriza que, al saber la terrible verdad, decidió ayudarla. La mujer habló con el rey acerca de una joven bellísima que estaba perdidamente enamorada de él. Con la oscuridad de la noche por cómplice, condujo a Mirra al tálamo nupcial de su padre. Pero una noche, el rey, curioso por ver a su satisfecha amante, iluminó su rostro descubriendo con terror que había amado a su hija con locura. Intentó matarla, rebosado de ira y frustración, pero ella logró escapar. Desesperada, suplicó a los dioses que la transformaran en cualquier otro ser. Sus palabras fueron escuchadas y la joven fue transformada en árbol de mirra. El hijo que llevaba en su vientre vivió en el interior del árbol hasta que, con la ayuda de Lucina, la diosa del parto, logró romper la corteza. El niño se llamó Adonis.

—¿Qué? ¿No me está escuchando, Leandro? Usted tiene que ir por Teresita en nombre de su hermano. Justo hoy, el infeliz amaneció grave. El General está por venir y ya envió soldados a la estación de San Chulá —redundó la madre, sosteniéndose del brazo de Mila.

Mila envió por el doctor Dale Conwell, con los usuales garabatos dibujados en un papel de arroz, en manos de la criada de confianza, Felícita Chub. El médico de cabecera amaneció llorando a causa de los vapores de la cebolla que se apoderaron hasta del cuartel. Desde niño la detestó porque hacía llorar a su madre. La infeliz, abandonada a su suerte, aprovechaba el pretexto para desahogar sus frustraciones sin que nadie se percatara. No comía nada con cebolla y aunque más de una vez intentaron engañarlo, escondiéndola entre los sabores de estofados o aliños, su instinto experto la reconocía porque la atribuía al dolor. Los vahos amotinados en su alcoba le incomodaron el sueño, sin mayores preparativos, se cubrió la nariz para salir huyendo de la insoportable intrusión. Eran las dos de la mañana cuando lo interceptaron en el corredor para asistir a un joven que se negaba a soplar. Con la bata recogiendo su figura rolliza, ingresó en las catacumbas del cuartel hasta encontrarse con un hombre, casi niño, agonizando de dolor. El rostro irreconocible y los huesos fracturados a golpes le dieron la certeza de que no amanecería vivo. El aire de sus pulmones era más escaso que el de un colibrí. «Por favor, ayúdeme», dijo con la voz de la muerte. Conwell, hecho trizas, no soportó más la culpa. En un arranque de ira, de su botiquín extrajo el opio, y una dosis de más, para ayudarlo a morir sin conciencia. «Todo va a estar bien», le dijo al oído. No esperó resultados, ni ante la exigencia de los verdugos que le insistían en preservarlo vivo. «Se les fue la mano», dijo antes de volver a su habitación. Sufrió los sobresaltos de la culpa y no alcanzó suficiente temple para soñar.

Apenas horas después ingresaba en los espejismos de Justa. Ella desabrochó su corsé para liberarse del ahogo que le produjo la furia y redimir los pechos hendidos, buscando aliento. Frente a los ojos atentos de Mila, y con la asistencia de Felícita Chub, extrajo aceites volátiles, aguas destiladas, enjuagatorios, bálsamos y emplastos. No advirtió sospechas, así que con una mirada profesional las expulsó de la recámara. Arremangó su camisa, acostumbrada estrategia de

antesala, y se dispuso a frotar los pechos de su amante con linimento. Un rocío substancioso emanó del cuerpo conmovido, como si estuviera jugando con su alma. La recostó con puntualidad de cirujano mientras introducía su mano regordeta entre las piernas anémicas y vencidas de su amor secreto. Encontró el consuelo a las postraciones del pecado, el sosiego del agua quieta de un aljibe. Las separó con sus codos y, siguiendo sus movimientos inconscientes, la tuvo más rápido que de costumbre, bajo la luz débil de la mañana. Satisfecho y sin remordimiento, mientras el médico presidencial subía sus pantalones observando el cuerpo remiso de la mujer que poseía sin aquiescencia, Leandro Puerta cabalgaba rumbo al encuentro con sus propios fantasmas.

La prometida pisó tierra centroamericana luego de navegar en el bergantín español *La Luz*, comandado por el capitán Juan Prats. Enardecido por los efectos ultramarinos, el cabecilla de fragata, tras incesantes visitas de puerto, buscaba una aliada para sentar cabeza. Le ofreció desviar el barco hacia Veracruz y fugarse a las selvas lacandonas, para establecerse de por vida a la orilla de un cenote cristalino. Pero la inclaudicable Teresita venía amortizada por la ilusión de alimentar a sus aves de paraíso tropical. Sabía disimular los extremos de su desdicha. «Teresita tiene corazón de canario, por eso le gustan», decía su abuela cuando la miraba jugar con tanta indiferencia. Ella procedía de un pueblo rendido por la guerra. A temprana edad escuchó llantos desgarradores a causa de pérdidas irreparables. Vio a madres morir de dolor, sumidas en una miseria que ella no estaba dispuesta a repetir. Salvó a una prima de lanzarse al vacío a causa del amor contrariado, y fue ella quien tuvo que cerrar los ojos de un sobrino recién nacido que murió atrapado por sus sueños. «Nadie debe llorar al angelito porque si no se le mojan las alas y no puede subir al cielo», dijo. Así que se propuso no querer con tanto ahínco para salvaguardar sus endebles sentimientos.

El pecho le palpitó de más, una sola vez en la vida, cuando tuvo al capitán para ella, en cubierta, bajo las estrellas tan incandescentes que no les alcanzaba el cielo para ocuparlo. Fue después de la cena. Los pasajeros se organizaban para trasladarse a la sala del coñac y los cigarros cuando ella se desplayó, dejando el halo de su perfume para ser rastreada. Durante la travesía muchas cosas conjuraron para que cambiara el rumbo de su destino, aunque su parco instinto no las detectó. Al cuarto día de navegación, varios pasajeros sufrieron una intoxicación desventurada. No hubo poder de Dios que salvara al cocinero. Él culpaba con insistencia al mal de mar por semejante desagravio, porque la intoxicación no producía delirios. El capitán Prats recorrió personalmente el navío y pasó por cada uno de los enfermos para verificar su estado. Estaba bien enterado de que la joven de uno de los camarotes de primera clase desposaría al sobrino de su amigo el Reformador. Noticia que le extrañó sobremanera. Había visto a Julián en una recepción presidencial y penaba por el irremediable martirio de la pasajera.

Cuando la visitó, ella estaba acomodada sobre una mesita con la nariz pegada a la escotilla rastreando delfines. Desde ese día y el resto de la travesía, ambos hallaban la manera de encontrarse para conversar sobre las aves y las mansas tribus de América. El capitán Prats congenió con su simpleza estelar, pero no se atrevió a advertirle sobre el futuro gris que le esperaba. La convenció de que no se toparía con caníbales ni micos ladrones en su camino. A cambio, respiraría un aire con fragancia y tendría por paisaje el cúmulo de imponentes volcanes desfilando frente a su vista. Le desmintió el amasijo de mitos que tenía revueltos en su cabeza sobre el Nuevo Mundo, dándole la tregua que necesitaba para recuperarse por completo de los sobresaltos de su imaginación. Le confesó que su pavor por el agua era tan serio para su profesión como no saber nadar. Ella le reveló que temía ser devorada por la indiferencia. Que había plantado a un novio eterno, sin conmoverse, a cambio de presenciar una soleada constelación al otro lado del mar. Que tenía miedo a las ranas y a las plagas de mosquitos que,

según se decía, eran recurrentes en Centro América. Hubo un par de tormentas, una noche de luna llena, lluvia de estrellas, desfile de ballenas y una aurora boreal fugada de su comarca celestial. Todo servido en bandeja de plata para que se amaran sin distancias. Como si alguien, desde tierra firme, estuviese lanzando conjuros de amor, suficientemente poderosos como para alcanzar el océano. Ella estuvo a punto de sucumbir, simplemente porque le costaba decir que no. Pero esta vez fue inclaudicable. La última noche que se encontraron en cubierta, Teresita se quitó el fustán y vistió una sola pieza de encajes sofocada por la bruma que suele acarrear la proximidad de la costa. Prats la interceptó por la cintura y acercó su cuello suplicándole un arranque de valor. Pero las cartas estaban tiradas y Justa viuda de Puerta había invertido suficiente dinero en mantener a su familia como para echarlo todo por la borda. Ella tembló esa noche, dejó que el capitán recorriera su cuerpo mustio, aunque no le permitió un solo beso de resignación. Además, estaba prohibido llorar.

Prats fue invitado para acudir a la boda, y eso le pareció a Teresita un azar innecesario. Aceptó lo inevitable y se entregó a las causas de su futuro. Aunque sus parcos sentimientos tenían escudo contra pasiones rebosadas, algo la fragmentó. Además, era producto de tres generaciones de mujeres resentidas, con verrugas y bigotes, cuyos hombres fueron irrelevantes en sus vidas. Una tía de sus afectos, acusada de traición y obligada al encierro de por vida en su propia casa, le dijo con un preludio de locura en sus ojos desorbitados: «A los maridos solo se les tolera, porque es el único sentimiento capaz de sobrevivir a los años».

En tierra firme, dando pasos timoratos, trasbordaron a un lustrado ferrocarril, cíclope a la vanguardia, arrancando sus vapores para conducirlos hasta San Chulá. Con habilidad milagrosa corrió la noticia, de pueblo en pueblo, que la prometida llenó un vagón repleto con su equipaje; que era legataria de la reina; que sus ojos fucsia se parecían a los del diablo; que venía a gobernar en nombre de su marido, heredero directo del presidente. Que tenía tres orejas

y que su cabello era tan largo que traía a una criada para cargarlo sobre su hombro. Hasta se dijo que era hermafrodita y por eso no requería de un marido para procrear. No había puesto los pies en la capital cuando Teresita Cruz ya era leyenda nacional. Al tocar tierra, la prometida perdió la lozanía de proa. Algo había cambiado en ella. Parecía un pez que pierde sus colores brillantes al ser capturado, tornándose gris con el contacto del aire. En el vagón presidencial viajaba con el capitán Prats y un afamado poeta cubano ansiado por la élite culta del país. Durante el trayecto por los rieles del porvenir, que nada dejaban que desear con los europeos más modernos, Prats no perdió oportunidad de rozar el hombro enclenque de Teresita y apelar a súplicas terminales aunque conocía muy bien a su amigo el presidente y sabía que, de cumplir su sueño, sería rastreado por jaurías de sabuesos hasta dar con su existencia. Hordas de gente salían a su encuentro con hojas de palma entre las manos para aplaudir con el viento su bienvenida. El prominente poeta cubano, a quien el presidente invitó para entretener a la alcurnia intelectual con sus odas taciturnas, meneaba la curiosa figura triangular de un lado al otro, mientras extraía su cabeza por la ventanilla para respirar el paisaje que pronto convertiría en versos. Los vagones aglutinaron un calor obnubilado y los pasajeros fueron desatando las camisas, fajas, cinchos, perifollos y faralás casi a punto de perder el pudor y lanzarse desnudos al río paralelo que los acompañó durante el trayecto.

Cuando el tren suspiró en San Chulá, la asfixia había menguado y extrajo, con solemnidad, una nube de vapor calcinado por sus fauces. Nadie pudo disimular el agotamiento reflejado en semblantes y vestiduras semiabiertas gracias a la última cena de ultramar que duró hasta el amanecer. Caminaban de lado a causa de la costumbre transoceánica, de la que no querían despegarse. La sorpresa de Teresita escampó gradualmente su tormenta y los latidos reaparecieron cuando tuvo al prometido frente a frente. Se sorprendió por la regia imagen del galán y agradeció que el susto de encontrarlo, no hubiese sido tan brutal.

—¿Julián? —preguntó.

La carroza que los transportaría hasta la capital estaba adornada con monjas blancas, orquídeas únicas de la región. Además, ella fue escoltada por una nube de palomas que tuvieron la delicadeza de no descargar en su sombrilla. La sorpresa fue ineludible cuando se topó con una jaula dorada que pendía del techo del coche habitada por su añorado quetzal. La cola larga y frondosa se filtraba entre las rejas para posarse sobre el asiento de pana, buscando alivio. El pecho rojo del ave indignada temblaba desesperado, al mismo ritmo que el del capitán.

—Si no lo libera va a morir antes de llegar —dijo el vate cubano —. Dígame, Teresita, ¿qué sería de nosotros los poetas si nuestras palabras fueran torturadas por el encierro?

Teresita no respondió. Asomó la cabeza por la ventanilla de la carroza para llamar la atención del cochero. Abrió la jaula y liberó al ave agonizante.

—¡No me gustan los pájaros disecados! —dijo, antes de sufrir un vahído.

Ludu de Egipto introdujo la cabeza en el tonel de agua que colindaba con el filo de la calle empolvada. En las fauces de sus pensamientos era imposible olvidar la sonrisa del payo herido y lo atribuyó a la falta irreparable de haberlo tocado. Sostuvo la respiración y abrió los ojos para ver las manos que jugaban como peces en la profundidad de su trozo de lago. Sintió el silencio y escuchó que sus palabras repetían la evocación ancestral de los enamorados: «Con dos te miro, con tres te ato, la sangre te chupo y el corazón te arrebato». Desde siempre jugó con Petalo a ver quién aguantaba más sin respirar, solo que esta vez competía con sus recuerdos. Al salir, salpicó el entorno polvoriento. Se sacudió la cabeza, regando metros a la redonda con su largo y abundante cabello negro. Algo atrajo su atención: el corcel de Leandro Puerta relinchaba frente a ella.

Era hora de encarar sus querencias. Leandro Puerta montó su caballo sin revisar las cinchas ni ajustar los estribos como acostumbraba. Arrancó a toda velocidad para llegar a tiempo. No bebió su jugo de naranja, no se enderezó la camisa. Mila lo persiguió, sin éxito, para amarrarle las botas que abrazaban sus rodillas a medias. Al escuchar la estampida del caballo, Julián encorvó su figura caliza entre las sábanas y se quedó viendo fijo contra la luz de la ventana que daba a los potreros. Divisó la sombra de su hermano esfumándose por la pequeña avenida y se sintió ingrato. Faraón se arrinconó junto a su cuello, lamiéndole la nostalgia con una lengua de lija. Cuando entró en la adolescencia, y su cuello se estiró como si no fuera a detenerse, dos vecinos, contratados por Justa, lo encaminaron engañado hasta Las Tres Juanitas, prostíbulo afamado por la delicadeza con la que las experimentadas trataban a los principiantes. Tan bien, que se convertían en clientes perpetuos. Gobelinos franceses, cortinas de seda de todos los colores, sillones *tú y yo* de pana púrpura, grandes láminas de espejos que tapizaban techos enteros, ceniceros de pie con un metro de distancia entre sí, un piano de cola en la sala principal, pisos poblados por alfombras persas, escupideros de porcelana en cada esquina, paredes forradas con papel tapiz, elegantes urinales en cuartos de baño recubiertos de mosaicos cerámicos, tarimas de madera blanca para los músicos y bailarinas ilustraban la zona franca, donde compartían liberales y conservadores, gitanos y católicos, masones e impíos, al colmo de terminar brindando abrazados por deslumbrantes amaneceres de canciones sentimentales y danzas de ombligo. Fue, en efecto, el más afortunado esfuerzo que Justa planificó para corregir a su hijo. Al percatarse, el adolescente fue arrancado de los barandales de madera bordada con rígidas gubias para ser arrastrado hasta la entrada del recinto. Las luces tenues, nacidas de candelabros recién pulidos, lo conmovieron por un instante. Pensó que estaba en una diminuta ciudad cubierta de neblina. El humo de las pipas, pequeñas

chimeneas, no lo dejó ver con claridad pero fue fácil reconocer las carcajadas de su médico de la niñez, Rafael Arroyo.

—A ese alicrejo no se le levanta ni con todas las putas del mundo —dijo el doctor a toda voz, despertando una risa colectiva.

El amasijo de tetas desprovistas de cobijo le acentuó el pánico por verse obligado a sumergirse en un mundo repelente. Sus gritos se escucharon a tres cuadras de distancia. Vecinas decorosas mandaron a llamar al centinela, pero este ya estaba en el burdel disfrutando del escándalo. Entre cuatro borrachos, agobiados por los alaridos de señorita en pleno naufragio, le ataron las muñecas con cordones de cortina, con todo y sus pompones; lo amordazaron para evitar que sus gemidos interrumpieran por más tiempo la pianola. Se invistió de sus poderes para desatarse. Fue en vano. Lo amarraron a una cama hedionda a naftalina y lo dejaron encerrado bajo llave en la habitación que dejaba entrever el gusto de su propietaria por el arte a pesar de su pestilente humedad. Una galería de cuadros apretujados cubría las paredes derruidas por el vaho y la nicotina de la clientela. Él detuvo su jadeo por un momento para observar una a una las pinturas.

—Si le gustan los cuadros, nos vamos a llevar muy bien —dijo una voz de mujer—. Ese, el de en medio, es un trazo de un famoso francés que vive en Panamá. Me quería pintar desnuda, pero prefirió cogerme.

Detrás de un biombo de tela pintada a mano con paisajes y púdicas señoritas de paseo por los Pirineos, apareció una mujer joven con estragos de vida machucada plasmados en las ojeras que recorrían su rostro. Vestía un rasgado corpiño mal abotonado y medias hasta la rodilla.

—Me llamo Laura Esquina y estoy aquí para lo que usted quiera —dijo la mujer rendida ante las vicisitudes de su desidia—. Usted no será principiante por mucho tiempo. De eso me encargo yo.

—Me llamo Julián Puerta —respondió él, mordisqueando la atadura. Notó que la corta edad de la mujer se delataba en sus manos de niña.

Ella temía que, de quitarle la mordaza, el muchacho enfurecido fuera capaz de arrancarle un pezón con los dientes. Se fue acercando a él como domadora de leones, movida por el encanto que le causaban los rebeldes no iniciados. Solo que esta vez supo que no habría remedio. A ese cliente no se le darían las mujeres ni por milagro. Desatado, Julián la tomó por el brazo sin que ella se resistiera, y la recostó sobre su pecho lampiño agotado por la vehemencia de las circunstancias. Con el dedo meñique jugó con su cabello alborotado. Laura Esquina cayó en un sueño intenso sin predecirlo. Soñó con su madre. Durante esa primera cita, ambos terminaron conversando tendidos en la cama con las piernas escalando la pared y comiéndose la miel puesta en jarritos de barro para satisfacer erotismos profanos, como dos amigas inseparables. Ella le pintó las uñas, él le trenzó el cabello; ella lo vistió con sus corpiños y fustanes, depiló los escasos vellos de su delicado pecho. Se encorvaron las pestañas y practicaron bailes de ombligo. Juntos conocieron la ternura. Los amigos, sorprendidos por la extensa visita que sonaba a desenfrenado jolgorio, fueron a tocar la puerta para corroborar que lo devolverían vivo a doña Justa y cobrar su merecida recompensa. Le levantaron una fama de macho cabrío, que bajó tan rápido como la espuma del mar.

Julián visitó a Laura Esquina todos los jueves, después del almuerzo. Hacían la siesta juntos y se contaban sus secretos. Cuando a él lo atacó la fiebre de tica y no se apareció durante un mes, la misma matrona, doña Juana, madre de las tres Juanitas y descendiente de militar, se alarmó. Laura se vistió con las galas de una dama para desfilar frente a Justa sin delatar su origen, saludarlo y llevarle de obsequio unas medias de seda que guardaba como tesoro. Tras interminables conversaciones, que duraron más de cinco años, él logró convencerla de abandonar la vida de babas hediondas y jabones ajenos porque era un pecado mortal desperdiciar su inteligencia. Le dio una pequeña parte de su fortuna y consiguió, con algo de chantaje, que la madre le facilitara una de las casas parroquiales confiscadas.

Laura abrió uno de los primeros almacenes de la ciudad. Pronto devolvió el préstamo con creces y terminó exportando artículos a los demás países centroamericanos. Los Amigos, se convirtió en una tienda abastecedora de todo tipo de artículos indispensables para mantener los auges de alcurnia: quinqués, romanas, balanzas, cuadros, escopetas, *lefaucheux*, perchas, catres para visitantes, abanicos de primera y abrigos para teatro y baile, guantes blancos y negros, joyería suiza, moldes para budines, amasadores, trastos de cocina, pistolas, trompetas, relojes suizos, vajillas de lujo, vinos andaluces, muñecas y juguetes. En menos de un lustro logró desplazar el negocio de Julio Sinibaldi, quien presumía de ser el más exitoso comerciante de la historia. Despertaron una guerra movida por la competencia, donde no faltaron injurias ni sobornos. Los que conocían o sospechaban sobre la procedencia de Laura callaron sus arrastres; enemistarse con la proveedora de sus caprichos sería una embestida equivocada. Además de ser protegida del sobrino del presidente, ella conocía los secretos familiares de cada hombre de la ciudad, sin importar que fuera culto o pechero, civil o militar. Más que sus habilidades en la cama, las de consuelo eran las requeridas por su ungida clientela. Muchas veces le pagaron por una sola caricia.

Nunca comprobó si el instinto que tenía se debía a la clarividencia o al sentido común. Lo cierto es que esa mañana amaneció con la urgencia de visitar a Julián. Se vistió de flores, colocó los guantes en sus manos de niña, extrajo la sombrilla y se sentó en la banca de la entrada de su casa a esperar el mensaje.

—¿A dónde va la señora tan engalanada? —preguntó una monja que cosechaba rábanos de la jardinera.

—Espero un mensaje que está por llegar.

VII

El delirio se avizoraba irremediable: concluyó que arrastraría con su vida. Entonces Julián envió por Laura Esquina. Felícita Chub, con quien compartieron felices esparcimientos de niñez, tuvo que escabullirse por los gritos que Justa prorrumpía sin control para cumplir con la encomienda. Atravesó calles y plazas sin percatarse que estuvo a punto de tropezar con un guayabal, tres escolares, un alguacil y un perro rabioso. El imperturbable amor de la criada, a todas luces imposible, la dejó varada en una vida sin aliento, sin más consuelo que el de hacerlo todo por él.

No pasaron dos horas antes de que la incondicional amiga respondiera al llamado y estuviera tendida a sus pies. Clavó su vista aturdida en un enorme óleo del mar, oscuro y tenebroso. Entretuvo sus manos con Faraón, que ronroneaba con la intención de escalar hasta su pecho. Ni la pañoleta de seda recién desembarcada del bergantín europeo logró calmar su desesperanza. Laura se arrimó, lo abrazó del vientre, pegó los muslos con los suyos y recostó el rostro sobre su pecho.

—Prefiero morir, prefiero morir, Laura querida —dijo a su aliada.

—¿Él ya lo sabe? —preguntó compungida, entre dientes, para no develar el secreto que los unía.

—No, no está enterado de los detalles, pero quiero que tú se los hagas saber. Que le expliques personalmente que no puedo salir de casa porque hoy llega la española.

—¿No será mejor que le escribas una nota? —preguntó Laura.

—¡No, de mí no lo sabrá! Solo dile que este amor me está matando.

Laura salió de prisa con el mensaje atorado en la garganta. Tomó un coche rumbo al Callejón Morazán, intentando no ser vista. Pagó

sin esperar el cambio y se bajó cinco cuadras antes de su destino. Caminó por las avenidas empedradas sosteniendo con delicadeza de cortesana una sombrilla de papel de china con el mango de madera finamente artesonado. El vestido largo de encajes y estampado con margaritas silvestres le tallaba el cuerpo pequeño y bien formado. Luego de haberse escondido bajo capas de maquillaje barato en sus tiempos de burdel, Laura Esquina decidió no usarlo nunca más. Ahora lucía el rostro de una niña, despertando el impulso de acariciarlo. Más de alguna vez extrañó a las tres Juanitas, amigas y compañeras de faena con las que encaró a la vida. La primera Juanita, como la apodaban, era de carácter agrio y dominante. Se decía que los clientes corrían peligro de perder los testículos si no cumplían sus desbordados deseos, pero que valía la pena arriesgarse porque después de haber tremolado sus pasiones se podía morir en paz. La segunda Juanita atesoraba una calma indoblegable y un dominio magistral sobre las corrientes de su cuerpo. Se decía que acostarse con ella era como estar flotando en las olas del mar y, dados los efectos de sosiego que producía en su clientela, se le atribuían poderes sobrenaturales. La tercera Juanita era una especie de alquimista de poses y vericuetos, pero tan ajena a este mundo que dormir con ella era como hacerlo con una piedra. La vida le venía sin cuidado. Cuando a Laura le daban ataques de nostalgia, se deslizaba por los recónditos pasadizos del prostíbulo, que se sabía de memoria, hasta ingresar en una de sus camas y dormir un rato con el olor de los amores revueltos en el aire. Jamás se enorgulleció de su nueva condición de dama, así que les daba de fiado o les vendía a mitad de precio, convencida de que ser puta y ser mujer eran la misma cosa.

Antes de tocar la puerta transcurrieron segundos. Laura volteó al sentirse perseguida. Tocó nuevamente con insistencia, acosada por el vaho del terror. Sacudió su vestido mientras una criada la conducía por el largo corredor. El concejal don Enrique Martínez estaba de pie, en medio del pasillo, con los brazos abiertos para recibirla. No podía esconder su estado de deterioro ni las falsas

demostraciones de alboroto. La piel apagada y la postura de guerrero vencido anticipaban sus tinieblas.

—Querida amiga mía —alardeó con una escéptica sonrisa de almirante.

Se sorprendió al ver a Laura Esquina descompuesta, con el ruedo del vestido rasgado y el peinado desaliñado.

—¿Pero qué te pasó, niña? —preguntó extrañado.

—Luego te cuento, Enrique.

Lo que más llamó la atención del concejal fue la sombrilla rota, porque muy bien la conocía y sabía que su nueva imagen no permitía los agravios.

En confianza, Enrique Martínez tenía sutil aire femenino, que sabía esconder con astucia ante sus compañeros liberales burlando inclusive al General. Bastaba conversar con él detenidamente para comprobar su conducta de almeja. Sin preguntarle, sirvió una taza de café espeso y galletas de trigo recién horneadas en la panadería vecina, famosa por vender molletes tan redentores como la gloria. Laura las agradeció entusiasmada, porque los excesos estaban prohibidos en su casa desde la invasión de preladas y abadesas. El concejal vio su reloj con cola de leontina dorada más de cinco veces en un minuto, manía nerviosa de la que Julián hacía broma cuando compartían noches en vela de insospechables pasiones y le rezaban al tiempo para que no amaneciera.

Ambos se resistieron lo suficiente a ese contrariado sentimiento que, de ser descubierto, pondría en alto riesgo sus vidas, pero resultó más fuerte que un chubasco meridional y terminaron amándose sin remedio. En una oportunidad, el concejal Martínez, con su pinta de vigoroso caballero, pasó entregando unos papeles de urgencia a Leandro Puerta, su asistente personal. A menudo lo hacía, solo que esta vez Mila, desprevenida, se olvidó de sus diligencias y lo dejó a su suerte, plantado a medio corredor. Encaminado por un destino irrefutable, persiguió a Faraón hasta concluir en la recámara de Julián. Él estaba tendido, como Dios lo trajo al mundo, sobre un diván de terciopelo. Explayaba su edénico

cuerpo, fornido gracias a los brebajes de Mila y de su madre. Sobresaltado alcanzó su bata, aunque ya era demasiado tarde para frenar lo que sus cuerpos exigían con vehemencia. Conversaron sobre música, teatro, poesía y algunos pincelazos de filosofía elemental. Compartían gustos por la Grecia clásica, el arte oriental y las piezas exóticas de decoración. Faraón no perdió la oportunidad y marcó su territorio, restregándose en las pantorrillas del visitante que también quería para él. Al tercer día de rutas confundidas y pretextos engañosos, no hubo designio que impidiera el surgimiento de una pasión nacida para contarse.

Enrique Martínez guardó el reloj en el chaleco plisado de pana negra. Se entregó a las palabras de Laura, tan escuetas como la situación lo ameritaba. Pensó en lo placentero que sería doblegarse ante la muerte. Que con la boda de Julián terminaba su vida absorta de falsas ilusiones y vulgares nociones de felicidad. De haber tenido a mano su revólver, lo hubiera apuntado a su sien sin pensarlo dos veces. Respiró el alivio de olvidar para siempre; urdió una conjura a bordo de su alma lacerada. Mientras la amiga daba explicaciones no pedidas, él se refugiaba en el placer que le causaba la idea de un suicidio sin dolor. Recordó que en el campamento gitano había una dosis de lo que ansiaba, según le conversó su amigo el boticario Jesús Bustamante, un joven acongojado que manejaba al lado de su padre la farmacia del barrio Morazán cortejada con más de mil frascos de colección. Obsesionado con los efectos de las raíces, el tenebroso farmacéutico era asiduo rastrero de todo aquello que confirmase sus avances de investigación. Entre dientes se decía que el joven taciturno ultrajaba tumbas frescas para extraer las entrañas calientes de los difuntos y rondaba el cementerio viejo convenciendo a los vecinos de que era un errabundo espectro buscando redención. «La más experta en combinar oraciones con recetas, yerbas y aceites es una anciana rom que vive entre pócimas y enredaderas, con una planta carnívora capaz de tragarse a un ratón. Hierba de zorro para los aires; huaso para los dolores; tormentina para la

provocación; hierba de chivo para los resfriados; hinojos para el corazón y raíz de mandrágora para la muerte».

—Pronto te va a llegar la invitación de la boda, Enrique. No pudo impedirla —terminó diciendo Laura, antes de ponerse de pie—. Julián está sufriendo mucho. Quiere morir.

Primero unos suspiros involuntarios, sofocados por el verdadero vagido de dolor que humedeció la habitación en minutos. El concejal intentó incorporarse porque la lástima le daba repudio. El vértigo se lo impidió y tuvo que recostarse de nuevo. Consideró la loca idea de sumar al amante a su mortífero plan, sucumbir desnudos, tomados de la mano, y de paso destruir los ánimos del General. Tomó un sorbo de agua con asistencia de la criada que se anticipó a la desdicha y recostó la cabeza sobre el sofá. El fonógrafo más moderno de la ciudad, que lucía sus encantos en medio de la sala, tocaba un aria que hacía honor a su nombre: *Una furtiva lágrima*, fase singular de *El elixir del amor*. El lamento silencioso del connotado funcionario se mezcló con cada nota, en cada pausa. Se supo engullido por la fatalidad.

El rutinario desfile de asesores y vigías fue pospuesto para el día siguiente. Ñor Vicente, jefe de la policía secreta, integrada por una ringlera de oidores que delataban cotidianamente lo escuchado y lo inventado, quedó plantado en el umbral de la puerta. Solitario en su recinto, el Patrón revisó de una hojeada ligera los titulares del periódico que amanecía a la orilla de su cama, cada mañana, sin saber jamás quién lo colocaba ahí. Una breve nota le causó escalofríos: «Un rayo cayó en el templo de Rabinal, por su consecuencia murió calcinado Celestino Estrada y están lesionados otros cinco individuos, todos filarmónicos». Le vino a los poros la niebla de la muerte. Luego, su corta lectura se detuvo en la plaga de chapulín que insistía en perjudicar las siembras de milpas de la costa. Emitió un murmullo de agrado al leer que su decisión de imponer el matrimonio civil causara tanto revuelo: para los

conservadores era concebible empezar el recorrido del amor sin la bendición de Dios y un cura para sacramentarlo. Por último, palpó los huecos de sus muelas con la lengua y pensó en acudir a la clínica del dentista Pericles Jiménez, que describía con anuncio en letras mayúsculas un aparato para extraer muelas sin dolor. «Debería arrancarme todos los dientes de un solo para ponerme una de esas dentaduras perfectas que hacen hoy en día», dijo, sin pretender ser escuchado.

Cerró las páginas, entintando las yemas de sus dedos. Aun en la perplejidad de los recuerdos funestos que acarreó la noticia del rayo, decidió visitar a Justa, tocar su mano pálida y tropezarse con algún sufragio de ternura que, en todas las ocasiones, atenuaba por instantes sus pesadillas. Ya no había niña virgen ni aldeana puesta de ofrenda sobre su colchón hendido que lograra pacificarlo. Dubitativo, se acercó a la pared donde colgaba el teléfono recién instalado en su habitación. «Esta mierda no sirve para nada. No le veo la gracia de estar hablando con Zaldívar todos los días», dijo para sí. Un experto del norte, Charles Billings, viajó con un equipaje de novedades para estrenar al país en la magia de romper con la distancia. Así quedó establecida la primera línea entre la capital y la ciudad de San Salvador, y fundada una oficina de telégrafos y teléfonos al lado de la Catedral Metropolitana, para que la gente supiera que no solo Dios hacía los milagros. La primera llamada se llevó a cabo con el teléfono situado en su habitación y en la de Rafael Zaldívar, presidente de El Salvador. Fue anunciado por la prensa; el General abrió las puertas de su casa para que amigos y periodistas testificaran personalmente el arribo anticipado del futuro.

Contrariando la recomendación de Dale Conwell, rechazó la carroza presidencial. La mañana estaba hecha para cabalgar. En repetidas ocasiones intentó explicarle al doctor que no había en la historia un solo guerrero sin pasión por su corcel. «Usted no conoce ni a una cabra», le decía al desobedecer los severos preceptos de jamás exponer sus riñones al galopeo. A pesar de súplicas e imploraciones, lo único que le causaba bienestar era una estampida

levantando volcanes de polvo espeso. Recorrió pequeñas callejuelas que circundaban la metrópoli en apogeo. Añoró el café denegado de su dieta cuando, en una de las curvas pronunciadas, el caballo se detuvo. Roznó mientras comía pitas de pasto seco que adornaban las orillas. El conocido burdel tenía la puerta entreabierta y no se escuchaba ni el zumbido de una mosca. Después de tantas tribulaciones, la imagen de Tomasita de las Mercedes estaba frente a él, postrada bajo el umbral de la entrada como si purgara un castigo. La niña cargaba un cazo repleto de ropa inmunda sobre su gran barriga. Al ver la oscura aparición, lo soltó desperdigando calzones, medias y faldas en la acera. En pocos meses dejó atrás la lozanía de su juventud agraviada; conservaba la cicatriz del mordisco en el cuello y los rasguños en la espalda que le marcó el General; en vez de canelones tenía una melena larga y enredada cual ratonera, y algo más desgarrador que no le permitía olvidar las torturas de aquella noche: un hijo de su estirpe. Tomasita quedó inerte mientras elevaba el índice para señalarlo. Su mirada punzante amilanó al valiente libertador. «Pocos días le quedan, General», le dijo. Tres soldados saltaron de sus caballos para apresarla. «Perra inmunda, ramera infeliz», gritó el más forzudo. Tomasita lo mordió en el antebrazo y pateó espinillas sin control. En segundos planificó quitarle la pistola para cumplir con su promesa de una vez por todas. «Este hijo lleva su sangre maldita», clamó. Pero el presidente dio la orden de retirada con una mueca inquietante. «Suéltenla, que está chiflada la pobre», indicó, sin voltear a verla. Nadie se inmutó con el escándalo, porque en Las Tres Juanitas pocas cosas se respetaban tanto como la hora de la siesta.

Cruzó en la primera calle, esquina del Parque Morazán. Un bullicio de soldados invadió las aceras, despertando la demencia de los perros callejeros. La gente, conglomerada en una esquina, se detuvo para ver pasar el asalto fulminante que solía ocasionar el paso del presidente. Sitiada en su premura, Laura atravesó la calle a tiempo que el corcel presidencial estuvo a punto de desbocarse contra ella. La bestia relinchó tras el forcejeo violento de su dueño y

desapareció entre la polvareda que los cegó por unos segundos. Habrá sido por la vida de bajo fondo que Laura desarrolló un instinto hecho para rastrear peligros; le bastaba con oler desde su biombo al cliente recostado en la cama para saber de quién se trataba y qué era lo que buscaba. El semblante mustio del Patrón le trajo el tufo a creolina del ataúd de su madre.

—Acércate —dijo autoritario, sorprendido por no haberla visto antes.

—General —exclamó ella entre dientes.

—¡Vaya bonita! —dijo él—, dicen por ahí que muchos me quieren matar, pero jamás pensé que la muerte fuera tan dulce. Me debe una, señorita.

Aturdida entre la tierra seca de esa callejuela, con el vestido accidentado, las rodillas raspadas y los colochos alborotados, Laura Esquina se enderezó por completo. Si algo aprendió de sus andanzas fue jamás temerle a un hombre que hiciera alharaca de su hidalguía. Lo miró retadora, atraída por el sutil encanto de la curiosidad. Por su pasado desbordado de sombras masculinas, trenzadas en los designios de su corta existencia, Laura detectó la desproporción física del General. Se fijó fácilmente en cómo sus piernas cutas demandaban colocar los estribos a la altura del corazón de la bestia, que jadeaba desesperada. Le causó asombro el rostro alargado del mítico personaje, a pesar de que el sombrero de pita intentara disimularlo. Comparó las manos delicadas del General con las suyas, que no lograban esa suavidad ni con todos los ungüentos, aceites, cremas o mixturas disponibles. «Los callos que surgen de caricias falsas jamás se borran de las manos», había escuchado decir en boca de las meretrices. El Reformador la miró con sus ojos de fiera, que navegaron por los resquicios de su alma adiestrada para hipnotizar antes de la embestida. Laura Esquina se enderezó, mientras encaraba el reto de no esquivar su vista penetrante, aun presumiendo el encantamiento que producía su hermosura. Todo el mundo sabía que el General detestaba la fealdad y de lo que era capaz de hacer cuando se enfrentaba a la belleza. Ella emitió un

saludo bajando la cintura levemente y aceleró el paso escurriéndose entre los susurros provocadores del presidente. Cruzó la calle sin voltear, aún empujada por la mirada de un ser que desde siempre le pareció deleznable. Sabía más de él que cualquiera, porque sus clientes no dejaban secreto bien parado si les daba por abrir la boca. «Las noticias llegan al oído de las putas, incluso antes de que ocurran», especulaba. Insistió en sacudir el polvo fino que ya se había instalado en los botones de su vestido nuevo y se propuso retomar el grave asunto de Julián y el concejal.

En el corto camino pensó que era hora de poner candados y trancas de hierro en las puertas de su casa. Haría montar guardia de religiosas de día y de noche, y pensó recurrir a engaños con tal de que el hombre de piernas cutas no alcanzara su pista. Lo hizo para evitar las argucias de sus perentorios pensamientos, que pocas veces le fallaban.

El General se quedó quieto viendo esfumarse la pequeña figura de su paisaje, como una pintura extranjera que decoraba la sala de su mansión. Antes de que desapareciera, ordenó al soldado Lancerio, guardia de confianza, que siguiera a la mujer accidentada. Le intrigó advertir que no se hubiera inmutado ante su autoridad como lo hacían todos, y se fijó en que había sido la única mirada femenina parecida a la de su madre: carecía de temor.

El presidente recuperó el buen humor. Cruzó por el páramo que bordeaba la ciudad. A tiempo que cabalgaba hasta la casa de su prima, llegó a revivir el palpitar añejo de sus entrañas. Arribó hasta la ranchería y caminó sumido en algo muy similar a la demencia. Le pareció ver la sombra de su médico de cabecera junto a las bateas y escabullirse entre los vericuetos de la caballeriza. Tuvo el impulso de seguirlo para corroborar que no había enloquecido, pero la presencia de su reciente encuentro le dio un respiro, alejando al médico nuevamente del patíbulo.

A tiempo que se cerraba la cremallera oxidada, Dale Conwell recuperó su afán por desaparecer al presidente. Aunque su mandato fuera curarlo, una fuerza oculta le hacía destinar parte de sus

desvelos a fraguar el crimen prefecto. Le sobraban razones para hacerlo. La idea era recurrente, tanto así que ya se había curado de la culpa antes de haberla materializado. Escuchó cómo Mila aceleró a los criados para recibir al Reformador. Apresuró el paso para escabullirse por el zaguán trasero sin dejar tan siquiera rastro de su traición. Al abrir la puerta del cuarto, con el corazón en la mano, Mila encontró a Justa sola, acomodándose fríamente el peinado y cerrando su corsé para atender al Patrón como correspondía. La revuelta pulmonar había cesado.

La merienda estaba delicadamente servida en el comedor de los cuatro ventanales. Justa tembló antes de informar a su primo sobre la inoportuna enfermedad de Julián. Titubeó al prorrumpir palabra y estorbar la inusual calma del presidente, quien musitaba frases discontinuas para sí. Derramó unas gotas del café prohibido sobre la porcelana, pero el primo tomó su mano sin inmutarse. «Hoy está más guapa que nunca», dijo. Dio un trago y sintió el indefendible sabor a desabrigo que delataba su paladar deteriorado.

—Julián amaneció indispuesto —dijo entrecortada, conmovida por el desamparo que la carcomía por dentro.

El presidente no le prestó atención, porque al mismo tiempo el soldado Lancerio se acercó hasta su oreja y susurró sin respetar el acostumbrado protocolo.

—Se llama Laura Esquina, General. Es dueña de la tienda Los Amigos, persona muy cercana a su sobrino Julián y amante del concejal Martínez. Ingresó a su casa y estuvo durante media hora en el lugar. Al salir, se detuvo a llorar en pleno Parque Morazán.

—Le he dicho que Julián amaneció indispuesto y no pudo cabalgar para recibir a Teresita —insistió Justa, evidentemente molesta por la interrupción.

—¿Entonces? —siguió el presidente, distraído.

—Envié a Leandro en su lugar.

—Más le vale componerse —dijo el mandatario, sin ponerle más reparo—. A propósito, ¿invitó al concejal Martínez a la fiesta de disfraces?

—Me parece que sí —respondió Justa, asombrada por el desvío de la conversación.

—Pues asegúrese de que venga con una tal Laura Esquina.

—¿La dueña del almacén? —preguntó, sorprendida.

—¡Sí! —respondió tajante el mandatario.

VIII

Leandro montó a rienda suelta un ejemplar tordillo, de andadura larga. Cruzó el corazón de la ciudad de una sola ventada y se abrió camino entre extravíos hasta abordar el Paseo de Jocotenango. Vislumbró el campamento gitano por encima de su hombro y ordenó a sus escoltas que no disminuyeran la marcha. En caso de detenerse, él los alcanzaría en el pasaje. La senda por la comarca de bailes a la usanza le trajo confusos recuerdos. Un arrastre de compasión por sus propios sentimientos agudizó la imagen de Ludu de Egipto, dejando caer el velo del rostro para apoderarse de su alma. El movimiento pausado de los romaníes esbozó una mezcla de coincidencias perturbadoras que conservaba tan fijas como si ya fueran parte de su vida. La sentencia fue ineludible. Desde la distancia divisó los carromatos de luna y la figura de Rupa Kari, más fuerte aún de lo que recordaba, desmontando su teodolito de los zancos de un trípode para la exhibición matutina. El aparato, hecho para medir las distancias de terrenos ociosos y accidentados, ahora se enfrentaba a recorrer las estrellas con su lente infinito. Asistían intelectuales y catedráticos universitarios que se sentaban a componer en tertulias el mundo, atraídos por la magia de la libertad. Le cautivó la sombra de Zurka con una enorme jarrilla en la mano para regar sus plantas; espantaba niños con maleficios gastados y amenazaba en convertirlos en renacuajos si la veían a los ojos. Sus jardines habían profundizado raíces, seguramente movidas por la magia de pócimas y conjuros, porque no había planta capaz de crecer con tanto ahínco por sí sola. Asunto que a todos preocupaba porque su naturaleza estaba hecha para migrar y, al parecer, la anciana se aferraba a la firmeza. Agapantos de largos cuellos; ageratos rastreros de hojas triangulares; brígulas tan azules que

parecían invisibles porque se confundían con el cielo; mantos de canastillo y perfumadas bocas de dragón formaban un placentero oasis, ahora parte obligatoria del recorrido que hacían las visitas por el encantado madrigal. La buganvilia desarrolló un tronco tan ancho que rompió la maceta y abrió un boquete en el piso de la alcoba con el fin de prenderse a la tierra. Rupa supuso que sería necesario arrancarla de raíz, uniendo la fuerza de todos los muchachos, para liberarla del estanco a la hora del peregrinaje.

—Si sigue así, Zurka, vamos a tener que dejar su carro anclado en este país —amenazó Rupa, elevando la voz porque la anciana había perdido la astucia del oído.

—La única que se va a quedar anclada aquí soy yo —respondió.

—No olvide que nuestra patria es la intemperie y usted nuestra memoria —recalcó el líder con paciencia a los olvidos de sus gastados recuerdos.

—Nuestra patria está en el alma, querido Rupa, y los recuerdos son asunto de cada quien. Te falta muy poco tiempo para entenderlo.

Una gallina gorda, bautizada Floridalma, cacareaba pegada a las enaguas de Zurka. Estaba predestinada a comerse las larvas que osaran devorar sus matas florecidas. Revoloteaba entre la bulliciosa preparación desprovista de miedo, porque la anciana había amenazado con volver en rata al mundano capaz de atreverse a llevarla a la olla.

Los hombres, sin camisa, preparaban un tablado rociado de pino, afinaban instrumentos, colgaban farolitos de colores y papeles dorados para el esperado encuentro que se llevaría a cabo entre dos clanes. Tal parecía un desfile del Olimpo que alistaba su morada de cristal.

A partir de esa tarde, los gitanos realizarían las negociaciones de matrimonio en nombre de un romaní, cuya identidad de apostura y carisma lo perfilaba como futuro patriarca. Dodo Keju, miembro del clan de los Lowaru, llegaría al atardecer acompañado por quince carromatos para instalarse en el campamento de los Pulika y

celebrar su boda con Mala de Egipto. Yana Sounya, experta juntaora en hacer la prueba antes del matrimonio y exhibir las tres rosas estampadas como afirmación de su pureza, tenía listo el pañuelo blanco. Las piedras, el anís, los kilos de almendras y los dulces estaban preparados para cumplir con los rituales sin faltar detalle y dejar a Mala bien parada. El jefe de la policía local, enamorado irremediable, autorizó el asentamiento por tres días y emitió la orden de no interferir bajo ninguna circunstancia en tan respetada unión sentimental. Mujeres y hombres en edad de merecer, que no desperdiciaron el escenario para poder empatarse y conseguir pareja, se ataviaron con sus mejores ropas y vestidos. Ellas airearon pañoletas sobre largas cuerdas simulando ser banderas a media asta, a la vez que practicaban el espectáculo de bienvenida con exagerada exaltación de caderas y panderetas. Las fiestas de despedida fueron en vano, porque Mala logró despertarse únicamente en dos oportunidades para comentar que el asunto de su boda con Dodo era un sueño nada más y que ella no se dejaba engañar por nada que intentara separarla de su hermana.

El patriarca lustró su bastón ceremonial, herencia del abuelo enloquecido. Lo recordó. Era un apacible anciano, gordo gracias a que desayunaba cuatro veces seguidas como si fuera a sucumbir en la hambruna de una guerra civil. Rupa quedó sorprendido por el dominio con que Helena Gupu orquestaba la cocina para terminar a tiempo el jamón ahumando con coliflores adobadas en mostaza, bokoli, pan de pasa y patatas rodajeadas, sazonadas con sal gruesa de roca, y celebrar así el encuentro sin desdichas. Atribuyó la brasa que le calentó el vientre a los aires pasionales que rondaban en el ambiente por esos días, tras verla amasar una mezcla de canela, tomillo, clavos y nuez moscada con la piedra atrapada entre los muslos y las mejillas coloradas por los hervores de las ollas. Al verlo, se inclinó más para lucir los pechos que se conservaban intactos a pesar de los años y retener el tifón de una mirada que había esperado con templanza de mártir.

Mala, escondida en su carromato, fingía dormir con tristeza, aunque emanaba un aroma que podía verse emerger de sus sueños como aurora boreal danzando en el cielo. Dodo Keju, a punto de enloquecer por la urgente necesidad de revolverse con ella sin siquiera haberla visto, aceleró el ritmo de la caravana siguiendo el llamado prodigioso que le arrancó el respiro. Tenía veintitrés años y dos de estar soñando con ella. Atrapado por el rocío de su olfato, al gitano desquiciado le vino sin cuidado el resguardo de su clan. Varios carromatos dejaron ruedas tiradas en las asperezas de su premura; cayeron edificios de objetos que se atrincheraban en dos pisos sobre los carruajes; los bueyes se atascaron cruzando ríos; muchos niños regaron lagos de vómito en el camino. Los menos desdichados alborotaron sus pensamientos a causa de la incontenible sacudida que llevaron y pararon queriendo a personas equivocadas. Pero por nada ni nadie se detuvo la caravana de los Lowaru hasta pisar territorio Pulika. «Dicen que la chica lleva durmiendo toda su vida. Y como que mi hijo nació para despertarla, ¡carajo!», dijo su padre, sumido en el incontenible traqueteo.

Días atrás, Rupa convocó a Ludu en su armatoste con techo redondeado de cielo. Ella entró siguiendo el ritual de no retar al patriarca cuando se fuesen a tratar asuntos serios. Antes de escuchar su sentencia, creyó vislumbrar vendavales.

—He decidido celebrar tu boda con Petalo lo más pronto posible —afirmó sin rodeos—. La boda de tu hermana con Dodo es un buen pretexto para comprometerte a ti también.

—¿No crees que ya estoy grande para decidirlo yo misma? —alegó Ludu, enfurecida.

—Por eso mismo —respondió Rupa, tajante—, prepárate porque en pocos meses celebramos tu unión. A partir de hoy estás amarrada.

Aunque era de esperarse y el camino que había recorrido carecía de sorpresas, Ludu lloró por días su infortunio. Pasó por las manos sanadoras de Helena Gupu, quien atribuyó el llanto a la próxima

partida de Mala. La congració con su sopa de tomate, el puchero con hinojos, las gachas, las migas y los pestiños, aunque la falta de apetito le impidió pasar de la primera cucharada. Ni siquiera Petalo sospechó ser causante de tal miseria y la visitaba en su carromato con ramos de margaritas que alfombraban enajenadas el campo vecino. La única que no digirió el cuento fue Zurka. Junto con Helena aliviaron los efectos grises de su ánimo pero, en el fondo, la anciana vaticinaba las razones de tanto desamparo. «Más sabe el diablo por viejo, que por diablo», dijo a la vez que la obligaron a pasar por dos purgas y aplicaron un solo emplasto, con una gota de extracto de mandrágora, donde queda el corazón. «Así como ustedes leen la mano, las barajas y el cigarro, yo sé leer la mirada», dijo Zurka convencida de que el asunto de Ludu rebasaba amores filiales.

Irremediablemente vio la silueta de Ludu con el rostro sumergido en un tonel donde se bañaban los gitanos cuando el sol entibiaba sus aguas dulces. No hubo poder para evitarlo. Leandro quiso rebanar su perfume de jazmín con los dientes. La falda encaramada con dos nudos cerca de las ingles, exponiendo sus piernas macizas, conmovió la dura coraza que el sobrino del presidente usó hasta entonces para sobrevivir en un mundo hostil y sin sentimientos. Creyó conocerla desde siempre mientras recordaba sus palabras firmes como el hierro, su voz directa capaz de desafiar tormentas, esforzada en librar batallas. La mañana hacía sombra de su figura entornada, resaltando la firmeza de sus curvaturas. Ella elevó la mirada, despacio, con grandes ojos sentimentales.

—¡Usted! —gritó Leandro—, sí, ¡usted, zíngara!

Ella expuso el rostro bañado, sacudiendo gordas gotas de agua combinadas con lágrimas. Anegada en las penurias de su mirada de náufraga, quiso fingir no recordarlo.

—Devuélvame mi foto —continuó él, frenético.

El semblante desconsolado de Ludu lo sorprendió. Lloraba. Él precisó lanzarse para consolarla, enjaularla entre sus brazos y

olvidar el asunto de su hermano y Teresita de una sola vez. Nuevamente, encontró en Ludu la manera de escapar de la monotonía de su vida convencional y de los desbordados caprichos de su madre enloquecida. Aunque la curiosidad por saber a qué sabía Teresita estaba impregnada desde hacía meses en sus ansias, la presencia de la gitana era tan imponente que borró todo rastro de cordura. Ludu desanudó la falda de tres tiempos, que cayó sobre sus tobillos emitiendo un suspiro de alivio.

—Si la quiere, venga por ella —dijo antes de ahondarse de nuevo en su retiro.

Leandro bajó del caballo y la tomó del talle encaramándola a su abdomen. Ludu se prensó abriendo las piernas y aferrando sus talones sin zapatos en la espalda rígida que la sostenía. Él absorbió el agua salada de su rostro con desesperación de náufrago. Se desplomaron por los matorrales. Sabía, desde que la vio, que estaba predestinado a quererla, nacido para encallar en su cuerpo. En un torbellino aceleraron sus intenciones por si la muerte se adelantaba y les impedía vivir aunque fuera un minuto de total locura. Ella intentó escabullirse del perentorio destino, pero no hubo sortilegio que esta vez la rescatara. Rodaron entre la pequeña ciénaga donde chapoteaban los percherones, enlodando vestiduras y sonrisas deslumbrantes. Se miraron con tal complicidad, como si hubiesen nacido uno frente al otro, que Leandro la acaparó con sus labios movido por una furia hecha para demoler montañas; las manos se encontraban en el camino mientras la desesperación se hacía insoportable, tan de prisa como lo exigían sus cuerpos guiados por algo muy parecido a la devoción. Aún con la respiración blandida, ella tomó el rostro de Leandro, humedecido con un sudor azucarado, y lo observó con cuidado antes de soltarlo para salir huyendo. No por recato, culpa ni vergüenza, sino por pavor a que la fusión de sus cuerpos hubiese despertado una explosión que los delatara. No encontró hechizo capaz de sosegarla mientras regresaba al rutinario giro de panderetas y castañuelas con los latidos de dos corazones dentro de su pecho.

La estación del ferrocarril, recién inaugurada, estaba atenta para dar la bienvenida. Los muros regordetes de adobe encalado tantas veces, relamían con sus manchas a cada persona que osaba recostarse. El piso era de madera nueva y crujiente que aún lloraba por el esfuerzo de la adaptación. Lucía en vitrina una pequeña plataforma tipo carretón y dos vehículos que funcionaban a pedal, para desplazarse por las vías en caso de emergencia. Los gatos hidráulicos, de varias toneladas, presumían su encanto innovador. Paralelo al camino acerado sobre eternos durmientes, se ubicaba una hilera de postes anodinos sosteniendo las líneas del telégrafo, que podía ser utilizado en cualquier momento por los trabajadores de turno. Los grandes faroles importados del norte sostenían antorchas diestras para iluminar cinco estaciones a la vez. Las venas de los rieles culminaban abruptamente con miles de promesas de «volver», atoradas en el aire. Columnas como guardias reales, con sus bases de piedra tallada, remataban en ménsulas acolochadas. Competían con la fila de bancas que se volvieron más populares que las del parque municipal. La sala de espera techada con mantos de teja era pretexto para todo tipo de encuentros. Instalaron cinco mesitas redondas donde las señoras jugaban a la canasta, los hombres al dominó y los domingos se impartían clases de ajedrez. Desde ahí corrían las apuestas de gallos y carreras de caballos, prohibidas por la ley. Además, se transaban productos extranjeros, muchos de contrabando, se entregaban diligencias y se almacenaban mercancías, costales repletos de cartas, talegas de papel, fardeles de biblias, jaulas con animales exóticos o mascotas, y niños con letrero colgando sobre su pecho para ser recogidos sin equivocación.

Rodeado de cientos de curiosos que suspendieron sus oficios para ver a qué lucía el rostro de la extranjera, el amplio aposento se curtió con un vaho viscoso duro de respirar. Otros soñadores se amontonaron para saber cómo lucía el poeta de los versos sediciosos, y la mayoría de niños gritaban emocionados por tener de

frente a un auténtico capitán de galeón. La guardia presidencial intentó disolver la turba, mientras el distinguido lirista cubano descubría poesía en el mosaico de rostros curiosos, y derruidos a la vez, que destilaban la nostalgia de la represión. «Porque noto alma torcida que en mi pecho milagroso, mientras más honda la herida, es mi canto más hermoso», murmuró. La banda instalada frente al vagón presidencial tocó desafinada a causa de tanto ensayo. Una valla de soldados que hacían guardia desde la noche anterior, sin mover un cabello de lugar, presentó su nuevo acto de baile de fusiles, descoordinados por el desalineado agotamiento. El tren no dejaba de transpirar vapor de fatiga por su lomo, como ballena gigante de ultramar. Leandro repasó la lengua por sus labios y sintió la presencia de Ludu; se vio impregnado de un incienso estelar. Pensó que su única salvación era huir hacia el norte y desaparecer por las selvas peteneras hasta ser devorado por un jaguar. Tomar a Ludu de los brazos, subirla a su caballo y llevarla con él parecía ser la única salida de redención. En una oportunidad estuvo a punto de escapar con una expedición de traficantes de tabaco, rumbo a Panamá. Dejó una carta de despedida y prometió al hermano enviar por él al nomás sentar cabeza en la distancia de una nueva vida sin resguardos, pero el propósito se vio truncado a costas de un mal intestinal que lo retornó irremediablemente al lado del yugo materno. Mientras decidía su destino, pasó el peine en su cabello desperdigado, sacudió el lodo seco del chaleco de gaucho y de los pantalones de montar. Se mojó la frente con agua tibia de fuente y lamentó no haber podido ir a la barbería. El maquinista, un mulato de Lívingston, heredero de los esclavos que amotinaron un barco para instalarse en tierras libres, dio la orden de descargar. El hatajo de valijeros uniformados se acercó hacia la orilla. Abrieron las grandes compuertas de madera del vagón presidencial. La banda rompió silencio y los aplausos no se hicieron esperar cuando vieron a una mujer, de figura épica, asomar su lacio cabello por la boca del furgón. Destanteada, Teresita fijó una zapatilla sobre el piso macizo, bajo la sombra de una pérgola con buganvilias de la pionera

estación. Le sorprendió ver a la gente vestida y a las mujeres con zapatos de tacón, fustanes y sombreros emplumados; la estación más techada que la de su pueblo y el impecable hombre que caminaba hacia ella.

Leandro se acercó conmovido al ver que, aunque la distancia había cesado, ahora se abría un boquete irremediable que los separaba. Le pareció más ajena que cuando la contemplaba de lejos y le escribía eternas cartas de amor en nombre del hermano. Además, le impresionó su apariencia de enferma terminal, de náufraga confesa y no encontró en su presencia el sosiego que buscaba.

—¿Julián? —preguntó con voz queda.

Era ella, la ansiada y temida Teresita Cruz. Frente a él, inerte, desconsolada. En carne y hueso, como si hubiera ampliado la desgastada imagen de su memoria. Su primera mirada fue de culpa, porque sin ella presentirlo pronto escalaría su cuerpo frío y sin sabor.

Transcurrieron instantes antes de que pudiera responder. Imposible articular una palabra. Le incomodó no escuchar la voz celestial que imaginó tantas veces. Se espantó ante la desidia de sus sentimientos marchitos. Pensó en Ludu y ansió su libertad. Desvió su vista hacia los pilotes largos y tallados, las bancas fijas. El reloj de pie, indolente testigo del tiempo. El barullo de la gente, el martirio de un destino ajeno. Quiso lanzarse a las multitudes para que le bebieran todo el aire. Para que le extrajeran el alma.

—¡Sí! —respondió.

No había terminado de pronunciar la palabra, cuando retomó lucidez y corrigió de inmediato.

—¡No!

—¿Sí o no? —replicó Teresita sumándose al juego, con acento arrastrado, típico del encomendero.

—¡No!, señorita Teresa, soy el hermano de Julián. Vengo en su nombre —dijo.

Teresita Cruz se sintió desencantada. Si hubiese sido el prometido, fácilmente se habría despojado del olor dulce del capitán

Prats. Disimuló su desilusión con un velo de cortesía. Intentó controlar el impacto del calor y la humedad de su nuevo territorio con un gesto de desagrado.

—No se preocupe, que la ciudad no es tan caliente —dijo Leandro, esparciendo la magia de su sonrisa.

Confirmó que esa mujer, tan frágil y delicada, empapada de un líquido salino, no sobreviviría al desamparo. Más que el lunar estampado sobre su rostro, que con tanto ahínco había soñado, llamó su atención un medallón de Santa Brígida, atado a cordón de pana, flotando sobre una blusa blanca de vuelos aplastados que ahogaban su cuello. Pensó en cómo lo arrancaría su madre para que el presidente no sospechara de tan desbordada devoción. Intentó caminar frente a ella para disimularlo y evitar que los cronistas que presenciaban el encuentro le hicieran más burla a su familia. La tomó del antebrazo cuidadosamente y condujo hasta el coche escoltado por una ola de palomas blancas que topeteaban sus vuelos desconcertadas, esquivando el bullicio de banderines, carteles, canciones, bandas, chirimías y llantos colectivos sin razón. Timorato, le explicó que el prometido amaneció indispuesto, que la esperaba ansioso, que todo estaba tal cual ella lo había soñado. Leandro revivió el mito de Adonis y pensó que lo mejor sería morir atravesado por una flecha inmaculada. El poeta cubano los siguió de cerca, se sintió como en casa y detectó sin mayor esfuerzo que ese país estaba hecho de metáforas. Las miradas abiertas de los curiosos se convirtieron en compasivas, porque incluso en esos confines del istmo se sabía que la española estaba condenada a la infelicidad.

—¿Por qué me miran así? —preguntó Teresita, extrañada.

—Por curiosidad nada más —respondió Leandro, convincente.

Dio la orden de retirada. Les siguió una caravana con más de veinte soldados, custodios a todo galope del nuevo botín de la estirpe del Patrón. Especuló en lo justo que sería denunciar los atropellos que el exceso de poder estaba cometiendo contra los pueblos que franqueaban. Tras las plagas de langosta y sequías, la penuria de los niños curiosos desprotegidos de ropa, que salían de

los matorrales como aparecidos, hablaba con voz propia y tenebrosa. Las mujeres, en harapos, gritaban por un peso. Las expresiones devastadoras de hombres después de dos faenas de trabajo forzado eran desgarradoras. Las ínfulas reformadoras de su tío, reflejadas en los caminos torcidos de pueblos en ruinas, lloraban desventura. Había escuchado sobre la deteriorada condición de los colonizados y presenciar el yugo del destino acorralado de tanta gente le pareció insoportable.

Leandro previno diluvios. Las hojas bailando en un suave aleteo; los pájaros buscando refugio; una pincelada gris cubriendo las nubes y jaurías de perros callejeros apartándose del camino, anunciaron lo inevitable. Le inquietó la condición de la carroza para soportarlos. Su techo endeble parecía de papel y el riesgo de las goteras era apremiante. En vano acelerar el paso, ungido por mordiscos de aterradores truenos que se dejaron venir con fuerza.

El aguacero no falló a los auspicios. Derramó inusitados torrentes ensanchando ciénagas y ríos en tan solo minutos. Sin más alternativa, Leandro se entregó a las gotas robustas y sintió el llamado de la suerte resbalando por su rostro. En medio de la borrasca y el infortunio humano que presenciaba en el camino, pensó en su tío y lo imaginó muerto. No era la primera vez que ese sentimiento lo invadía. Desde niño, lo miraba amortajado sin el consuelo de gritar para ser rescatado. Cerraban los ojos, junto a Julián, para provocar su muerte acorralados en la zozobra del ático oscuro. El instinto criminal que despertaba ese recurrente deseo no le generaba culpa, sino emancipación.

El coche se mecía como un moisés de recién nacido; en dos oportunidades detuvieron su rumbo para desatascarlo de los barrizales y retirar los troncos que se interponían al paso del tropel. Al comienzo, el capitán Prats usó el sombrero para resguardar a Teresita de las goteras, pero no hubo poder capaz de evitar los estragos que hicieron en su peinado; el agua inundaba hasta los tobillos simulando un pequeño trozo de mar viviendo su propia tempestad. Ella oyó que las lluvias eternas de las selvas húmedas de

América Central eran muy parecidas al diluvio bíblico que tanto pavor le causaba. Se vio engullida por el cielo oscurecido y tomó a Prats de la mano con una fuerza difícil de entender en un cuerpo tan enclenque. «Si no me suelta, la llevo al paraíso», susurró él disimuladamente a su oído, antes de que se les derrumbara el mundo.

Absorto, el poeta vislumbró ciclones más fuertes que los que botaban el cielo. Sorprendido por un nuevo brote de poesía en semejantes circunstancias, tarareó haciéndose el desentendido: «Gocen en buena hora, y su cerebro encienda en la rojiza lumbre de la incasta hoguera del deseo».

A pocas leguas de la capital, Leandro divisó el camino entorpecido por troncos y grandes piedras. A punto de dar el aviso, un estallido lo interrumpió todo. Los caballos relincharon enfurecidos y los gritos no se hicieron esperar. Movida por la furia de las bestias, la carroza volcó y rodó por un peñasco. Leandro no requirió de mayor esfuerzo para distinguir que se trataba de un ataque planificado por la oposición. Los ensordecedores estallidos de pólvora hicieron volar a varios hombres de la escolta, enquistando sus cuerpos entre el fango; la sangre se revolvió con los regatos de lluvia que crecían inflados por una fuerza sobrenatural. El estridente bramido de los disparos se confundió con los fragores del cielo. Leandro quedó ciego durante segundos. Se lanzó del caballo descontrolado y gateó entre el lodazal para buscar a Teresita debajo de la carroza suspendida. Distinguió los chillidos de la cuñada perdida entre la humareda. Se deslizó siguiendo el rastro, hasta que la alcanzó y, a tientas, cerró su boca para evitar que los delatara. La protegió con su pecho y Teresita, inerte ante los fogonazos y descargas, sufrió un desvanecimiento aferrada a su relicario. El capitán Prats intentó alcanzarla, pero la mano ágil del poeta lo jaló para salvarlo del intrépido arranque. La alfombra de soldados y contrarreformadores impedía su avanzada. Los perdigones emitían luces incandescentes, mientras las artillerías se enfrentaban sin

resguardo. Leandro se escabulló entre frondosos helechos, arrastrando el cuerpo desvanecido de la recién llegada.

—¡Hijos de puta! —gritó, antes de caer por un destello.

Los tiros de escopeta eran cada vez más certeros contra los amotinados, mientras los estrepitosos rayos hacían lo suyo. La niebla sagaz no se interpuso lo suficiente para evitar que Leandro se filtrara entre los escombros hasta cruzar la frontera del combate. Escuchó cuerpos deslizarse en el tremedal y lamentó no haber auxiliado a un soldado que gritaba por ayuda, fuera del bando que fuera.

Ludu atendió desde la distancia de su guarida el freno brutal de las bestias. A lo lejos, la batalla enmarañada en un clamor de retumbos encrespó sus presagios. Sintió pavor de solo imaginar que hubiese sido ella la causante de tal desgracia. Urdida en sus aturdimientos, había recurrido, por primera vez, al libro de su madre con el fin de provocar un milagro de amor y desatar la voluntad de Leandro antes de que fuera demasiado tarde. Practicó amarres, lanzó conjuros e invocó retornos capaces de mover la Tierra de lugar. Permaneció suspendida en vapores de jazmín durante horas, concertada en remolinos que lo atrajeran a su lado. Colocó trece pepas de limón debajo de su almohada; enterró un tarro de miel con su nombre debajo del tronco de un árbol milenario. Guardó la fotografía de Teresita Cruz, la que había sustraído del pantalón de Leandro, en una gaveta repleta de romero y acechó a sus mismos sueños para que cambiaran el sabor de su ministerio. Sospechó que sentía algo tan fuerte como para fugarse de sus poros y haber desafiado una tormenta de semejante magnitud. Atravesó el campamento, con el viento elevando sus trenzas desordenadas, para refugiarse en el regazo de Zurka. Se cubrió las orejas hasta que los resplandores se detuvieron y escampó. Luego, el silencio. «Es mi culpa», dijo llorando.

Rupa Kari, acompañado de una decena de fornidos gitanos, entre ellos visitantes de los Lowaru, abandonaron el tablado de flamenco para salir en estampida a encarar las penurias de los caídos.

Azuzados por los tragos de palinka, un fuerte *brandy* gitano, iban armados con hachas, martillos, machetes, piedras y azadones, dispuestos a enfrentarse a un ejército completo sin saber razones ni conocer bandos.

—¿Usted otra vez? —preguntó, atónito.

IX

El cuerpo cayó desvanecido sobre el camastrón de Helena Gupu. Estremeció sus cimientos torcidos por el efecto irremediable del tiempo, simulando un sismo espectral. Anegado en la inconsciencia, Leandro detectó el bálsamo afable de su asilo. Cruzó de nuevo el lindero de los temores y aspiró el aroma que últimamente lo confortaba cada vez que su vida estaba a punto de sucumbir. Por un momento creyó que la muerte lo había alcanzado y que rondaba los bordes del paraíso. Presintió la estampa de Ludu, muy cerca de su pecho, aunque los ojos empañados por trizas de la embestida no pudieran distinguirla.

Un sobresalto lo sentó de prisa.

—¡Teresita! —gritó angustiado.

Ludu se sorprendió por la impotencia de su corazón amilanado y recordó los tiempos con Zita de Egipto, su madre. Mencionó a su padre en contadas ocasiones y cuando lo hizo, ella se sentaba en un banquito a su medida para soñar a su lado. Era un gitano tratante y desbravador de caballos, fundador del primer circo que incluyó trapecistas, por lo que andaba rodando por el mundo, de función en función, en un barco del tamaño de un pueblo entero. Dispuesto a dar la vida para defender el linaje, al colmo de haber enfrentado cuerpo a cuerpo al tigre blanco de su circo y más valiente que los caballeros medievales, digno de contar con un libro propio que relatara sus hazañas. Adiestrado para domar leones con una sola mirada y confiscado en las pasiones de un baile desgarrador. Bebedor inigualable, capaz de tomarse una botella de un solo trago, poseía la fuerza de un volcán para enfrentar tropiezos, atributo que le había heredado. Con todo, Ludu sospechaba que lo único cierto

era el asunto de las botellas y que seguramente su padre había muerto en andanzas de cantina.

Apenas con cinco años, Ludu asistía a la madre en su puesto de adivinación, un carro desvencijado de cielo cubierto con infinidad de objetos que pendían como estrellas: perfumes, hojas secas, ramos de flores, botecitos de colores, exvotos de manos y corazones, colas de iguana y panales que goteaban miel. Con voz de río, la gitana emitía invocaciones para unir a personas desesperadas por agravios ajenos, palabras que para Ludu se tornaban en almíbar. Muchas veces llegaron a buscarla para agradecer enlaces que se creían inalcanzables y presentarle a robustos muchachitos como resultado de sus trabajos. La recordaba como una mujer libre, con sus ropas ligeras movidas por el viento y una sonrisa de sol. Logró desafiar ráfagas de enemistades eternas y conciliar sueños sobresaltados por los vahos del amor secreto. Era inconmensurable en amarres, ya que las separaciones jamás fueron lo suyo. Cual Celestina acongojada ante el olvido y la separación, no se conformaba con los ingratos designios que alejaban a dos seres que se amaban.

Ludu sintió su presencia. En una oportunidad, Zita de Egipto asistió a la súplica de un centinela desesperado, ansioso por poseer a la hija de una familia adinerada que no estaba a su alcance. Lo logró con una sola visita. Antes de huir, la muchacha dejó en sus manos un costoso collar familiar como muestra de agradecimiento. Para entonces la acaudalada parentela no obtuvo información sobre el paradero de los enamorados ni mucho menos de la joya. La encarcelaron de por vida, tras un juicio que duró media hora nada más, sin saber que desde la distancia Zita continuaría uniendo almas a su antojo, porque sus poderes eran más libres que los grilletes que paralizaron sus tobillos. A su celda llegaban peticiones destinadas a gastar su buenaventura desperdiciada: hasta unía a vivos con muertos rastreando el paradero de cadáveres extraviados con una sola prenda. El mismo gobernador la requirió para encontrar en un pozo comunal a su niña asesinada. Con solo olfatear un pequeño vestido, dio con ella. Amarraba pulcros con enjutos, anónimos con

afamados, lerdos con audaces, ricos con austeros, liberales con conservadores y curas con herejes porque, según ella, en los asuntos del corazón no había nada escrito, ni mucho menos terminado de contar. Ludu observó el retrato que un desconocido hizo de ella y confirmó una vez más el indisoluble parecido que las unía. El mismo ojo consentido y la mirada de viento. La baraja en una mano y la pipa aferrada a la otra. De fondo una comarca con montañas y el cielo que, a pesar de ser a una sola tinta, perfilaba muy azul.

Creía insólito ver a Leandro en ese recinto que compartía con Mala y Helena Gupu. A Teresita la alojaron en la carreta de Zurka, porque la muchacha estaba sumergida en los efectos de un miedo que solo la anciana sabía curar. Tarareaba incoherencias y se creía estar en un cenote de Veracruz. Ludu supuso que no podía ser otra cosa que la fuerza de su madre moviendo el mundo desde la distancia. Que el linaje de las constelaciones se alineaba a su favor. El carromato de media luna era sobrecogedor. Tenía balcones torneados que resguardaban sus pequeñas ventanas; puertas, marcos y escaleras pintados de un rosa intenso con florecitas blancas y diminutas hojas verdes. Estaba cargada con relieves brillantes de infinidad de figuras mundanas; cenefas de tetillas; bastones ceñidos, pintados de colores, desfilando a sus costados; ganchos sosteniendo ropa a punto de secar y un pequeño mirador con barandas coloridas para bordar en bastidor en tiempos invernales. Sus fauces redondeadas estaban tapizadas con papel de flores y tréboles de cuatro hojas sin el colorido de sus tiempos mozos. Contra las paredes sobrevivía un mueble atrincherado, una mesita con un quinqué y dos sillas de mimbre adquiridas en los recorridos por el mundo, a la par de tres catres que simulaban ser nidos de gavilán cubiertos con frazadas tibias. A medio techo ovalado, pintado a mano con frescos de muralista, pendía la jaula que albergaba a la paloma ganadora de carreras, pasión de Helena. Apetecida por todo colombófilo, porque había ganado cinco competencias seguidas, el ave fingía ser más pasmada que una

tortuga. Le habían ofrecido lo impensable por ella, pero nada valía más que verla retornar a su pajarera, antes que las demás, tras recorrer mil quinientos kilómetros de vuelo.

La botella sin luciérnagas reposaba en lo alto de un armario repleto de objetos, como trofeo a los recuerdos. La dote de las hermanas estaba oculta en un cofre amortajado con gran pañoleta, resguardado de los agüeros. Contenía la carta en la que Zita explicaba a detalle el recoveco del mundo donde escondió la gargantilla antes de ser apresada. Era un seguro de vida que les permitiría sobrevivir en caso de hecatombe, tormenta continental o los diluvios del amor desbocado. Cinco vestidos compartidos, colgados en la pared, eran considerados sus haberes más preciados. Helena Gupu se conformaba con una sola esquina, que cobijaba su valioso libro de hierbas medicinales y cuatro mapas marcando los recorridos de las triunfantes carreras aéreas. Una pata de conejo amarrada al picaporte bailaba con los chiflones que se colaban por debajo de la puerta decorada. Ludu recorrió la mirada por el recinto, la detuvo en Leandro y la clavó en sus labios. Por primera vez, en meses, sintió la urgencia de partir. Extrañó los extensos campos de cebada y avena para alimentar a los caballos canijos, oprimidos por la quietud. Ansió cabalgar y escapar de todo lo que le era impuesto por tradición. Le pareció justo dejar libre a Petalo y no sofocarlo más con su indiferencia. Remembró sus pasiones con él y en ninguna encontró lo que esperaba. Gratas sensaciones de hermandad terminaban dominando su memoria sobrecogida por la certidumbre de su amistad.

Había escampado y las mujeres se alistaban para el festejo, apretujadas bajo el frío que dejó de coletazo la lluvia torrencial. Las negociaciones arrancaron horas atrás con presencia estrictamente masculina. Helena se colocaba el lienzo adornado con más de cien monedas, y Ludu dominaba los vapores que continuaba emanando su piel después de la mañana, untándose menjurjes, cuando violentamente ingresó Rupa, con fuerte olor a aguardiente, para aventar el cuerpo flaqueado de un hombre.

—Vean qué hacen con este payo infeliz que insiste en chingarnos la vida, porque yo no me pierdo la parranda —dijo antes de retornar al bacanal de palinka.

Al ver a Leandro, recubierto por residuos de fango y la camisa rasgada, la asaltó un deseo estelar que reveló lo que buscaba. Contrariada, habiendo tocado más que su mirada, supuso que ese hombre, tan ajeno a sus costumbres, poseído por un mundo colonial, había nacido para acompañarla por los estruendosos caminos de la vida. Los recuerdos del reciente encuentro amilanaban su alma, desquebrajaban sus huesos uno a uno. Asaltaban sus rodillas, ingles y pantorrillas, aunque los pormenores de una vida en casa blasonada, con patio techado y sillas expuestas en un corredor solariego le parecieron broma de mal gusto. Entonces engavetó sus deseos antes de escurrirse. «Cuando un payo toma a una gitana, queda incapacitado para amar a otra por el resto de sus días», dijo Zurka mientras aliviaba los temores de Teresita que, para entonces, deliraba en espejismos creyéndose dueña de un galeón.

Cuando anclaban en nuevo predio y liberaban a los niños bajo el radiante fresco del campo, Rupa se perdía en las cantinas locales posponiendo su vocación de astrónomo y dejando suspendida la habilidad de esclarecer el firmamento durante días. Con olfato de sabueso encontraba los burdeles más apetecibles y conquistaba los bares más visitados del lugar. Desde que Helena Gupu apareció en su vida, no mucho tiempo atrás, y detuvo una mirada retadora de conspiración sobre su hombro, como preludio de muerte, Rupa desaparecía más tiempo del acostumbrado. Pronto detectó que la firmeza de esa mujer de mirada soñolienta nació para refundirlo hasta las profundidades de un destino incierto. Quedamente, desde su temprana viudez, Rupa juró no encandilarse con los destellos de otra relación. Había olvidado a la difunta hacía mucho, pero su promesa permanecía intacta. Difícil tarea para un hombre al que las mujeres de toda clase, edad y circunstancia, suplicaban hervir entre sus brazos y conquistar su corazón. Era evidente ante todo mortal,

menos para él, que Helena Gupu, con esa piel de almendro, haría una sombra capaz de cobijarlo para el resto de su vida. Zurka lo supo desde el momento en que la vio. «Tanta belleza desperdiciada en los brazos de una sola mujer», dijo convencida de que la fuerza de la gitana era suficientemente torrencial como para atraparlo. Rupa apostaba a los pulsos y no había mortal capaz de vencerlo. Otras veces retaba a las luchas cuerpo a cuerpo para dotarse de alcohol local; «no hay como un guaro con alma», decía hasta caer vencido por los rocíos sediciosos del éxtasis. Inducía a los jóvenes borrachos a desafiar su destino con la buenaventura, ofreciéndoles la primera cita gratuita. Los compañeros de clan se turnaban para buscarlo y retornarlo a su intemperie sin argucias. En Las Tres Juanitas lo cobijaron como a un arcángel, ya que pocas veces habían tenido la certidumbre de acariciar al príncipe de sus cuentos. Se lo turnaban, lo apostaban, lo compartían entre tres o cuatro y solo en esas oportunidades dejaron a Tomasita de las Mercedes observar el espectáculo. Sin entender razones ni tomar partidos, paraba escuchando lo que no quería escuchar: días antes amaneció cantando con un tal doctor Arroyo que, según le dijo entre trago y trago, fraguaba una contrarrevolución que iniciaría debilitando el corazón del General.

Recientemente, mientras succionaba pechos ajenos, le había dado por balbucear un solo nombre: Helena. Ella tenía cincuenta años y, según se comentaba, era descendiente de los Churari, antiguos tratantes de caballería y toreros de profesión. El hecho de no haber parido un hijo hacía bondades en su cuerpo firme de manzana y, gracias a su soledad, había desarrollado una particular ternura que la convertía en madre de todos y una ira desenfrenada que le daba las fuerzas para defenderlos de injusticias. En pocos días alborotó la paz de sus estrellas. Fue rumbo a México, cuando los Pulika detuvieron la caravana en un anodino pueblo para rescatarla de la cárcel a cambio de unas monedas de oro, por petición expresa del patriarca de un clan amigo que parecía muy interesado en ella. Rupa la incorporó al campamento nada más por lealtad con sus

paisanos de peregrinaje, porque tuvo que dominarla con su fuerza para evitar una tragedia mayor gracias a sus alaridos, escupitajos, insultos y maldiciones. Hubo que incautarle la jaula que prensaba entre sus manos, aventando a la paloma de un lado al otro, junto a un bulto con sus libros y tres vestidos, para atarla por un día e impedir que se fugara y cometiera un crimen contra los guardias que la detuvieron, según ella, a causa de una injusticia.

Helena Gupu trajo nuevo aire a los Pulika. Se congració con las mujeres de la nueva cuadrilla y muy pronto ganó su corazón. Era curandera de profesión, cocinera de alma y cuatrera por necesidad. Según ella, si el cuerpo sanaba una herida por sí solo, también sería capaz de curarse por dentro con el humilde auxilio del herborismo. Su pasado pedregoso inquietaba a Rupa, pero su adaptación natural le fue diluyendo conjeturas infundadas. A los pocos días de estadía suplió a Zurka en las tareas de la cocina, oficio que la anciana desempeñó durante más de ochenta años de nomadismo. A esas alturas de su vida le había dado por confundir sabores y mezclar especias como aguerrida alquimista. Hacía los postres con orégano y ponía grandes rajas de canela antes de freír la carne de conejo en aceite de quinqué. El clan sobrevivió a las últimas semanas de guisos confundidos por pura compasión, aunque el pánico de ser envenenados redujo el apetito general. Pronto, Helena Gupu logró embestir paladares. Horneaba el bokoli, gruesas tortas rellenas de carne picada, mejor que ninguna gitana conocida por los rom. Representaba el canto patshiv como si el mundo se hubiera detenido, con una voz lapidaria y carrasposa. Bailaba con gracia, taconeando el piso con sonoridad. Sus brazos y su torso se movían con gestos lentos y elegantes, viajando en otro tiempo. Se introducía en los montes cercanos y extraía hierbas desconocidas, que sabían a felicidad. Cocinaba las iguanas, que capturaba con sus propias manos, y les daba un toque a cielo. «La comida debe cocinarse con el sexto sentido», decía sin separar los ojos de los hervores. Los niños desarrollaron roscas en la piernas, mejillas infladas y saludables; la misma anciana se dio por vencida cuando probó sus

lajas de armadillo, platillo milagroso que confirmó su trato con los ancestros. La planta carnívora de Zurka ya no se conformaba con las moscas y aceptó placenteramente las migas de los guisos de Helena. Luego abría su boca con dientes de aguja, exigiendo gusanos y ciempiés. Gracias a ella, el campamento de los Pulika recuperó la ventura.

Despilfarraron viandas y bailaron hasta caer rendidos. Restándole importancia a la batalla cercana, que los entretuvo por un rato, anfitriones y visitantes continuaron con espirituosas libaciones hasta caer vencidos por la alucinación. Muchos aprovecharon para planificar futuras bodas entre niños que ni siquiera habían nacido, intercambiar bestias y saciarse hasta que no quedara una sola olla con comida o botella con rastro de licor. La explosión de belleza, producto de los consejos de Helena Gupu, fue evidente. Sin importar si se les tachaba de emisarias de lujuria y libertinaje, los cabellos de las mujeres cubiertos de brillantina destellaban como obsidianas; una crema capaz de suavizar el rostro sin efectos secundarios hacía lo suyo; los dientes blancos deslumbraban a todos los visitantes con sus risas insinuantes. Helena compartió sus fragancias elaboradas con elíxires fantásticos para atraer corazones hasta atravesarlos y partirlos en dos.

—Aprovechando la ocasión, Rupa, quiero que me consiga un marido —dijo Zurka mientras el patriarca no disimulaba la sorpresa —. Quiero morir con alguien en mi cama.

Sin saber los pormenores, Helena notó la agitación de Ludu mientras contemplaba al criollo tendido en su catre. Pupilas dilatadas, sudor estancado, manos temblorosas y mirada de ciervo, que jamás dejaban mentir. Los lienzos de zarzaparrilla y extracto de cardosanto, para aliviarlo de la ceguera, le cubrieron el rostro. Helena tomó unas pinzas para extraer una por una las diminutas piedras que navegaban en sus ojos. Le sorprendió su silencio y lo atribuyó a dos cosas. Una, a un valor fuera de serie, y la otra, a que

el payo abandonó su cuerpo para ingresar en los confines de alguien más. Ludu se acercó retirando la mano de la curandera, prendada por un impulso que no venía de sí.

—¿Va a quedar ciego? —preguntó, temblorosa.

—No niña, cómo crees. Acá la única que no quiere ver eres tú.

Eran más de las seis cuando Ludu cruzó el campamento para unirse a la celebración de su hermana, movida por la nostalgia de la próxima separación. De la guarida floreada de Zurka salió una joven lívida y desvalida, guiada por el espanto. Era evidente que carecía de encanto, muy distinta a la fotografía retocada que Ludu conservaba como un botín de guerra. La joven se acercó a un grupo de mujeres que practicaban el baile, sonámbula confesa, haciendo muecas desordenadas para imitarlas. Entre ellas, estaba Ludu. Su mirada perdida buscaba al cuñado, único y difuso contacto que conservaba con la nueva y tenebrosa realidad. Presintiendo el desamparo de la muchacha y sobreponiéndose a un abrupto atisbo de pasiones, Ludu la tomó de la mano para guiarla hasta su carro donde yacía Leandro. Sin importar el gesto, Zurka la interceptó en el camino y, de un tirón, desvió a Teresita de nuevo hacia su edén.

—No niña, con el destino no se juega —dijo la anciana, mientras la encaminaba de vuelta hacia su carro—, no es bueno alterar las cosas.

Así que dio la vuelta y se dejó llevar. Ludu siguió los cortos pasos y presenció cuando Zurka colocaba un extracto de amapola entre los labios semiabiertos de la peninsular para regresarla a su desmayo.

—¡Pobre niña! ¡Vivir así, sin amor! —dijo la anciana.

Teresita, tendida con los pies en alto, dormía plácidamente. La obligaron a tomar dos cápsulas de Raquin para secarle el catarro vejigal y le colocaron papel epispástico en las axilas para cortarle el mareo. La intrusa se acomodó acurrucada entre el nido de hojas y helechos como ave experimentada. Entretuvo por largas horas la incertidumbre de su futuro o las explosiones de una guerra ajena. Soñó con su abuela y la casa solariega de infancia. A sus pies, Floridalma cacareaba porque había puesto un huevo.

—Quien crece al lado de una abuela está condenada a vivir dos tiempos a la vez —musitó Zurka entre dientes.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Ludu, velando el sueño de la española.

—Porque me encanta irrumpir en sueños ajenos.

—¿Y en los míos también? —inquirió Ludu, contrariada.

—En los tuyos no es necesario entrar porque tú los relatas con tus ojos.

Esa misma noche, los patriarcas se vieron obligados a acelerar la celebración bebiendo más palinka. El pañuelo que usaría la sanaora para evidenciar la virtud de la novia, enclavándolo en sus entrañas antes de la boda, quedó burlado. Los gemidos de Mala y Dodo se escucharon a leguas calentando el aire que se tornó espeso por el vaho que emanaban como si un incendio estuviese consumiendo un bosque vecino. Difícil distinguir si se trataba del amor o de la guerra. La boda debió darse por consumada. No hubo tiempo para detalles ceremoniales, ni tradiciones, ni discursos eternos. No distribuyeron dulces, almendras, ni recibieron los regalos. No pudieron intercambiar cigarros ni lucir la rosa de su virginidad. Ambos jóvenes, sin siquiera haber distinguido sus rasgos, se lanzaron a la locura en una carpa trasera, revolcándose desesperados entre el pasto donde albergaban las bestias. Mala no volvería a dormir, más que cuando estuvo recostada en el regazo de su marido.

Ludu hizo todos los esfuerzos para permanecer quieta, inerte, ante la presencia de Petalo. Fingió clemencia, vistió su rostro de regocijo, tomó una tortilla de bokoli que se asaba sobre unas planchas puestas al fogón, y se dio cuenta de que carecía de gusto. Ni el platillo más exquisito de Helena sería capaz de conmoverla. Su ser completo sufría una irremediable transformación. Provocativa, entonó a toda voz una pieza desgarradora dejando a su público perplejo. El canto navegó abriéndose paso entre el polvo hasta hacerlos llorar. Bailó una pieza de patshiv frente a Petalo, sintió la música y el remanso de la sangre, cerró los ojos transportándose a sus propios deseos. Una fuerza extraña la soltó del prometido, que

borracho la apretaba hacia su cintura para bailar con ella sus danzas de niñez. Cruzó la pista, pisó invitados, aventó niños y corrió hasta su carromato para encontrarse con Leandro quien, sin saberlo, ya la esperaba.

—Gitana mía —susurró.

X

La noche avizoraba su llegada con el tenue olor que deja una tormenta cuando el General ingresó abruptamente en la sala de estar. Si algo le mortificaba la existencia, era que manosearan su corazón. Los pasos se escucharon como tambores fúnebres que anuncian lo inexorable. Hicieron temblar a la tierra, bailar a las macetas y alborotaron el agua de las pilas despertando un cataclismo.

Justa, recuperada del ataque de furia, terminaba de planchar las mangas del vestido de gala para la recepción de bienvenida, que se llevaría a cabo en la residencia de su primo a las ocho de la noche. El vapor que emanaban las camisas y el calor que corría de su mano al antebrazo, curvando el codo hasta tocar su alma, hacía que retomara el ritmo calmo de su respiración. Por eso le gustaba planchar. Lo hacía para evitar que Mila le estropeara el encaje artesonado con hilos de seda japonesa, pieza única entre toda la legión femenina. A pesar del estruendo que le causó la recaída de Julián se sentía diáfana y ligera, efecto invariable de las visitas del doctor. Había decidido silenciar los ruidos de su cólera, ignorar al hijo y disfrutar los preparativos de la boda junto a la desconocida que, a pesar de ser la novia, no tocaba vela en ese entierro.

Justa esperaba a la española con sobresaltos de curiosidad. Ordenó faroles encendidos, un baño tibio con hojas de eucalipto, galletas de chocolate con leche fresca, la cama tendida con sábanas secadas al sol y las pajareras descubiertas aunque ya fuera hora de recogerse y las aves estuviesen a punto de sucumbir ante el desvelo. Cuando las campanas anunciaron las seis de la tarde, extrañó el retraso. Sabía que la escolta no fallaba en sus predicciones y que si los comandantes habían planificado volver a las cinco de la tarde, así

sería. Luego se consoló pensando que los efectos de la lluvia serían los causantes. Supuso que el tren había sufrido una demora, aunque era muy poco probable ya que el mismo General lo comparaba con un reloj. Sospechó con angustia que los invitados llegarían a la recepción sin contar con la presencia de la agasajada, pero optó por dejar ese incómodo asunto en manos del presidente.

Por la tarde estuvo en la cocina. Ordenó a Felícita Chub que asistiera a Julián, vistiéndolo con sus mejores ropas masculinas y lo alentara a enfrentar lo inevitable sin tanto drama. Ella misma intentó animarlo con un desplante de caricias inusitadas y hasta tuvo que recurrir de nuevo al soborno para que el hijo echara a andar los preparativos con resignación. No hubo modo. Tuvo que abandonar la causa con la plancha en la mano, previendo otro ataque de furia. Felícita era la única adiestrada para convencerlo. Cuando eran niños y él se negaba a ir a la escuela con berrinches inauditos, era ella quien sabía comprarlo con argucias para que enfrentara el mundo de varones con gallardía. En el tope de la casa, bordeando un frondoso limonar, lo entrenó para que aprendiera a patear la pelota con bravura de comisario; a jugar a las canicas con puntería de cazador. A cambio, le enseñó a hacer trenzas y lo dejaba lavar en la enorme pila de piedra los vestidos de la única muñeca que tuvo. Julián la obedecía como subalterno; gracias a ella aprendió a sobrevivir en un mundo más distante y frío que los países nórdicos del planeta.

El Patrón arrojó la puerta y se rindió en el mullido sofá de pana, debajo de la acuarela de un crepúsculo andino. Con los pies empujó la mesita de noche donde navegaba el tablero de damas chinas y las fichas rodaron por la alfombra destrozando una partida que alguien dejó inconclusa. Anticipándose a fatales adversidades, abordó puntualmente el asunto que lo llevó de nuevo hasta su prima. Ella se sorprendió por la repentina visita, por la mañana acordaron reunirse en casa presidencial a las ocho de la noche. Detuvo el campaneo de las llaves del tesoro nacional que, irremediables, colgaban de su cuello. Sostuvo la plancha de hierro hirviente en el aire y percibió

cómo el calor cabalgaba por su cuerpo. Aunque quiso permanecer suspendida en su fresco optimismo, como perro rastrero, olfateó la tragedia. El alboroto de marchas, pasos apresurados, voces descontroladas en el corredor de su casa, confirmaron sus oscuras sospechas. A pesar de que el General siempre andaba custodiado y lo perseguían hasta la letrina, cada vez que la visitaba, guardias y escoltas permanecían en el zaguán. Tenían prohibido ver siquiera la sombra de su prima deslizándose por los pasillos.

—¡Esos hijos de puta tienen a nuestro hijo! ¡Esos hijos de puta tienen a nuestro hijo! —repitió desesperado—. De Teresita no hay noticias. Prats y el poeta dicen que desaparecieron de la nada.

Justa quedó impávida. No supo distinguir si la desaparición del hijo le causaba más náusea que los gritos del primo develando su secreto. Asunto que, ni en momentos de intimidad, salía a la luz libremente.

—¡Virgen santísima! —vociferó enardecida, sin miedo a delatar su devoción reprimida, antes de caer de rodillas sobre la alfombra—, es un castigo divino.

Julián forcejeaba con Felícita por una camisa cuando escuchó los gritos de su madre y los movimientos inusuales de un batallón invadiendo su morada. Corrió con la bata abierta y el rastro de la pita sin amarrar lamiendo los corredores. La criada no pudo alcanzarlo para advertirle sobre su desaliñada fachada. Llevaba puestos unos calzones rosa que Laura Esquina le obsequió para su último santo. Al verlo, el cabecilla Dones lo tomó por los hombros y le dio la información suficiente para devolverlo a su recámara. Intentó persuadirlo de presentarse así ante el presidente, pero fue tarde, porque Julián abrió puerta de un sopetón y quedó de pie frente al General tendido y la madre hincada llorando sus desgracias.

«Maté a mi hermano», dijo agitando la cabeza y exponiendo su desmejorada figura trazada con la bata de puertas abiertas. Justa se retiró a una esquina de la sala, debajo de un nicho desalojado. Al unísono le vinieron a la cabeza sus desvergonzados deseos de hundir a Teresita en los mares, o soñarla despeñada en un barranco

para salvar a Julián de la vergüenza. Entonces la culpa la invadió, porque temió que la fuerza de sus ansias hubiese alcanzado a embestirlos. «Maté a mi hijo», dijo sollozando.

El mandatario se levantó para tomarla de los brazos y encaminarla al sillón.

—¡Basta! —vociferó para tranquilizarlos—, ¡aquí nadie ha matado a nadie! Y usted, Julián, regrese de inmediato a su habitación para quitarse esa pinta de puta en desgracia que trae.

De un grito ordenó que trajeran al doctor Conwell, ya que el color cenizo que embadurnó el rostro de Justa tan repentinamente era muy parecido al de la muerte.

Indignado, mientras emprendía su regreso, Julián sintió un alivio que le vino desde adentro. Se jactaba de la alquimia de sangres que lo fundían con su hermano. Desde muy pequeños jugaban a la telepatía adivinándose colores, objetos o animales, y fácilmente hubieran podido ser la mayor atracción de un circo. Si a Leandro le daba dolor de estómago, antes de escuchar sus lamentos, Julián se levantaba para prepararle el remedio. Cuando aprendieron a hablar con gestos no fue complicado, porque bastaba con detectar los mensajes a través de la mirada. Botaron los dientes juntos, aunque los distanciaba año y medio de vida. Jamás compartieron una caricia, porque bastaba con la complicidad de una sonrisa para calmar sus corazones. Por eso, mientras volvía a su habitación, detectó que más que desaparecido, el hermano navegaba en algo muy parecido a la libertad. Felícita se sorprendió al verlo volver tan apaciguado y no fue necesario darle de beber el té de tilo que había anticipado. «No se preocupe», le dijo, «Leandro encontró lo que buscaba».

Llamaron a la puerta con insistencia. El soldado Lancerio y Abraham Fernández sostenían en el aire, como aves rapaces, a un joven gitano bajo el umbral de la sala. Su aureola de inocencia hizo que el presidente diera la orden de liberarlo para escuchar el urgente mensaje que el joven insistía en alardear.

—El patriarca Rupa Kari manda a decir que su hijo y la señorita están a salvo. Será complicado que vuelvan esta noche, porque la lluvia entorpeció el camino.

Sobraban razones para la insurgencia. Un día de tantos, el presidente invitó a almorzar a un opulento agricultor, símbolo de alcurnia y defensor de la Iglesia, interesado en restaurar el orden de la patria por las buenas. Como ambos eran galleros, el Reformador le dispensó de su tesoro uno de los gallos ganadores, de plumaje rimbombante, patas cargadas de púas, altanero y valiente.

—Llévatelo en tus propias manos, Juan Fermín —espetó el presidente, sabiendo la burla que fraguaba.

Al airoso apoderado no le quedó más remedio que salir de la casa presidencial con el gallo bajo el brazo, sucumbiendo ante injuriosos deseos de venganza. No pudo escabullirse, porque fue seguido por Fernández y Dones, quienes a su vez, hacían alarde de la humillación.

Más de un espía vaticinó lo inevitable, advirtiendo al General de posibles embates fraguados por el doctor Arroyo, quien perdido en el alcohol de Las Tres Juanitas presumía de un cercano golpe que debilitaría las fuerzas del Gobierno definitivamente.

—Ese desgraciado está a punto de caer y yo voy a celebrarlo cerrando este negocio para cogérmelas a todas en una sola noche —amenazaba, ensordecido por la saña.

El Patrón no podía comprender los arranques de tanta injuria. Para su nublada conciencia todo era una ingratitud incomprensible, ya que sus esfuerzos por cultivar una capital próspera e ilustrada no eran remunerados como él lo merecía. Además del tranvía para transportar a los pobres de los arrabales hasta el corazón de la ciudad, tirado por mulas haciendo su parada en la Villa de Guadalupe para cambiar a las bestias agotadas, introdujo el Decauville, un pequeño ferrocarril movido por carbón. Acarreando varios vagones, salía del Parque Navidad y alcanzaba los bordes de Jocotenango. Pasaba por dos esplendorosos jardines y hacía su parada en el restaurante Hillermann, que brindaba jamón de pierna,

chorizo y repollo alemán. Luego se detenía en el pequeño zoológico cuya mayor atracción era una mica tan inteligente que, de vestirla, hubiera pasado desapercibida entre las multitudes. Fumaba con estilo, caminaba con elegancia y se sentaba en su rama con la pierna cruzada. Se volvió símbolo nacional solo durante una semana, hasta la impugnación de un concilio de patriotas indignados por la burla.

Pese a instituir la educación conforme a las exigencias del siglo, sin costo ni religión; de tener gran parte del territorio centroamericano bajo su poder, y mostrar públicamente el progreso del ferrocarril, que en pocos días había avanzado más de noventa kilómetros, el presidente tocó las fibras de la oposición tras empecinarse en aumentar los derechos aduaneros. Impuso carga de cincuenta centavos a cada quintal de café para exportar, ensanchó en un ciento por ciento otros impuestos de expedición, instituyó nuevas gabelas para los molinos de harina y el destace de ganado. Además, decretó un afanoso arbitrio a los plantadores de caña. «El desarrollo duele, pero hijos y nietos se los van a agradecer», declaró ante tan drásticas medidas. No conformándose con tener a la población criolla y fervorosa en su contra, entró en vigor el reglamento de jornaleros que resucitó el mandamiento colonial a favor de terratenientes, sobre todo extranjeros. Esta medida afectó aún más a los campesinos del país, siendo destinados a desvivirse por eternas temporadas cuando los hacendados así lo dispusieran. Sumidos en cruenta miseria y trabajo forzado, estaban dispuestos a unirse a la rebelión.

Meses atrás, el Patrón renunció a la figura de dictador y se autonombró presidente constitucional con todas las reglas de la ley que la moda internacional imponía. No hubo ciudadano cuerdo que viera el cambio de fondo en tan aparatosa decisión. Contradecía sus esfuerzos: por un lado, permitió que se llevaran a cabo las procesiones cuando llegara la Semana Santa; por el otro, abogados de renombre eran vestidos con ropa mugrienta de soldado y obligados a barrer caballerizas por haberlo cuestionado en la plaza

de toros o en el teatro Colón. El más destacado fue Leonidas Curruchiche, quien a media picada se puso de pie para gritar frente a un público anonadado: «El desarrollo nos duele tanto, General, que no queremos tener hijos para contarles».

La policía secreta expandió su red de espionaje hasta por debajo de las pilas caseras. Allanaban moradas en plena madrugada, rastreando pistas de insurrección. Destrozaban libreras, partían muebles en dos, acosaban a los niños con preguntas incomprensibles, amenazaban a las señoras y llegaban a registrar debajo de las bacinicas. El Club Central fue invadido por comandantes de artillería y ya nadie encontraba respiro ni en los acostumbrados torneos de tenis o natación. Por si fuera poco, el templo de Santo Domingo lo transformó en la Dirección General de Licores; Beatas de Indias, en el Mesón de Oriente y en magníficas casas particulares; Capuchinas, en guarida de masones; Concepción, en capilla evangélica; Santa Catarina y La Merced, en secciones de la policía; el convento de la Parroquia de Colón devino en teatro municipal. La abadía de San Francisco la convirtió en la primera estación de tren para mostrar públicamente que la prosperidad le ganó el pulso a las supersticiones religiosas. La oposición creció cuando el libertador regaló una casa en la vecindad de la Catedral a Enrique Guzmán, quien vivía incestuosamente con su hermana.

El doctor Rafael Arroyo se ocultó en un recoveco de la ciudad hasta que pasara el barullo de la emboscada fallida. Nadie supo explicarle que Julián, a última hora, no viajaba en la carroza presidencial con su prometida. A Leandro le guardaba respeto. Era sabido por todos que su sensibilidad iba más allá de las ínfulas de un tío impuesto por el destino. No pudo cruzar fronteras porque la guardia civil y militar triplicó su presencia. El presidente emitió carteles ofreciendo una jugosa recompensa por sus huesos que amanecieron en postes, vitrinas, aparadores y paredes. Aunque el médico estaba a punto de descubrir la cura contra la difteria contagiosa, con mezclas de aguardiente jobo y comiteco, una gota

de mercurio, sulfatos diversos y baños en las aguas termales del lago de Amatitlán, se vio obligado a abandonar su clínica para huir con un único maletín en la mano donde llevaba su colección de relicarios.

—Se lo tragó la tierra, Patrón —exclamó Ñor Vicente—. En Las Tres Juanitas, que frecuenta todas las noches, no hay rastro ni de su sombra.

—Pues meta las manos para sacarlo del infierno, si es necesario —respondió furibundo el presidente.

En efecto, más de cincuenta guardias invadieron el prostíbulo esa noche. Solo diez salieron ilesos. Los restantes quedaron engullidos por labios, piernas y palabras de amor.

Justa sintió un alivio indefectible. Por alguna razón desconocida, imaginó a Leandro en los confines de Ludu. El campamento gitano se convirtió en parte de su rutina semanal. Luego de despistar con una visita a las oficinas del telégrafo y disfrutar un helado en cornucopia, sabor chocolate, las pericias que planificaba con Mila Pavón para escabullirse de la sombra del soldado Lancerio y emprender camino hacia territorio rom le daban respiro a su arrobada existencia. Revivió cierto encanto por la vida, muy parecido al de su niñez, porque en esa pequeña ciudad sin techo se sentía dueña de sus propios juegos. Le encantaba verse perseguida por la mirada insurgente de Rupa Kari y los jóvenes gitanos que dejaban estelas de susurros a su paso. Retomó el vaivén de su cintura y rescató sus pintalabios púrpura del cofre del olvido. Fue como resurgir en la tregua de un aire ajeno. Ludu era la mujer que hubiera querido ser. En ella descansó la ruta de su destino, aunque más de una vez regresara enfurecida porque siempre le anunciaba que «hay un extranjero en tu vida». Justa lo negaba rotundamente, por más que apareciera en las tersas líneas de su mano.

El Patrón respiró de un solo tajo el aire conventual del caserón. Para aliviar la furia, explayó su cuerpo gastado y se refugió en la imagen de Laura Esquina sin hacer esfuerzo. Visualizó su cuerpo

pequeño y apresurado; el agujero de la media en su rodilla rapada; los rulos alborotados entre una nube de polvo. Atrajo a Justa y la tomó del vientre. Tras repasar sus piernas con las manos, inhaló de su ombligo para calmarla.

—Julián debería estar con Teresita, Justita. Me parece inadmisible que la infeliz muchacha esté pasando todo esto al lado de un cuñado que no tiene nada que ver en este asunto —dijo con entonación amenazante—. Vea que yo no quiero hacer nada por lo que después me arrepienta.

—Yo le suplico a usted que jamás, en los confines de la Tierra, bajo ninguna circunstancia, vuelva a decir que Leandro es su hijo —respondió Justa con la angustia de ser escuchada por terceros.

—No se preocupe, Justita, que en los confines de la Tierra, su secreto ya se sabe. Por suerte se escaparon de parecerse tanto a mí.

Hubo que cancelar la recepción y, aunque el presidente lo intentó, los consejeros de gobierno más cercanos lo persuadieron de emprender camino al campamento gitano para hacer alarde del rescate del sobrino. Pasado el torbellino, un coletazo de ardor profundo se apoderó de sus ingles. Acudió a la letrina donde permaneció más de quince minutos de suplicio antes de expulsar escasas gotas de un orín pegajoso. Los cólicos se encresparon y fue difícil ponerse en pie.

—¡Hijos de la chingada! —gritó antes de caer rendido contra las paredes del cuarto de baño.

Julián, en efecto, estuvo a punto de morir durante minutos de ansia, antes de ser arropado por el feliz presentimiento. Además, las noticias que trajo Laura Esquina eran parcas y desalentadoras. El concejal Martínez tomó la noticia con excesiva melancolía. Laura no quiso exagerar en sus apreciaciones, a pesar de la terca insistencia de Julián por saber cada detalle. Confesó su preocupación porque, sin manifestarlo abiertamente, presintió el frío de la muerte al despedirse del concejal. Julián quiso salir corriendo hasta sus brazos

para consolarlo y dejarse perder por la tragedia que eso representaría. Valdría la pena sacrificarlo todo a cambio de unos minutos más de libertad, recostado sobre su pecho, agradeciendo el vuelco que le dio a sus pasiones. Laura tuvo que gritar por ayuda para amarrarlo a la cabecera de la cama con la cuerda de la bata e impedir el arranque de locura, y lo acompañó hasta que quedó dormido.

Apenas se sostuvo con la ayuda de Felícita. Ella lo asistió en el cuarto de baño en silencio. Lo enjabonó de cuerpo entero como si ungiera a un Salvador resignado a la tortura.

La muchacha, oriunda de una comunidad lejana de arraigo maya, donde campantes circulaban los jaguares, llegó al dominio de Justa cuando tenía diez años. Apenas enunciaba una palabra en español y sus güipiles coloridos, con todo su mundo estampado en diminutos bordados, fueron doblados y refundidos en una gaveta. Solo cuando una tenue llovizna pringaba las tejas, se cubría de nostalgia y los extraía a escondidas para saber a qué olía su pasado. Traía consigo costumbres extrañas que al comienzo generaron desconfianza. Encendía una veladora blanca entre los matorrales del terreno baldío de la vecindad, se bañaba bajo la luna menguante y hablaba con un espíritu que nadie podía visualizar. Terminó bajo el cuidado de Mila, puliendo cubiertos de plata, lustrando botas de montar y escabulléndose entre las habitaciones para jugar con Julián.

Felícita untó el vientre de su patrón con aceites, peinó su cabello de princesa y escogió el ajuar que debía utilizar para recibir a la prometida. Le alivió la migraña con paños tibios de camomila. «Sus saberes son nativos, porque llegó de niña, y sabe de remedios más que nosotras las viejas», decía Mila, admirada por el brote de sabiduría que afloraba en su entenada. En efecto, Felícita traía el instinto de la sanación.

«Llegará el día en que se descubra una sola hierba que cure todos los males al mismo tiempo», dijo con la esponja en la mano para entretenerlo y desviar su mirada perdida en el aire, «incluyendo la tristeza». Lo condujo a la habitación vecina como quien guía a un

sonámbulo extraviado, donde se instalaría Teresita, para recibir su visto bueno sobre los últimos preparativos. Trajeron unos agapantos del mercado y mangos de cinco diferentes tipos para darle una bienvenida tropical en su nombre, porque en la cocina estaban enteradas de que una sola fruta de esas, en Europa tenía un valor incalculable. Lo paseó por el corredor donde desfilaban las jaulas de la prometida, que no dejaron de sorprenderlo. Tenían unas grandes lupas incorporadas en los extremos para ver a detalle los plumajes. Julián acercó los ojos que engrandecieron su tristeza, y comprendió esa necedad de la peninsular por el remanso de la naturaleza.

Tomasita de las Mercedes caminaba por los corredores de Las Tres Juanitas con una taza de chocolate recostada en su descomunal barriga. Por ahora, su tarea consistía en limpiar los residuos de amores sin ventura regados en las pequeñas habitaciones que simulaban un palomar, de tan juntas. Su manía estaba en conservar desperdicios de amoríos debajo de su colchón: tres argollas de matrimonio que los clientes dejaron escondidas para no ser embestidos por la culpa; insignias y medallas de guerra que encontraba debajo de las camas; cuatro dentaduras postizas que quedaron sobre algún mostrador; ocho corbatines lanzados a la basura; veinte pañuelos bordados con tantas iniciales como para escribir su nombre; dos navajas; cantidad de cigarros sin fumar y varios bisoñés. Esa mañana, luego del desafortunado encuentro con su mártir, entró de puntillas, como gata en cacería, a una de las alcobas. La escena era apacible. Los pantalones de un soldado estaban tirados a los pies de la cama, mientras sus ronquidos luchaban contra la brutal borrachera, habitual en sus días francos. Una bailarina de oriente, con el busto magullado de tanto arranque, dormía acongojada sobre el pecho lampiño del militar. A su lado una pistola sin funda dominaba el sentadero de una silla maciza. Tomasita se quedó quieta. Despacio, asomó su cabeza por la puerta y se aseguró de no haber sido vista por ninguna de las mujeres, estaban rendidas de tanto traqueteo. Sigilosa, tomó el arma con las

yemas de los dedos y la ocultó entre un molote de sábanas que llevaba a la pila. Temblando de pies a cabeza, se desvió rumbo a la habitación que ahora compartía con las demás sirvientas y la escondió debajo de su inflado colchón.

Una corriente de agua tibia corrió por sus piernas hasta formar un charco turbio en el piso lacerado por los tacones. Lanzó un grito vibrante de niña, al que nadie acudió, por aquello de no inmiscuirse en un crimen ajeno. No hubo tiempo de llamar a la partera y fue la matrona, doña Juana, quien la atendió en el patio trasero, a un costado del basurero donde iban a parar los residuos de interminables faenas. Luego de amordazarla para que no espantara a la clientela con sus alaridos, las compañeras de habitación la tendieron sobre el piso y abrieron sus piernas a la fuerza bajo un cielo recién liberado de los chaparrones, porque no estaban dispuestas a lavar de más. «La miseria nos vuelve miserables», dijo la matrona mientras preparaba su escenario antes de que la naturaleza se le adelantara. Tomasita contrajo el abdomen, tiró con fuerza, mientras el olor a cáscaras añejas de banano y residuos de comida putrefacta navegaban por su olfato. Los espasmos de infinita intensidad la dejaron sin aliento, al tiempo que miraba el rostro del Patrón montándola sin compasión.

Los guacales con agua de pila iban y venían bajo un silencio aparatoso. Tomasita miró la luna nueva que aparecía de a poco y de un último pujido, encuclillada, aferrada a un pilar del patio, expulsó a una niña de cabeza grande y torso corto, espejo de las carencias de su padre.

Las muchachas volvieron a sus quehaceres. Doña Juana se limpió la frente y dijo «misión cumplida», antes de abandonarla a su suerte. Tomasita quedó con la niña entre los brazos y el largo cordón rastreando el piso. Recogió los residuos de sus vísceras y los lanzó a la basura, al tiempo que un zopilote, que esperaba paciente sostenido de la cornisa, aleteó alborotando el patio sevillano para tomar los rescoldos con sus enormes garras.

La fiesta rom seguía su rumbo y los tratos entre patriarcas cerraron con brindis de más. Leandro se escabulló entre los carromatos para encontrarse con Teresita Cruz. Helena Gupu le indicó el camino, desviándolo por la pista donde Ludu bailaba como una diosa. Él se detuvo y la observó detenidamente, embelesado por el encantamiento de sus movimientos pausados, como si tocara el cielo con las manos para robar la luna.

Rupa percibió la sombra de Leandro en las afueras del círculo que embotellaba la hoguera. Se acercó tambaleando, con un cuerno en la mano. Lo colocó en su boca y le dio de un licor indiano que sabía a emancipación.

—No tengo cómo agradecerle, señor —dijo Leandro, sin poder despegar los ojos de la gitana.

—Usted no deja de joder —respondió Rupa—, ya envié a alguien a casa de su madre para avisar que están bien.

—¿Cuál es el motivo de la celebración? —preguntó Leandro, encandilado.

—La boda de Mala, y el compromiso de Ludu.

Movido por la desesperanza, Leandro ingresó al jardín de Zurka. La anciana estaba sentada en un taburete desarmado, observando detenidamente a la peninsular. El aire húmedo de verano, aunque estuviesen en invierno, transportaba a cualquier mundano. Ella lo vio sin reparos y le mostró con un gesto el cuerpo tendido de su cuñada quien, acurrucada, no dejaba su postura de ensueño. Murmuraba en jerigonza como si se resistiera a despertar.

—¿Va a estar bien?

—Ese no es el problema —respondió la anciana.

—¿Entonces, cuál es? —preguntó Leandro, intrigado.

—Que salga ilesa de sus sueños.

—¿Y corre ese riesgo?

—El mismo que corres tú.

Aturdido, Leandro regresó con los Pulika. El estómago retorcido por la ira no lo dejaba pensar. Decidió apartarse de un jolgorio que

no era suyo. Caviló en la frustración de su madre. En el fondo, ese tropiezo le dio alivio. Se había escapado de la recepción donde presentarían la farsa de una novia sin serlo. Se recostó de nuevo en el catre, seducido por el aroma impregnado en la sábana blanca, recién tendida. La recorrió por su nariz y aspiró con fuerza para tragársela toda.

Petalo celebraba el anuncio de su boda con la mujer que siempre quiso. Había bebido una botella de ron, fumado más de veinte cigarrillos con cinta dorada y bailado más de cien canciones. Se acercó a Ludu y babeó su oreja. Ella se retiró empujándolo hacia un lado. Petalo no prestó importancia y se distrajo a brindar con los Lowaru. Guiada por la inconsciencia, ella atravesó el campo sin que nadie le prestara atención. Como si la locura la hubiese vuelto invisible. Exhausta de tanto bailar sin norte, pasó el pañuelo sobre su frente, corrigió los cabellos sueltos de sus trenzas y elevó los mantos de la falda pesada para subir los tres escalones del carromato. Entró exhalando fatiga y se lanzó sobre su catre. A tientas buscó el farol, pero ya no hubo tiempo de alcanzarlo. Leandro liberó tropeles y se dispuso a volar, movido por el instinto atormentado de sus deseos. Redimió corazas y falsas fachadas. Batalló contra el extenso refajo gitano por segundos en un forcejeo que iluminó los ojos de gata de su contrincante vencida. Incursionó en sus piernas, apretó los muslos tilintes que tantas veces había recorrido en sus codicias hasta alcanzar con las manos la cima de su néctar transparente. La besó de nuevo hasta quemar su lengua. Se deslizó por los febriles pezones con la complicidad de la penumbra en la que se había entrenado para hacer sucumbir a Teresita. Explayó alas de paloma para planear sobre su cóncavo vientre y alborotó las trenzas de ébano, celebrando la sorpresa de estar vivo. Metió sus dedos en las axilas empapadas, regando un elíxir de pociones que explotaron en el aire. Ludu entendió para qué nacieron los labios. Encontró el sentido de los codos y las rodillas. Condujo su boca hinchada, salvada, para desatar los cordones de la camisa. Con sus dedos calientes, inmaculados, destapó el pantalón de gaucho.

Encaramó el refajo con delicadeza de artífice y escaló desesperadamente el cuerpo trémulo de Leandro que había abierto, por primera vez, sus puertas de par en par. Un rumor de aire continuo se escuchó pasar debajo de la puerta. Sin tiempo, sin espacio, se movieron siguiendo las olas de su sangre como si se hubieran encontrado flotando en otra constelación. Un vaho dulce y hacinado capturó la alcoba sin acato: eclipsó el cofre amordazado, enturbió la caja de música que resguardaba la fotografía de Teresita, humedeció el libro de hierbas de Helena y empañó el espejo, a tiempo que él besaba el ojo adormecido de su gitana. Estremecido entre la bruma. Inmune.

El campamento de los rom amaneció con sobras del jolgorio. Estera de gitanos durmiendo bajo la intemperie, entre ellos, Leandro, velando sus sueños. Intentó convencerse de que su corazón acelerado se debía al susto de la emboscada, que era víctima de un hechizo, preso de la ficción, y que pronto estaría ingresando al Club Central para encontrarse con sus amigos y seguir el resto de su existencia con total impunidad.

La persecución a civiles duró toda la noche. Disparos e invasiones abruptas a cientos de moradas despertaron más furia. La ira del Libertador era incontenible, más intensa que el olor detestable que abordaba sus pesadillas. Pensó en castigar a la población entera sin importar si eran culpables o inocentes, niños o ancianos. Le vino a la memoria el nombre de Celestino Estrada, partido por un rayo en Rabinal, y supuso que una tormenta acabaría con los traidores de un solo tajo. Se alegró por la invasión de chapulín que perjudicó las siembras de milpa y jiquilite para formar añil. Sus soldados apresaron a más de cincuenta ciudadanos en pocos minutos. Coparon las bartolinas hasta reventar. El telégrafo colapsó. Por las calles desoladas circulaban sombras de mensajeros esncondiéndose en recovecos desconocidos. La Calle de la Armonía, a un costado de Belén, donde se asentaba el teatro Concordia, la más bulliciosa de la capital, que esa noche presentaría El Trovador y el Baile de las

Máscaras, permaneció plantada en el silencio. Una mujer, más bien pequeña, arrastrando una larga capa negra, cruzó la avenida principal. El soldado que la divisó con claridad no se atrevió a capturarla. Creyó justo dejar a los espíritus fuera del toque de queda.

Teresita Cruz resurgió de las profundidades cuando escuchó la marcha de la guardia civil rodeando el campamento para llevarla a su destino definitivo. La imagen difusa del capitán Prats volvió fresca a su memoria. La anciana la observó con detalle antes de dejarla partir. La asistió para enderezar el peinado y alisar su falda agujereada. Con un gesto señorial, la española agradeció el agua de colonia con la que se roció para espantar los olores de mar, tierra y sudor que se le habían instalado en el cuerpo. Zurka la despidió con desconsuelo, porque sabía que difícilmente la joven extranjera se escaparía del desaliento.

XI

A punto de dormir en su cama de niña, Laura Esquina revivió su encuentro con el Patrón. Sintió un vapor espeso caminando por sus entrañas y temió ser engullida por los trastornos irremediables de sus presentimientos. Sabía distinguir la mirada de un macho empecinado cuando hacía alarde de su poder. Luego de haber dedicado gran parte de su vida a hombres sin nostalgia, no estaría dispuesta a sufrir más desvelos por uno sin corazón. La mirada del General le recordó a su padre. En ambos casos conocía de fondo el instinto aciago de sus pervertidas intenciones: convertir en decreto el capricho de su obstinación. Cuando Lorenzo Esquina la abandonó a su suerte, en medio de una ola de sequía, hambre y pestes, juró cobrarse el desamparo. Y la vida le concedió el favor. Fue en una noche libre gracias al respiro mensual que la dejaba descansar sin interrupciones. Disfrutaba el tiempo para organizar sus pinturas en las acortadas paredes de su estrecha habitación, cuando la puerta se abrió sin aviso y ella, parada sobre la cama con un martillo en la mano, se volvió para visualizar la inconfundible figura de doña Juana.

—Hay un hombre adinerado que busca a la mejor. Estás en tu tercer día, así que a ver cómo te las arreglas —dijo, sin esperar respuesta.

Laura se cobijó detrás del biombo para acicalarse, mientras un hombre se lanzó sobre su cama.

—Dicen que usted es la mejor de todas las putas —dijo con una voz infernalmente familiar.

Hubo pausa. El tiempo se estancó y Laura espió por una rendija para descubrir sus ojos en aquel hombre, su cara redonda, agraciada y hasta el modo de lanzarse sobre un colchón.

—La mejor, justo como usted me enseñó, papá —respondió mientras aparecía semidesnuda bajo el candelero que chorreaba estalactitas de cera.

En repetidas ocasiones, Laura presenció cómo la clientela de antaño encallaba desvencijada sobre sus piernas para llorar los martirios de la culpa. Sabía a detalle todas las movidas del presidente. «Las putas se enteran de las cosas antes de que ocurran», solían decir por esos suburbios sin tapujos. Había soportado sollozos de soldados desprotegidos, obligados a cometer bestialidades. La ira del doctor Arroyo, asiduo cliente de sus favores, hacía que musitara la gloria de ver muerto a su enemigo durante un clímax solitario, con la bandera nacional entre las manos. Alguna vez atendió a Ñor Vicente y lo escuchó vanagloriarse de las hazañas criminales que recolectaba en su bitácora de torturador, a tiempo que le mordía los pezones callosos con su asquerosa boca de sanguijuela. Laura Esquina sabía de memoria los pormenores de las sociedades secretas, como la denominada *Misión Homicida*, cuyos afiliados juraban silencio y obediencia para dar muerte a liberales y masones. Sabía la clave secreta de memoria y nunca tuvo la intención de denunciarlos, porque nadie mejor que ella conocía los oscuros rincones de la historia. Algunas veces se sintió límpida redentora y exculpó a muchachos ungiéndolos con aceites destinados a otros menesteres, quienes sumidos en la desesperación de un sexo pronto y sin besos, confesaban querer morir ya que la vida era más corta que el remordimiento que ahogaba su conciencia. Alojaban sus tropas en iglesias, destrozaban custodias, usaban galones de sombrero, saqueaban cálices, masticaban hostias y amarraban a su cuello los corporales, como simples pañuelos profanos, antes de orinar en la pila bautismal. Sin proponérselo, Laura Esquina poseía información para ser espía de la insurgencia, pero jamás se le ocurrió, porque si a algo le temía era a morir agujereada contra un paredón.

Previno la pesadilla. El asunto de Julián la tenía conmovida y agregaba lo suyo a sus angustias. Para ella, la sola idea de amar con todo el corazón era suficiente milagro para retar al mundo y desquebrajar sus endebles costumbres. Aún conservaba en la punta de los recuerdos la *Una Furtiva Lágrima* encuadrando la tragedia del concejal. Le preocupaba el aliento a muerte que sintió en la despedida. Pocas veces le fallaba, asunto del cual no estaba orgullosa, porque era imposible cambiar la voluntad de la muerte aunque ella se anticipara a contarlo.

Gonzalo del Jerez fue uno de sus clientes predilectos. Tenía ochenta años y era más viril que la retahíla de muchachitos que le tocaba atender los domingos. Él le enseñó el elixir de las caricias; la majestuosidad de un orgasmo premeditado; la antesala de un sexo sin argucia. La entusiasmó con el arte y fue gracias a él que inició su frondosa colección de cuadros cuyo único destino digno hubiera sido la pinacoteca nacional. Lo más importante de todo, para ella, fue que ese abuelo bonachón la entrenó en algo que luego agradecería de por vida: la ternura. «Eres demasiado tierna para ser puta», le decía luego de hacer un amor lento y placentero. Cuando aparecía en su habitación, Laura corría a abrazarlo y recibía con inaudito entusiasmo el tubo de cartón que contenía una nueva pintura como pago. Fue una tarde de brisa tibia cuando vio la muerte reflejada en sus retinas. Pensó que ese hombre, que había sido tan bondadoso con ella, merecía saber su pronto desenlace para despedirse con decoro de la esposa, los hijos y del resto de sus amantes.

—¿Qué me dirías si te digo que mañana vas a morir, Gonzalo? —preguntó tan natural que era difícil sospechar una broma.

—Pues haría una fiesta para festejar esta vida felizmente ingrata que viví.

—Entonces apúrate a acabar, para invitar con tiempo.

En efecto, la noticia del funeral acaparó los periódicos y Laura Esquina veló en silencio sus recuerdos.

Por eso, cada vez que el desdichado aroma la acechaba, perdía el sueño y delegaba sus pensamientos en Gonzalo del Jerez,

intentando convencerse de que las casualidades son motores que mueven al mundo debajo de agua.

Su cama pequeña figuraba una madriguera. Estaba exhausta, porque no había sobre la faz del planeta motivo mayor de agotamiento que sufrir por un amor ajeno. Recordó a Carmelo Santos, un vecino de infancia que la amó antes de que su madre, enloquecida por el hambre, la confinara al burdel. El día que partió con un tanate de ropa en su costado, tomada de las garras de un mercenario que pagó pocos pesos por ella, lo atrajo a toda prisa a los matorrales baldíos del caserío. «Carmelo Santos, si no vas a ser el último, por lo menos que seas el primero», le apremió, y se revolcaron descoordinados por las ínfulas del aprendizaje, marcando sus recuerdos para siempre. Lo imaginó diáfano, sonriente, rodeado de muchachitos al lado de una esposa ideal. Eso le daba respiro, aunque sabía que en la provincia, del otro lado de su infinito, el vecino la soñaba a ella también. Cada vez que lo evocaba, un olor a almíbar acallaba sus pesares para rescatarla de la desdicha.

Se frotó las piernas acalambradas. Contorsionó el brazo lesionado por el desafortunado suceso. El cantoneo de sus tripas le recordó que no había cenado. Tanteó las costras de sus rodillas y constató que eran heridas demasiado leves para un encuentro tan desafortunado. Escuchó pasos circulando por el corredor y se sorprendió de que hubiera amanecido antes de tiempo y que las hermanas estuvieran dando lata tan temprano.

Sobrevino el estruendo. Los pasos solapados se convirtieron en abruptas carreras. Los susurros se elevaron a alaridos, como si las fiestas patronales fuesen celebradas en el patio frontal de su casa. Con sobresalto sospechó que eran los soldados rastreando enemigos. Desde la invasión de preladas, aparentemente provisional, Laura las instruyó para responder con determinación sobre un origen inventado en caso de ser descubiertas.

—No importa qué tan oscura sea su capacidad de fingir, porque es el arma que Dios nos da para sobrevivir —les dijo convencida.

Las aleccionó en miradas insurrectas. Les enseñó a practicar con descaro el pecado venial de la mentira: que venían del campo a rastrear el destino de su parentela; que eran probables víctimas de la difteria contagiosa; que eran viudas desprotegidas, buscando nuevo proveedor; que iban a sacarse las muelas; que, atraídas por el encanto de la capital, estaban ahí para presenciar la última función del circo California en la plaza de toros. Que planificaban montar una fábrica de vestidos. Y si esas historias no avanzaban por el camino estipulado, se verían obligadas a subirse los vestidos profanos y sacrificar sus cuerpos por la redención.

Laura salió despavorida con los camisones heredados de su antiguo oficio. Las monjas, apuñuscadas en el zaguán, se sorprendieron más por ver la desnudez cubierta con un aura transparente que por lo que encontraron en la puerta del caserón. No había soldados.

Gestos de asombro hacían nido a una pequeña niña con un largo cordón prendido del ombligo. Desnuda, todavía ensangrentada, cubierta por un sebo pastoso, la niña no traía rastros de su origen: simplemente la acompañaba una astucia pulmonar, capaz de lograr que su llanto circulara por el añejo convento sin resguardo y se quedara atrapado en las bóvedas haciendo eco de su derroche. Laura la tomó temblorosa, como si fuera la última muñeca de porcelana sobre el mundo, suplicando a gritos activar su seco instinto maternal para no dejarla caer en el arranque. Emprendió la causa heroica de rescatarla del desabrigo. Por primera vez encontró sentido a su existencia y vio la posibilidad de echarle llave a su pasado. «Me la quedo», dijo sin más.

—Parece la hija de un dictador —comentó una de las monjas del tumulto—. Oigan esos gritos.

—Cómo crees —exclamó otra—, lo que pasa es que nació con la furia del abandono.

—Esa niña trae una cola en la barriga.

—Pero no seas bruta. De seguro que nació defectuosa la pobre y por eso la vinieron a tirar aquí.

—¡Ya! —interrumpió Laura—, esta niña tiene hambre.

La aferró a su pecho para darle el resguardo de un nuevo corazón. Pero el llanto la estancaba en largos tramos sin resuello. Un impulso colectivo las guio rumbo a la cocina, suponiendo que solo la monja gorda sabría cómo acorazarla ante la muerte. Tendida en su colchón, la mujer recibió a la niña como si ella misma la hubiera expulsado al mundo. La abrazó con devoción y la arropó entre los pliegues calientes de su gordura. El llanto cesó. Sacudida por una intuición desconocida, cortó con los dientes el resto de cordón mortecino. Ordenó que trajeran alcohol, le quitaran la mugre con agua tibia, la envolvieran en una funda de almohada, hirvieran agua con azúcar y dos semillas de anís común, mientras ella ideaba los atoles adecuados para su subsistencia.

—Hay que bautizarla —dijo alguien del tumulto.

—Se va a llamar María, como la Virgen —dijo Laura para anticiparse al clamor religioso con el cual no tenía competencia, mientras un hervor desconocido le calentaba los pezones—. En este estado de emergencia ya la di por bendecida.

Teresita Cruz ingresó a la mansión de Justa Barrios viuda de Puerta del brazo de Leandro, seguida por un tren de bultos reventados, cubiertos con tetuntes de lodo cristalizado. Cojeaba no por naturaleza, sino gracias a un tacón amputado durante la arremetida. Rasgadas las vestiduras y varios moretones emergían de sus brazos como lagos. Justa, erguida en el zaguán, quedó boquiabierta por la sordidez con la que la nuera, cuya nariz era más grande y ganchuda que la que lucía en los retratos, tomó el caserón. No reconoció en ella rastro del fino pincel que le había enviado su madre desde España. Se sintió estafada. Era más flaca de lo imaginado, los ojos de tiniebla parecían venir de las profundidades del mar y el lunar de su mejilla era más grande y pronunciado de lo predicho. Aunque con alivio, presintió que su irrebatible indolencia

sería capaz de mantenerla a flote. A Justa le dio un beso en cada cachete sin hacer alarde de los contratiempos sufridos y a las empleadas una discreta reverencia. Repasó el interior del caserón desde la entrada con intenciones de no enunciar palabra. Pensó en fantasmas. «Aquí está el presidente», dijo Justa silenciosamente a su oído sin obtener respuesta, pasmada en la incertidumbre porque esa joven parecía una aparición prófuga del inframundo, inerte, indiferente. Teresita sintió alivio. Bajo la brisa de popa, durante su traslado marino, se entretenía jugando a imaginar escenarios diferentes del continente desconocido junto al capitán Prats. Los mitos de la abuela la agobiaban, sobre todo cuando aparecían pequeños caníbales escondidos detrás de las puertas. O caballeros legendarios, cabalgando con su cabeza entre las manos. O el gigante *auritus* machucando sus propias orejas. Durante todas las jornadas de apacibles encuentros en cubierta, jamás imaginó que anclaría en un caserón parecido al convento de su pueblo donde estudió la primaria, cuyas raíces coloniales la hicieron sentir en casa.

Justa vio a Leandro tan distinto que temió que le hubieran devuelto a un hijo ajeno. Un tanto más fornido y de ritmo inusualmente apaciguado. Con menos luz no hubiese podido reconocerlo. A pesar de haberlo visto la mañana anterior, su rostro estaba empañado por la sombra de una barba rastrera. El cabello alborotado le daba un aire muy distinto al que lo caracterizaba. Leandro asistía a la barbería al menos dos veces al mes y su corte impecable era digno de revista. Julián yacía en el fondo del corredor, vestido de catrín, con los brazos abiertos para abrazarlo.

—Es mi culpa, pero sé que siempre me lo va a agradecer —susurró a su oído mientras se lanzaba contra él.

Leandro, a pesar de sus esfuerzos para evitarlo, estuvo a punto de llorar en brazos de su hermano, pero no por lo ocurrido durante la embestida, sino porque el amor atorado en su pecho necesitaba escapar para teñir al mundo. Julián confirmó su vaticinio ante una visible metamorfosis, que atribuyó públicamente al aura propia de los héroes.

—¿No va a saludar a su prometida? —indagó Leandro entre dientes, mientras observaba la figura del Patrón acercarse a él, con los brazos abiertos.

El presidente interrumpió el encuentro para atraer al sobrino del brazo y apretarlo contra su pecho. Leandro sintió asfixia por la inesperada reacción de un tipo que repelía los sentimientos. Lo condujo a la sala, donde lo esperaban Abraham Fernández y el cabecilla Dones, listos para interrogarlo y saber a detalle los sucesos. Leandro necesitaba respirar. Extrañó la intemperie de sus recuerdos. Acalló sus pasiones y se propuso no dar más información de la necesaria. Insistió en la valentía del patriarca y la bondadosa mano de las gitanas, que a tiempo le evitaron la ceguera. Fue remitiendo, paso a paso, el reflejo de su memoria nublada, en donde lo único que prevalecía con claridad de sol era el cuerpo de Ludu navegando en sus caderas. Olfateó su aura y aún conservaba el aroma a néctar de la noche anterior. Movido por un impulso, el presidente entorpeció la conversación para dar una orden inesperada.

—Que lleven cien botellas de guaro a los húngaros. Cinco caballos de mi potrero y un corcel de los mejores a su patriarca. Además, que ningún hijo de puta se atreva a fregarlos.

—¡Como usted diga, Patrón! —respondió el soldado Lancerio.

—¡Claro que las cosas se hacen como yo diga! —exclamó irónico el mandatario—, hay que ser agradecidos hasta con los perros.

A Leandro lo embistió un coletazo de repudio contra su tío. Le gustaba pensar que aquel odio había sido fruto de su pasado. En infinitas oportunidades soñó con verlo morir. Por eso jamás asistió a una iglesia, ya que el remordimiento de la muerte apetecida lo perseguía en silencio. Cuando sufría arremetidas de insomnio, acariciaba un arma que él mismo le había regalado al cumplir los quince años y lo imaginaba revolcándose entre sus vísceras explayadas. El recuerdo era recurrente. Era muy niño aún, mientras jugaba a lanzar el trompo en la calle de su pueblo, debajo de unas largas gárgolas que vomitaban chorros de agua, cuando una estampida de revolucionarios aterrizó muy cerca de sus pies

pulverizando su juguete. Los hombres abatidos por perpetuas travesías ataron sus caballos a un palo seco frente a su casa. El tío tomó a su madre de las greñas para ingresarla a la tenue alcoba del refugio. Los gritos de reclamo recorrieron las callejuelas de aquel pueblo, mientras su madre forcejeaba a través de la ventana. Las risas de los camaradas retumbaban en sus recuerdos. Leandro quería justicia. En días como ese regurgitaba el desagravio.

Los comandantes, espías y amigos que invadieron la sala de estar, no emitieron sonido ante los súbitos arranques del Patrón. Hasta las moscas abandonaron el recinto por las rendijas del ventanal. Aventó libros que reposaban sobre el escritorio y juró fusilar él mismo al doctor Arroyo, a quien culpaba del ataque. Leandro imaginó que el dictador caería carcomido por un infarto fulminante. Fantaseó con verlo agonizar a causa de su negro corazón pulverizado.

Teresita saludó a Julián como si los hermanara una encomiable relación de antaño. No se tomó ni cinco segundos para observar al hombre con quien compartiría el resto de su existencia. Había suficiente tiempo para eso. Él tampoco la hubiera reconocido a no ser por el acento raspado, pues no tenía el talante de la fotografía, obviamente retocada, que conservaba su hermano. Ella se detuvo bajo las bóvedas del corredor y lo tomó de la mano para saludar al presidente, quien no le prestó la atención planificada a causa de la ira. Además, odiaba encarar la fealdad. No prestó atención al volcán de regalos que salían escupidos de la biblioteca y pensó en el fastidio que sería desenmascararlos de su envoltura. Julián la vio con ojos compasivos porque, aunque fuera el más macho de los hombres, jamás la hubiera amado. A tiempo que ella quedó convencida de las palabras de su tía, «el amor no es indispensable para sobrevivir».

Felícita la condujo hacia su habitación creyendo que la desvalida mujer no hablaba el español, sino una divertida jerigonza que tímidamente intentaba imitarlo, igual que cuando ella arribó de niña a la familia. En el largo camino abovedado le suplicó, hasta con

señas, conocer a sus pájaros ansiados. Felícita deseaba fervientemente que la extranjera removiera esa capa de sal cuajada sobre su frente y lavara sus sobacos para ahuyentar, con todo tipo de jabones, la pestilencia de ultramar. Pero cumplió sus deseos por la cercana posibilidad de tenerla como patrona; sabía que gran parte de las relaciones humanas se basan en la primera impresión.

Teresita quedó extasiada cuando se topó con su ringlera de pajareras. Examinó una por una, embelesada de fascinación. Sus ojos oscuros descubrieron el paraíso que solo conocía a través de los libros, único impulso que la guio a cruzar el mar. Valió la pena el sacrificio de mareos al lado del capitán Prats sin sucumbir a los encantos que tanto la lapidaron. Valió la pena deambular entre un jolgorio de gitanos borrachos luego de la terrible emboscada. Valió la pena liberar a su quetzal y soportar los eternos versos del poeta cubano durante el largo trayecto terrestre. Además, la habilidad de arrinconar sus recuerdos era solemne, y no por falta de memoria, sino por voluntad. Sin emitir sonido, abrió una pequeña puerta para escurrirse como serpiente e ingresar junto a los canarios. Felícita quedó estancada del susto, porque la vio encoger sus piernas para enjaularse y quedar sin mirada, con los pájaros revoloteando sobre su cuerpo encorvado, sumida en la demencia de un delirio desconocido. Julián la divisó desde lejos y presumió que, cuando apenas empezaban su relación, ya se llevaba bien con ella.

Luego del baño, con la incómoda presencia de Felícita, incapaz de disimular la curiosidad por conocer íntimamente a la futura esposa de su patrón, Teresita dejó los estragos del pasado y la caca de canario flotando en el agua, tan sucia como si un desertor de la Guerra Santa se hubiera bañado después de años de travesía. Relumbró su piel de alba, lánguida por naturaleza. Pellizcó sus mejillas hasta obtener discretas chapas que le tiñeron un tanto de gracia su afilado rostro. El intenso olor salino fue más difícil de remover. Vistió un traje sevillano que escalaba hasta el cuello largo, con pañoleta recostada sobre los hombros para honrar a su continente a la hora de la comida.

Su encuentro con Julián fue más afable de lo que ambos esperaban. Teresita estudiaba un arapapá de cresta ancha y aplastada, cuando divisó su enorme ojo aumentado por la lupa al otro lado de la jaula. «Pareces uno más», dijo. Él descubrió una gallardía europea en ella, aunque ignoró su falta de atributos ya que si algo no le interesaba era la posibilidad de procrear con deleite. La paseó por los jardines, hablándole sobre la fiesta de disfraces para presentarla y anunciar su compromiso. Le contó de Laura Esquina. La interrogó con sobresalto acerca de los detalles de la emboscada, insistió en conocer la apariencia de una tal Ludu de Egipto y el cuerpo colosal del afamado patriarca. Le comentó del fantasma inofensivo que habitaba las catacumbas de la casa que, para entonces, se sentía con la confianza de recibir el sol de los domingos cuando todos visitaban a su tío. Por instinto natural, Teresita confirmó que lo único que había ganado con ese matrimonio era a una amiga incondicional.

Tarde para echarse atrás. Encima de su cama flotaba un atinado disfraz de pájaro. Alas frondosas cosidas a un vestido largo, al que hubo que hacerle arreglos de última hora porque nadie se la imaginó tan esmirriada. Los adornos, pasillos y hasta macetas eran réplica monumental de la casa solariega de la abuela. Entonces descubrió que en su nuevo mundo había un recoveco para sufrir en paz. Faraón no se vio atraído por ella, restregó su pelaje escabulléndose entre las piernas flacas y se retiró a su alfombra sin dejarse tocar.

Leandro no podía despegarse de cada detalle de su remembranza gitana. Lo abrumaba la idea de sobrevivir sin ella, tan intensamente como la necesidad de llorar. Esa noche decidió escapar de la nostalgia y se presentó en la cantina, ante sus amigos, quienes lo recibieron como héroe nacional. Las historias de la emboscada circulaban junto con los síntomas de una sociedad urgida de exageración. Que Leandro, al lado del colosal Rupa Kari, había enfrentado una batalla cuerpo a cuerpo para liberar a Teresita Cruz del secuestro inminente de rebeldes rapaces. Lo levantaron entre

brazos y cantaron el himno nacional. Él intentó fingir entusiasmo, pero una palidez particular hizo que delatara sus penurias.

—Déjenlo en paz, está impactado todavía —dijo Trinidad, meciendo un vaso de *whisky*.

—¡No! —dijo Froilán Aldana—, lo que pasa es que la gitana le volvió a leer la mano.

Las bromas reventaron. Las anécdotas de la reciente visita al campamento gitano florecieron en las conversaciones. Todos convergieron en describir la cara de susto con la que había abandonado la carpa de la pitonisa. Coincidieron, sin reparos, en que hubiesen perdido al amigo en los brazos de una bruja sin techo, de no haber sido por ellos.

—La cara de susto no se le ha quitado —alardeó Trinidad, sumándose a la mofa—, parece que la gitana le mostró algo más que su futuro.

El llanto de María escampó junto con la madrugada. Un sobre decorado con máscara dorada se deslizó debajo de la puerta. Sigiloso, despiadado. Laura lo abrió con torpeza mientras encontraba la mejor manera de cargar a un bebé. Salió al Portal del Comercio desde muy temprano para observar detenidamente a las madres consagradas. Llevaba una libreta donde anotó cada detalle, cada objeto por adquirir y cada cosa por hacer. Improvisó una cuna al lado de su cama; pasó a las oficinas del telégrafo para encargar un moisés de mimbre con sus proveedores; compró biberones, mercurio cromo, extracto de anís y manzanilla, algodones y alcohol *witch hazel* en la farmacia de Jesús Bustamante, dejando la sospecha en manos generosas, incapaces de inmiscuirse en asuntos ajenos; se detuvo en Los Amigos para extraer un carruaje blanco que recién había arribado; cortó largas mantas para hacer pañales y colocó una hamaca en el corredor para que hiciera la siesta después de que la monja gorda la alimentara. Como madre aguerrida pidió al jardinero que rastreara toda rata, gato o tacuacín, y reunió a las religiosas

para organizar turnos de vigilancia mientras la niña dormía, porque temía que la muerte le arrancara el aire durante los sueños.

Dejó el sobre encima de la cómoda. La invitaban a la fiesta de máscaras para anunciar oficialmente la próxima boda de Julián Puerta Barrios.

XII

Tomados de la mano, los novios se deslizaban sobre el piso ajedrezado de la mansión presidencial luciendo sus pomposos disfraces y dando la bienvenida con imponencia teatral. La antesala estaba adornada con procesión de gigantescos floreros, largos cartuchos blancos lucían su tórrido esplendor y potentes bandejas de plata ofrecían variedad de canapés. Los músicos improvisaban murgas gaditanas para complacer a la española desde el fondo del salón. Hubo que remover sofás, esculturas, armaduras medievales, mesas y dejar así despejado el territorio para el baile. Las fuentes escupían chorros de colores que se entrelazaban como manos en el aire. Un enorme retrato del presidente, con derroche de medallas militares, amedrentaba a los invitados con su mirada de muerte. Boinas, yelmos, pelucas, cintas o antifaces, marchaban con desfachatez, mofándose de la vida. Patricios y plebeyos; arlequines, arcángeles y mosqueteros; sirenas, faraones y reinas se entregaron de lleno al desangelado ridículo de retar a su pudor. Incógnitos todos, menos el General que ya suficiente burla le hacían en los callejones de la ciudad como para darles una razón de más. Cada mañana aparecían papeles lamiendo los muros con sarta de insultos y dibujos que hacían caricatura de su fracaso. Nadie se amilanó, aunque fuera infiltrado de la oposición y tuviera que soportar la bruma de un poder desmoronado. A todas luces era sabido que el presidente estaba a punto de caer. Además su semblante torvillo lo delataba. Amparada en copas de más, la recurrencia hizo que muy pronto el festejo de una causa imposible se incendiara con un encanto descarriado de ficción. Enormes globos con los colores de la bandera se soltaron con el vino de honor y se perdieron entre la multitud de estrellas.

Las fiestas de máscaras y disfraces eran un indicio del auge europeo. El carnaval de Venecia, una inspiración de gloria. La mayoría de compatriotas rendían culto devoto a las costumbres del viejo continente, porque se negaban a vivir al margen de la Ilustración. Y si había que hacer el ridículo para sentirse parte del mundo, valía la pena.

Dispuesto a no arriesgarse a última hora el presidente obvió el discurso que llevaba ensayado en la punta de la lengua para callar los rumores impetuosos que circulaban e insistían en que esa pareja no tenía esperanzas ni de invertir un minuto en el misterio de la intimidad. Mientras él fraguaba una respuesta al ataque sedicioso, los presentes ideaban, con una botella de guaro añejo, su liberación.

El Patrón envió por Leandro. Desde el asunto de la asechanza, lo quería hacer partícipe de sus decisiones. Según él, el sobrino era un líder nato que había nacido para seguir sus pasos. Si moldeaba a tiempo las fallas de su endeble carácter, sería mandatario de por vida. Leandro estuvo presente, con sus ojos helados, el rostro marchito y el alma enmarañada de tirria. Percibió a su tío como un ratón entrampado; amenazado por el impulso de las ásperas noticias que circulaban por la ciudad. Sentado frente al escritorio de cedro tallado con diminutas leyendas de revolución, discutió con sus consejeros de más confianza las posibles arremetidas contra la sedición. Un enorme mapa hacía de mantel; lo recorría con el índice planificando la estrategia, como jugando a los soldados. Los hechos recientes eran señal de rebeliones que incitaban fuegos en todos los rincones del país. Las fronteras se debilitaban con ínfulas detractoras. El discurso vetusto del presidente ya no ayudaba ni a su sombra: hasta los más íntimos aliados creían que sus ásperas y autoritarias intervenciones ya no tenían caso. Nuevos partidos aristócratas estaban desgastando el sueño de la floreciente República centroamericana con el yugo de sesgados intereses. Llegaban a la corte del Patrón las voces de protesta, que en todos los ámbitos de Centro América se alzaban contra sus designios de conquista. Su entusiasmo personal por la reforma se diluía como

agua, porque el miedo tenía límites y los ciudadanos ya no estaban dispuestos a sacrificar más porque sus hijos viajaran en tren. Semanas atrás, consagrado a sus temores, había decidido decretar prensa sin censura. Pero no hubo nacional capaz de confinar su destino a lo que se creyó una comedia para congraciarse con la población. La prensa siguió servil y sumisa como hasta entonces, repitiendo la misma cantaleta de adulación y, a su vez, financiando pasquines sediciosos por debajo de la mesa. Acorralado, dictó extensas cartas amenazantes a gobernantes vecinos pero estos, cansados de vivir bajo su ala, estaban dispuestos a independizarse y seguir el camino de su propio destino. Consciente de la tempestad, planificó tomar las fronteras por la fuerza, como en los viejos tiempos. Afirmó que él mismo estaría al mando del ejército para mostrar la fuerza de su poder. Planificó hacerlo un día después de la boda.

Luego de enfrentar numerosos tropiezos económicos, el tren conquistaba territorio selvático hasta encallar en la capital. Partía montañas en dos, dividía ríos, cruzaba lejanías, invadía lontananzas. Nuevamente obligó a la población a cubrir los inflados costos de contratos extranjeros con un impuesto adicional. Le enfadaba que no comprendieran sus codicias y fueran capaces de sacrificar la prosperidad por asuntos divinos. De nuevo arremetió contra la Iglesia, recalcando que era una institución tan débil como las otras, incapaz de construirles calzadas ni tranvías. Mucho menos un tren.

—¡Qué no me chinguen! —dijo enfurecido, antes de salir de la habitación para unirse de nuevo al festejo—, lo que los encabrona es que les voy a resultar un muerto inmortal. Este pueblo me va a recordar para siempre.

La sinfónica nacional amenizó con el número inaugural que bailó con la prometida. Como los músicos no cabían con tantos instrumentos, se distribuyeron en el comedor y parte de la cocina. Unos se metieron entre los nichos y otros no encontraron más salida que bailar con los agasajados a tiempo que tocaban. Mientras Teresita lucía indiferente su vestimenta de pájaro, el Patrón se veía

atosigado por las constantes amenazas que escapaban de su control. Su paranoia se agudizó. Suponía traidores detrás de cada máscara. Escuchaba sed de venganza en sus aplausos. Hasta llegó a dudar si concurrentes de identidad difusa no eran presos fugados del sótano sombrío de la mansión que, antes de derrocarlo, le sacarían los ojos con sus hórridas manos. Terminó por no soportar la música y abandonó a la prometida a media pista para refundirse en su habitación. Sospechó que hasta el arpa se reía de su vida. «Manden al hombre del arpa a la mierda», ordenó antes de cerrar la puerta. Un sudor helado le vino a la frente. Moriría revuelto entre vómitos de canapé, humillado por los límites de su cuerpo vencido. El insoportable cólico lo embozó sin resguardo. Se apalancó sobre la cama, mientras experimentaba cómo sus entrañas se partían en dos. El doctor Conwell siguió sus pasos y tocó la puerta con discreción, no sin antes removerse la máscara veneciana que había comprado en Los Amigos. Bien conocía de memoria la expresión mortuoria de su paciente.

—Esta chingadera me está matando —dijo al médico, dando vueltas como trompo sobre la cama.

—Debe seguir mis instrucciones, presidente, y no beber más —respondió suavemente el galeno.

—Basta con esa cantaleta, que si me muero que sea con algo entre las venas.

Dale Conwell extrajo de su botiquín una jeringa de vidrio para inyectarlo, advirtiéndole que se acercaban a los límites del opio y que no era conveniente continuar con una práctica más dañina que el propio mal. Pasaron minutos para que el Patrón se irguiera, como soldado de turno, y estuviera dispuesto a continuar con el festejo enardecido por la furia inducida.

El doctor siguió sus pasos. Lo imaginó agonizando por una sobredosis. Pensó nuevamente que su plan no levantaría sospechas. Que si liberaba a Justa de la sombra bestial que la seguía desde niña, pararía enamorándola bajo la plena luz del día. Y con su consentimiento. Caviló que ni indios, ni conservadores tendrían más

razones que él para matarlo. Salió de la alcoba delirando libremente, aunque alguna vez dudó si los orejas no tendrían la capacidad de leer sus pensamientos.

La novia, con sus alas de pájaro y antifaz de pico largo, hizo que el capitán Prats, al otro lado del salón, sufriera un estremecimiento funerario. El infeliz navegante bebió más de la cuenta mientras conversó largo y tendido con el doctor Conwell, cual si cerraran un suculento negocio de transportación. Aun así, esperó horas para pedir a Julián el honor de bailar con ella y luego suplicarle al oído un poco de piedad. En los bares de la ciudad, que el capitán frecuentó con el poeta cubano, escuchó descaradas bromas sobre la boda de la española con un galán de escaparate; que sería incapaz de hacerla mujer ni por milagro; que él luciría el vestido de novia; que se pasarían jugando naipes en la noche de bodas y que el asunto no se elevaría ni remolcándolo con la fuerza del tren. No se atrevió a darle detalles de los augurios callejeros, pero insistió en que la orilla de un cenote mexicano seguía esperándola. Desde que la vio pasearse altiva con su sombrilla en los suburbios de cubierta, supo distinguir que era ella la mujer designada para criar a sus hijos. «La gracia que tiene es que no tiene gracia», dijo a un marinero que lo acompañaba. Incómodo por el parche en el ojo de su disfraz de pirata, le apretó los hombros, haciendo el último intento por sobrevivir:

—Solo dígame, Teresita, y zarpamos de inmediato. ¡Estamos a tiempo!

—Mi tiempo se consumió capitán. No desperdicie sus palabras y busque a otra para habitar su paraíso —respondió ella, retirándose con determinación.

De no haber sido por el antifaz, las hordas de invitados hubieran detectado fácilmente su expresión de desesperanza y lo hubieran atribuido a las carencias del futuro esposo. El capitán de barco dio la vuelta, con el certero presagio de que no volvería a verla más.

El concejal Martínez apareció en el centro del salón, del brazo de Laura Esquina, con capa negra y tétrico antifaz de fantasma. Julián no pudo disimular el susto. Había perdido peso y se le notaba lúgubre y sombrío a pesar del embozo. Desamarró a la prometida del brazo y, con un suspiro en vilo, se deslizó hasta su amante. El concejal llevaba una margarita en la mano que lanzó sobre Julián sabiendo que, en el alboroto de taconazos y conversaciones cruzadas, nadie se percataría del arranque. Solo Laura Esquina vio la flor volar y tocar el techo antes de deshojar sus pétalos sobre el amigo. Ambos las habían sembrado en una pequeña jardinera frente a la habitación del concejal.

—Tenga clemencia de mí, señor —suplicó Julián, disimulando una carcajada intempestiva para despistar.

—A usted se le ve muy bien. Al parecer ya congració con la española —replicó Martínez con una carcajada aún más abrupta.

—Mi corazón está en ruinas. Solo dígamelo y nos vamos huyendo de esta farsa, pase lo que pase. Se lo suplico.

—El mío también —repitió el concejal antes de volverle la espalda —, el mío también.

—¿No va a decir más?

—Tengo que liberarlo, Julián, esto nació imposible.

En medio del barullo, el poeta de los versos sediciosos divisó a Cleopatra. Una joven de soltura corporal, desliz de tierra y ademanes de viento lo sorprendió como una bala perdida. A pesar de que pronto partiría rumbo a México para desposar a una campechana, se sintió movido por la curiosidad y el asombro.

—¿Bailamos, niña de Guatemala? —preguntó galante.

Quienes asistieron a la fiesta entusiasmados por entablar conversación con el afamado intelectual de turno, salieron desilusionados ante la indiferencia y brevedad de sus respuestas. El poeta no tuvo más mirada que para la frágil niña, quien ya lo

esperaba desde antes y lo acompañaría después de su muerte hecha poema.

Por encargo, Laura Esquina dotó a más de veinte señoritas casaderas con disfraces. Tuvo cuidado de no cometer el crimen de vender dos parecidos, porque la originalidad marcaba la moda citadina. En un embarque completo llegaron a tiempo todo tipo de implementos que lució en el escaparate de su tienda. Al borde de la pista de baile ella revisaba el movimiento de cada una con satisfacción. Se detuvo en Cleopatra. Distraída, Laura aplaudió con una sonrisa que la desvalida mujer, de debilidad pulmonar, hubiese encontrado un destino, aunque fuera corto, porque un hálito de muerte la teñía de desaliento.

Aunque distraída, no tuvo que voltear para saber que el incisivo apretón de brazo procedía de las manos del Patrón. Laura viró con elegancia y enfrentó su mirada retadora una vez más.

—Vaya, vaya, vaya. ¡Qué sorpresa encontrarla de nuevo, señorita! —dijo tomado del mango de su espada enfundada—. Como que insiste en matarme de un susto.

—Presidente —dijo ella indiferente, cobijada en un conmovedor disfraz de ángel que resaltaba su ingenuidad.

—Lo único que aplaudo de la Iglesia es que hayan promocionado a los ángeles con tanto ahínco.

Mientras bailaba con ella, el aliento putrefacto de sus vísceras averiadas hacía olas en el aire. Laura fingió agrado siguiendo el rastro de una frívola conversación. Ignoró el tifón que la acechaba, porque no podía despegar los ojos del concejal conversando con Julián. De ser necesario, estaba presta a rescatarlos. Respondía al Patrón con escuetas palabras para distraerlo, ungida de ficticia timidez.

—Dichoso el concejal —susurró el presidente en su oído—, usted no le quita la vista de encima.

—No es lo que cree —respondió Laura, cortante.

La mano del mandatario presionó su torso, fruncido por los dobleces del plumaje, pero ella aleteaba las alas para interrumpir el

arranque del hombre en celo. Intentó escabullirse, aunque era tarde. Él acercó su soplo concentrado y, sin esperar respuesta a cambio, dijo jadeante:

—Espéreme pronto. Llegaré sin falta a visitarla.

Laura recordó nuevamente la escopeta que guardaba detrás del trinchante de los licores. Mientras la orquesta se lucía con interminables valses, ella planificaba darle muerte con un tiro entre las piernas. Imaginó sus testículos regados en el zaguán y se regocijó en la sensación de vengar a tantas almas sacrificadas a causa de sus caprichos. Pensó que era la indicada para planificar un crimen perfecto. Con la muerte del Patrón, su amigo Julián sería feliz en los brazos del concejal. Podrían escapar hasta su propio edén y María crecería libre, sin ser acechada por rapaces. Al parecer, el país encontraría un rumbo de concordia. Por si fuera poco, evitaría la desdichada idea de verse envuelta entre sus brazos de alimaña. Insistió en que nadie tenía razones más válidas que ella para asesinarlo. No sintió culpa, porque bien sabía que todos, niños y viejos, llevan a un criminal escondido en su conciencia.

Confrontada a sus angustias, Justa deambulaba por el gran salón de baile, haciendo reverencias a sus invitados. Con fingidas albricias elevaba la copa para brindar. Se sentía ufana aunque la ignoraban para ocultar su furia contra el poder encarnado que representaba. Escondidos en sus máscaras, miraban rencorosos, en las llaves colgadas de su nuca, el símbolo de la injuria. El yerro de la herejía.

Se vio cómo Leandro espulgaba a Teresita desde una mesa solitaria, quien a punto de elevarse con su disfraz de pájaro se movía por el salón con la misma confianza con que caminaba por los pasillos de su casa natal. Imaginaba lo que haría dentro de pocas noches, para mostrar al presidente la rosa plasmada sobre la sábana de la noche de bodas de su cuñada. Buscaba revivir el sentimiento que lo entrampó poco tiempo atrás en fantasías ilusorias. Quería desear de nuevo un ápice de su cuerpo, pero desde el encuentro con Ludu de Egipto quedó sumergido en la añoranza. Lo martirizaba

pensar si la gitana compartía su desdicha o si se revolcaba con Petalo, mientras él ansiaba su existencia desesperadamente. Por momentos la sintió presente y quiso arrancar todos los antifaces para descubrirla. Sintió un roce familiar a sus recuerdos, un soplo detenido con aroma a jazmín en su oreja, pero al voltear ya no había nadie preso de su sospecha. El colmo de sus pasiones había desembocado en espejismos. Justa recuperó la atención, cuando el doctor Dale Conwell irrumpió frente al presidente:

—¿Me permite una pieza con doña Justa? —dijo con entonación de gringo empedernido.

—Pero claro, doctor. No en vano es usted quien la cura de sus achaques —respondió el Patrón con el tono aumentado gracias al efecto de la morfina.

El doctor la trató con demasiada soltura para su gusto. Ella lo atribuyó a los efectos del alcohol. El menudo extranjero colocó sus dedos en los fuelles exactos de su cintura. La condujo por un ritmo plácidamente familiar. Se anticipaba a sus movimientos, como si bailaran desnudos, con el pulgar enclavado muy cerca de la axila. Justa sintió un calor que le navegó desde los pies, aceleradamente. Cuando conquistó sus mejillas cubiertas por una máscara de hechicera, no hubo más remedio que apretar las piernas para sentir un deleite que venía sin aviso. Confundida, disimuló, aunque el doctor reconoció en esos ojos frívolos la llegada del paraíso. Entonces, en una vuelta de más, él enclavó la rodilla entre sus piernas. El gemido fue silencioso. Ella acercó levemente su nariz al cuello del salvador.

El doctor pensó que la paciencia se acortaba. Le consoló recordar que la salud del presidente era endeble y que pronto amanecería más frío que un glaciar. Entonces sería la oportunidad de su vida: llevarse a Justa a Estados Unidos. Aunque ella no lo amaba con conciencia, su inconsciencia ya estaba conquistada. Se detuvo en medio salón atacado por el pensamiento siniestro: ser él quien lo matara.

El resto de la mascarada se diluyó sin mayores sobresaltos hasta el amanecer. Alguna fuga de enamorados, canapés aplastados por el bailongo, antifaces regados en el jardín, dos trifulcas que no llegaron ni a trompadas, cinco floreros en añicos y una niña de Guatemala dispuesta a morir de frío.

Teresita apareció como un gigante pájaro enroscado entre las palomas, durmiendo bajo los aleteos del amanecer. Atribuyeron el arranque de locura al agotamiento y fue Leandro quien la tuvo que cargar para depositarla en su nuevo nido de sábanas frescas, secadas al sol.

Al boticario Jesús Bustamante lo fueron a buscar a deshoras. La noticia le asustó. Atendió al llamado y cruzó la calle sin ver para los lados. Llevaba un maletín abrazado al corazón para resguardar unos tubos de vidrio donde almacenaría sus pruebas. Mezcla de nerviosismo y entusiasmo lo acometía. Un caballo estuvo a punto de desbocarse sobre su alma sin que lo viera porque se preparaba para hacerle frente a la desventura. Conocía al concejal hacía mucho tiempo. Sabía de sus excéntricos gustos y siempre tuvo la duda de los refinados modales que liberaba cuando se sentía en confianza. Pasaban el tiempo frente al mostrador de la farmacia conversando trivialidades. Para el boticario eran indispensables para ganarse la confianza del concejal y declararle su fascinación por él. Nunca se atrevió. Atolondrado, se desplazó velado por curiosidad de principiante porque jamás había presenciado los efectos de la mandrágora en humano alguno. Se sintió culpable por haber sido él mismo quien le comentó sobre sus efectos y haberle dado las directrices para adquirirla con la anciana gitana del vergel. Jesús Bustamante había estudiado con dedicación la planta más temida por pueblos y civilizaciones, la más mágica. El aprendiz de científico detectó nuevas y sorprendentes cualidades, remontándose al siglo XII, con los tempranos acercamientos de Santa Hildegarda de Bingen, quien detalló sus virtudes desde entonces; o con Raquel, la esposa de Jacob, quien quedó embarazada tras tomar una infusión

de la susodicha maravilla. En el patio trasero de una covacha desmoronada, el obsesionado droguero escondía jaulas con ratones, ranas y micos selváticos para estudiar sus reacciones, fueran bondadosas o perversas. Sus propiedades se le atribuían a la forma humana de sus raíces, semejantes a un bebé. Tomada con vino ahuyentaba la melancolía, contenía la pasión de los desesperados, liberaba a individuos de asiduas persecuciones, indicaba dónde estaban escondidos los tesoros, fecundaba vacas y les daba doble leche. Oriunda de bosques sombríos, la mandrágora provocaba la muerte si era ingerida con determinación.

La alcoba, macerada por un olor putrefacto, lucía intacta. El boticario respiró con placer infinito el vestigio pestilente de sus talentos, cual incienso recién esparcido. El cadáver, envuelto por una bata floreada, yacía sentado en un taburete sin prisa alguna por ser descubierto. A sus pies, una alfombra de margaritas marchitas. Una estatua pálida de mármol, lírica y radiosa, parecía no presenciar la tragedia. Sobre las tempestades, la locura de la muerte despejó su terreno. Al concejal se le veía tranquilo. Si no hubiera sido por el color calizo de su piel envenenada, nadie hubiera sospechado que estaba muerto. Y el joven hubiera aprovechado para confesarle su amor.

El sutil llanto de la criada era la única señal de que algo fatal había sucedido. Una copa a medio tomar reposaba en la mesita ovalada, junto con la máscara de fantasma todavía tibia. Cuidadosamente tomó la mano helada, como de cera maciza, para analizar sus tonalidades y anotar en un cuaderno los detalles que le cautivaban. Con una mueca, suplicó silencio.

—Mejor que me dejen solo, porque esto es serio —dijo el boticario—, a la muerte no se le manosea así nomás.

Era evidente que los ojos asustados del suicida no habían alcanzado todavía el otro mundo. Removió la mortaja con respeto de místico e intentó explayar la boca con una espátula de metal para raspar la lengua entumecida. Le llamó la atención que el concejal Martínez no se hubiera retorcido en la alfombra. Según sus

acuciosos estudios, la mandrágora ingerida directamente causaba convulsiones hasta fulminar el cuerpo por dentro. Jaló un par de vellos de su vientre firme con cuidado de cirujano, pidiendo disculpas a su oído. Los pies inmaculados tenían la planta lisa, con manchas negras que simulaban un mapa terrestre. El boticario dudó hasta que la criada sacó de la bolsa de su delantal la planta, cuyas piernas y rostro casi humano emanaban el tufo típico de su naturaleza. La interrogó sobre su origen, pero, al parecer, ella misma la arrancó de las manos del difunto para que no pasara al otro mundo con el cuerpo del delito. El joven le arrebató la raíz, como quien roba una joya, y la llevó hasta su olfato para confirmar su autenticidad. Mientras la criada distraída peinaba al cadáver, él amputó un trozo de la raíz y lo introdujo con evidente entusiasmo en su maletín. Se sostuvo en pie, como si fuera a interrogar a víctima y victimario a la vez. Acercó la mano, despacio, para clausurar los párpados e inducirlo a su perpetua oscuridad.

—Los que se suicidan van directo al infierno —dijo ella—, y sin el perdón de Dios.

—Al infierno van otros, los que nos hacen sufrir —respondió él—. El concejal era un buen hombre que no mataba ni a una mosca.

La guardia civil irrumpió en la sala. El alguacil, un hombre con aire aristocrático, ojos azules como el cielo de verano y exquisitos ademanes, lo condujo a la sala contigua para interrogarlo.

—Este era un hombre de gobierno, ¿lo sabía? —dijo como preámbulo.

—¡Sí señor! —respondió el muchacho sumergido en la tristeza—, compraba seguido en la farmacia.

—¿Asegura que murió envenenado? ¿Qué esto fue un suicidio? ¿Qué no hay sospechosos que perseguir?

—¡Sí! —respondió tajante el boticario, porque se propuso dejarlo descansar en paz.

La noticia corrió barrios y caserones cual epidemia pulmonar. Felícita Chub se encuclilló en la puerta de Julián hasta que Laura Esquina arribara. Hubiera querido evitarle el desamparo, tener un

ejército de legionarios para bloquear el ingreso de la noticia. Mientras tanto, Julián soñaba con su concejal, permitiéndole vivir un día más a través de sus evocaciones.

El presidente amaneció de buen humor. Los detalles de la fiesta le parecieron graciosos. El halo de su ángel lo tenía entusiasmado. Tomó el agua de Nina y pasó el martirio de la orina más rápido que otras mañanas. Hojeó los periódicos y revisó la lista de los desaparecidos que gritaban desde el sótano profundo de su caserío. Recostó los brazos sobre la ventana para apreciar la ceiba. El jefe de la policía secreta le dio la noticia de la muerte de Martínez.

—¡Viva el concejal! —exclamó, exaltado—, una piedra menos en mi zapato.

Acercó su cuerpo deforme al espejo ovalado de su habitación y dio la orden:

—¡Por fin un muerto decente! Que lo entierren en el cementerio general. Vamos a inaugurarlo con uno de los nuestros. Y no se olvide que iré a casa de Laura Esquina, para darle el pésame.

XIII

—¿Julián?

—Sí —respondió Leandro, susurrando tan quedo que apenas pudo escucharlo.

—Enciende la vela —musitó Teresita asustada.

—Shhh —respondió con soplo de llovizna.

Ludu de Egipto tuvo un sobresalto que hizo temblar el carromato. A tiempo atrapó la pata de conejo que colgaba del picaporte para evitar que su campaneo despertara a Helena. Un zarpazo laceraba su corazón desde la partida de Mala, aunque la noticia de su bienandanza arribó con una carta de más de cinco pliegos que reflejaba asombrosa lucidez. Apenas habían transcurrido pocos días y la nueva de su embarazo la tomó desprevenida. «Como es una niña, voy a nombrarla Ludu, como tú».

—Pero si solo han pasado días —dijo Ludu, despejando sus ojos dormidos—, es imposible que sepa que está embarazada.

—Seguro se encontró con ella entre los sueños —respondió Helena, sin sorpresa.

Salió a la intemperie para calmar sus ansias. A lo lejos divisó el cuerpo tendido de Rupa Kari recibiendo su baño de estrellas. Imposible interrumpirlo, aunque su agriado carácter se había suavizado inexplicablemente en días nacidos para preocuparse. Las amenazas de un próximo golpe que prendería al país en llamas eran cada día más inminentes. En lugar de planificar la retirada sin descuidar detalles, como siempre lo hacía, ahora cantaba con inusual insistencia y rondaba más de la cuenta con ojos de vigilia, sin perder oportunidad para comentar minucias matutinas con

Helena. Aun bebiendo botellas de *bourbon*, el hermano había dejado de visitarlo.

Cinco carromatos de los Lowaru quedaron varados por desperfectos; los hombres cambiaban engranajes de grandes ruedas de madera, mientras bebían con Petalo y los demás muchachos. Murmuraban para no mover al patriarca de su sueño iluminado. Saldrían a la mañana siguiente, después de emprender una diligencia que estaba pendiente por resolver. Entre ellos se encontraba un armatoste misterioso, cuyo habitante no se vio durante las fiestas. En repetidas ocasiones Zurka ingresó y permaneció largos ratos sin que se escuchara el distintivo chasquido de su voz. Una hermosa mujer acarreaba baldes con agua y platos con comida para encerrarse durante horas sin salir al sol. A orillas de la hoguera se comentaba que un hombre enfermo y arrabiado habitaba en el recinto, muy parecido al ogro de los relatos que las mujeres contaban a los niños para avivar sus pesadillas. Las muchachas buscaron excusas para pasearse por los alrededores e infiltrarse con sigilo por las ventanas, pero la oscuridad de los interiores opacó su impulso y las expulsó en una estampida de terror. Encomendada por sus amigas, Ludu intentó indagar con la anciana, pero obtuvo de ella pocas palabras que ahondaron su duda.

—En ese carro vive el remordimiento —respondió—, pero ya tengo la cura.

Ludu explayó sus manos en el aire como si fuera a cortar estrellas. Pensó en echarse la cartas, pero no fue necesario porque confiaba en la certeza de sus agüeros. «Los presentimientos son un instinto de sobrevivencia», pensó, aunque sintió que su payo caminaba de puntillas por los oscuros recovecos de deseos ajenos. Caminó sigilosa con el propósito de evitar que los perros emprendieran un jolgorio de ladridos y se detuvo en el vergel de Zurka para buscar sosiego. Floridalma asomó atónita el pico, adelantando un huevo hermoso y prometedor.

—No hagas bulla —dijo la anciana con un palo en una mano y tanteando la oscuridad con la otra—, estoy a punto de atrapar a una

rata infeliz que vive de mis plantas.

Ludu degustó la postura encorvada de la pitonisa dando palazos extraviados en el aire. Agotada, abandonó la causa perdida, se sentó en el pequeño balcón de su carromato, corriendo las hojas de un helecho hacia los lados con sus manos temblorosas, y recostó la cabeza de Ludu sobre sus piernas flacas.

—Cuando empezamos a vivir en serio, también lo hace el corazón. Tira a muchos a un lado y se va quedando con sus querencias verdaderas. Las indispensables para latir.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Ludu acongojada.

—Que el corazón no falla, niña.

Transcurrió en las vísperas de un golpe certero al gobierno del General. Tras cumplir con el gélido requisito sacramental en la gloriosa Catedral Metropolitana, llegó el silencio. Todo alcanzó aparente calma en el territorio monástico de la mansión de los Puerta Barrios. La ceremonia civil, que se realizó antes en el atrio, acaparó las noticias, intentando opacar el anodino culto religioso en manos de un cura que no creía en Dios y vendió su alma al diablo con tal de no terminar predicando en la jungla de una isla trasnochada. A Julián le fue indiferente quién los casara y se entregó a la voluntad de Teresita que traía una cruz encrestada en su alma vieja. Las ínfulas altivas del mandatario se hicieron cada vez más evidentes. Rebeldes de gran alcance opinaban que se trataba de la demencia que anteviene a los estertores de la muerte. Que se aferraba a la vida con las uñas y que su vicio por el opio reflejado en las ojeras le sacó de quicio confundiéndole los tiempos de lugar. Sus alaridos sin rumbo eran capaces de cruzar fronteras, creando mayores aspavientos en la población. Momento ideal para fraguar un golpe definitivo y recuperar el poder sin sacrificar tantas almas en una guerra innecesaria.

La gente salió irreverente a celebrar una boda que creía absurda y tomaron el país para disfrutar los despilfarros de sus propios impuestos. Desde los cuatro puntos cardinales se hicieron agasajos. La capital estaba de festejo simulando una feria nacional fuera de

temporada, donde pululaban arcos triunfales, paradas de escuelas y vallas de soldados. Durante la noche, paseo de antorchas en la Plaza de Armas, con el retrato del Libertador en procesión. En el teatro Colón se sirvió un gran banquete seguido de ostentoso baile que duró hasta las tres de la madrugada. Una cabalgata numerosa viajó hasta la capital. Carruajes adornados de flores desfilaron con el cortejo de los recién casados bajo una cimbra de espadas formadas por los oficiales de más alto rango. Los retumbos de cañón hacían saludo de ordenanza. Llevaron a la pareja a tomarse fotografías a la estación de San Francisco, junto a los vagones del porvenir. Luego los pasearon hasta los jardines y el zoológico donde incluso la mica, tomada de las rejas de su jaula con asombrosa expresión de congoja, sintió lastima por ella. El Patrón, siguiendo a la carroza nupcial, repartió limosnas desde su lustrado corcel. Según la tradición, un despliegue de bondad derramaría prosperidad sobre la pareja. Los parcos novios asistieron únicamente para inaugurar el vals, aturdidos por el traqueteo que ninguno de los dos sintió suyo.

Julián no recuperó la lozanía de otros tiempos. Ni con el traje italiano que le mandó a traer Laura para la boda logró reavivar la belleza natural con la que fue dotado. El suicidio del concejal no le causó la muerte, como varios auguraron. Tampoco hubo berrinches ni pataletas. La fuerza de la venganza se encargó de darle la entereza que necesitaba para sobrevivir. Estaba dispuesto a permanecer en pie, hasta darse el gusto de cabalgar vestido de mujer, con un arma en la mano, hacia las fauces del Patrón. Era demasiado prematuro para dejarse arrastrar por la desesperanza. Durante largas conversaciones con Laura Esquina, la advirtió de los riesgos que corría.

—No lo conoces, Laurita, no sabes de qué es capaz.

—Tú quédate tranquilo, es como ponerle una mancha más al tigre.

Por mucho que lo intentó, Teresita no sabía cómo recuperar lo robado por el capitán Prats. Un boquete perforó sus sentimientos dejándola vacía. Se acostumbró a deambular por el enorme caserón

sin ser vista ni oída por nadie. Ni siquiera su cuñado se tomaba la molestia de saludarla cuando la topaba en algún trayecto de la casa. Indagaba en enormes salones clausurados y encontró la manera de burlar la tranca de piedra y lodo para ingresar en la capilla. Su sorpresa fue enorme al encontrarla impecable, los santos remozados y hasta la plata pulida. Como si un sacristán devoto dedicara tiempo completo a su servicio. Recordó al fantasma del que todos hablaban sin turbación y agradeció que, al menos él, fuera piadoso en esa casa. Esa guarida le dio respiro. Rezaba el rosario tres veces al día, sin que nadie lo supiera, para mantener a flote los endebles mandatos de su religión y, con un libro que escamoteaba de la biblioteca eclesiástica, se recostaba en sus bancas acolchonadas hasta la hora de la comida. Ser invisible le resultó muy cómodo porque era algo muy parecido a la libertad. Ella, sin conocer mucho sobre la historia de su nueva familia supo que el presidente tenía los días contados. Que si alguien no se apresuraba a ajusticiarlo, la fatal enfermedad se adelantaría a sus faenas. Más de una vez, pasando por la puerta de la sala, lo escuchó comentar sobre celadas, revueltas, emboscadas y su disposición por fraguar una nueva revolución para tomar la región. En una oportunidad, mientras observaba una escultura de la sala de estar y recorría sus dobleces con la yema del meñique, entró un batallón de funcionarios de gobierno cerrando las puertas a sus espaldas. Ella se reclinó en la esquina y quedó inmóvil. Nadie reparó en su presencia y hasta estuvieron a punto de recostarse encima sin prestarle ninguna atención. Se enteró de los desaparecidos pernoctando en las torturas del sótano secreto; de próximos fusilamientos en el Cementerio General; de niñas y mujeres que encargaba como reses a su alcoba para «servirle mejor a la Nación»; de su cólera incesante por no haber encontrado a un tal doctor Arroyo en ningún sitio; de su júbilo por la muerte silenciosa del concejal.

A pesar de los arranques de ira, al Patrón se le veía debilitado. Permanecía largos ratos a la sombra de los duraznales del brazo de Justa, sin decir palabra. Inevitable esconder el martirio de sus

vísceras amortajadas. No se conformaba con ser gobernante de un país pequeño y añoraba poner su escudo en los confines del continente. Muchas veces intentaron hacerlo entrar en razón, pero era causa perdida.

—El poder nos vuelve apetecibles, luego insoportables, hasta que nos acorrala en un laberinto de locura —repasó Teresita, haciendo alarde de las palabras de su padre.

Aun así, el presidente añoraba construir un panteón presidencial en la Plaza Mayor y se vio ante una avalancha de ciudadanos cuando intentaron talar los árboles milenarios que dieron su sombra a sus antepasados. La insistencia en que los ramales del tren atravesaran desde su finca hasta los confines de la Patagonia era el máximo motivo de burla nacional y, de ajuste, el plan de construir un canal en Panamá para casar los mares, terminó de perturbarlo. Vio la oportunidad de su salvación e hizo hasta lo imposible para desviar el portentoso proyecto hacia su reino sin prestar atención sobre la absoluta imposibilidad de llevarse a cabo dadas las circunstancias accidentadas de la geografía. En obsesiva lluvia de misivas, reclamó que la unión de los océanos tenía que pasar por su comarca. Ofreció mano de obra gratis para cortar el continente en dos sin costos; chantajeó a embajadores y representantes para que cambiaran de opinión. Por último, culpó al equipo de consejeros por su corta visión y, públicamente, les deseó la plaga de mosca azul para que fenecieran sumidos en el olvido.

—Pues que se partan los volcanes en dos —dijo obsesionado—, igual estorban la vista y nos quitamos un problema de encima.

La población se sintió aliviada. Según noticias posteriores, separar la cola del istmo en terrenos accidentados no fue fácil, y las epidemias de malaria y fiebre amarilla ejercieron con elevada mortalidad entre los peones panameños. Pasar por el macizo de la Culebra significó excavar una profunda hondonada cuyas consecuencias no fueron predecibles. El Reformador no vivió esa gloria.

Antes de la boda, reverdecida de vitalidad, la prometida se congració con Justa. Estar del lado del enemigo no era mala idea para garantizar su subsistencia. Por las tardes se dedicaba a la capilla, a recibir tímidos baños de sol y, mientras todos hacían la siesta, aprovechaba para ingresar en las jaulas y enredar su existencia entre aleteos celestiales. Practicaba *Para Elisa* en el piano instalado muy cerca de la ventana de su alcoba, ajena a los preparativos de su boda. Se acostumbró a cruzarse con Laura Esquina en los corredores sin la gloria de los celos y a tomar el té con ella sin el lastre de la envidia. Conversaban trivialidades bajo un almendro tupido de flores blanco y rosa, que por un milagro concedido a los religiosos desalojados, había crecido en el pequeño jardín trasero con descarada frondosidad. Más de alguna vez Mila quedó atónita, porque amanecía podado y limpio como por obra de magia.

«¡Pobre mujer!», musitaba Laura Esquina mientras la miraba tan ajena e indiferente a la vida. «Al menos no va a tener hijos para heredar un corazón tan frío».

Sin mayores aspavientos, Felícita preparó a Julián para la noche de bodas con premura. Disfrazó entre el atol de maicena el más potente afrodisíaco, hecho a base de maca con rana licuada. Bebido en ayunas, despertaba lluvia interna, exaltación y el secreto de la renovación. Ingerir extracto de sapillo se consideraba un potente levantamuertos en su pueblo natal. La muchacha no lo había olvidado porque su madre muchas veces le confesó que ella era producto del brebaje. La idea de que la extranjera denunciara públicamente la vida licenciosa de su nuevo marido era insoportable. «Eso no va a surtir efecto porque parte de los resultados de una medicina los hace la mente», le comentó Mila, mientras la vio esconderlo en la maicena.

Tras el desfallecimiento generalizado que dejó la boda, incluso Faraón cayó rendido en su cojín sin haber puesto una pata fuera de

la habitación. Luego de alistar a Julián, Felícita condujo a Teresita Cruz hasta su recámara con el miedo de que se desviara hacia las jaulas y fuera ese el incómodo lecho nupcial. La ayudó a desabrochar los interminables botones del vestido de novia, que recostó sobre una silla regordeta. Apaciguó las ansias de la principiante con agua azucarada y cinco gotas de jarabe de manzanilla. Retiró la mantilla bordada que, aferrada de una peineta española, simulaba ser una nube desprendida del cielo. Por instrucción de Julián, descolgó el mosquitero de encajes para cubrir la cama con soplo de dioses. Desamarró el corsé que pensó innecesario ante tanta flaquencia. La asistió en vestir un camisón blanco de manta que le rascaba los tobillos. «Pero señorita, con esto no va a levantar pasiones», dijo Felícita para romper con el hálito frío de la mirada marital. Con un cepillo de finas fibras desenredó su lacio cabello, engrasado por la gomina de un elaborado peinado muy parecido a la cúpula de la catedral. Extrajo los ganchos, como deshuesando un pescado, y preparó baño de asientos para que la chica no espantase a su marido con los extraños olores que traía desde Europa. Cada detalle lo hizo con cuidado, imaginando que era ella quien estaba próxima a sucumbir ante los brazos del patrón.

Teresita estaba lista para salir del engorroso asunto de una sola vez. Cuanto antes, mejor. Dejándose llevar por sus parcos derroches femeninos, intentó atraer la atención de Julián con perfume de rosas de Santa María, pero la respuesta que obtuvo de él fue lapidaria «me encanta tu perfume, Teresita, guárdame un poco para usar en la boda». Presumía discretos escotes. Pero fue en vano alertar a alguien que transitaba por los recodos de recuerdos donde ella no tenía cabida.

En caso de ser necesario y un milagro divino acarreara a su marido para consumar el matrimonio, repasó las lecciones que la madre le impartió con el único fin que su noche de bodas fuera el comienzo de la salvación familiar. No abrir mucho las piernas, concentrarse en el techo mientras pasaba lo peor, no usar las manos ni por casualidad, no hablar y mucho menos demostrar contento.

Las conversaciones con las primas fueron más perturbadoras: le clavarían una daga entre las piernas, dejándola sin caminar durante semanas. La serpiente que escondía su marido entre el pantalón la mordería sin clemencia, hasta el fondo de sus entrañas. Insistieron en alertarla de que muchas morían desangradas tras haber empeñado la pureza en manos de la tentación. Que el parto era lo de menos, comparado con la forma como entraban los muchachitos a la barriga.

Teresita rezó la oración de Santa Brígida con el escapulario apresado entre sus dedos y añoró salir ilesa de la penuria. Segundos antes de que se abriera la puerta, recordó a la anciana gitana y la invocó para que la indujera de nuevo en un sueño profundo y pudiera divagar por la casa solariega de su infancia, con el anhelo de una quimera eterna.

—¿Julián?

Leandro deslizó la cortina sobreadornada para ingresar en los vericuetos de la oscuridad, como una suntuosa cabina donde se oían los susurros pero no se filtraba ni un rayo de luz. Las manos que le tocaron los pies se fueron entibiando en su recorrido, con prisa por concluir la tarea. Cuando repasaron las rodillas enjutas, Teresita sintió un extraño estremecimiento que la sumió en el asombro. Soltó el escapulario y contorsionó la cintura. Experimentó cómo el sereno de su intimidad suplicaba ser atendido. No dijo nada. «Solo las putas gritan», le instruyó la madre mientras le echaba la bendición de despedida. Apretó los labios. Las manos firmes aventuraron la ruta, sin aspavientos. Teresita aruñó las sábanas reprimiendo el impulso de tocar. Una respiración pasmada soplaba sus muslos atrancados por las paredes del largo camisón. Él lo tomó de las costuras para partirlo en dos y liberar así los movimientos involuntarios de la principiante. Respiró profundo y continuó la escalada. Su lengua saboreó la piel porosa de la cuñada, sus ávidos líquidos. Ella levantó la cadera sin plan definitivo, exigiendo que el marido la tomara sin más preludios. Él le tapó sus ojos con las manos mojadas antes de culminar el recorrido y subirse sobre ella ante las evidentes súplicas.

Los espasmos fueron breves. Para ella, más intensos que la emboscada tropical que le dio la bienvenida. Quedó inerte, con el camisón enrollado en las axilas. Encandilada. Leandro se retiró con cuidado y avergonzado cerró el velo para dejarla de nuevo en su cueva.

—Quédate, Julián —dijo ella.

Leandro se deslizó sin lastre hasta capturar el pantalón. Encorvado salió de la habitación guiado por un silencio lacerante. La dejó tendida, agradecida por no haber muerto desangrada en la soledad de su nuevo continente y porque, al fin de cuentas, no hubo serpiente venenosa ni daga funesta. Gateaba rumbo a su habitación, cuando creyó ver un fantasma en el fondo del pasillo. Era su hermano, dándole las gracias con la mirada vacía.

Tomó el naipe con la luna estampada. Se dejó caer sobre la cama. Lo pasó por su pecho y lloró porque su alma no sabía manejar la traición.

Cuando tocaron insistentemente la puerta, las muchachas dormían una hora extra con autorización de la patrona. Mila Pavón se levantó molesta por la irrupción de un sueño placentero y recorrió el eterno claustro semioscuro rezongando insultos incoherentes. Un joven impaciente esperaba, y aun con la mujer frente a él, seguía tocando con insistencia.

—Busco a Mila Pavón —dijo, ansioso por cumplir con su encomienda.

—Soy yo —respondió ella.

—La señora Zurka envía por usted. Dice que sabrá de qué se trata. Que no pueden esperarla mucho más.

—No entiendo nada —dijo Mila.

—Su hijo, señora. Empaque pronto lo que pueda para unirse a él, los Lowaru se marchan en horas.

Vivió la gloria. Corrió atolondrada hasta la habitación de su patrona, dejando al joven plantado en el umbral. Ingresó sin aviso y se tropezó con la bacinica regando los orines de la madrugada.

—¿Qué ocurre Mila? —reclamó Justa, restregándose entre las sábanas tibias.

—¡Me voy con mi hijo! —vociferó la criada, entusiasmada.

—Que te vaya bien —dijo Justa antes de dar la vuelta y encontrar nueva posición para llorar en silencio.

Mila empacó con aspaviento un pequeño tanate en donde llevaba su vida. Cruzó el arco de la puerta sin nostalgia y se perdió en la calle que la conduciría hasta sus aguardos. No se despidió de los muchachos que ella misma crio y consideró casi suyos por miedo a quedarse amarrada. A Felícita, quien lloraba desconsolada, le heredó las pertenencias que no pudo empacar, entre ellas las escrituras de un terreno que adquirió en el nuevo cementerio general. Gastó sus ahorros en eso, con el fin de que su hijo tuviera donde visitarla cuando volviera por ella. «La vida es más lenta de lo que creemos. Mire yo, ¡cuánto tardó mi hijo en regresar!», le dijo.

Sorprendidos, durante un desayuno anodino y sin sabor, Leandro y Julián interrogaron a su madre incisivamente. La intempestiva partida de la nana los dejó desorientados. No concebían la vida sin ella. No imaginaban las comidas sin sus sazones ni los pasillos sin los silbidos de sus pasos. Les arrancaron a su mariposa. Justa respondió con simulada frialdad: «No sé por qué tanta bulla. Solo era una sirvienta».

Las golondrinas emprendieron su nomadismo estacionario con un espectáculo que dejó olas negras dibujadas en el aire. Opacaron el sol durante minutos; espantaron a los pobladores de la ciudad creyendo que se trataba de un eclipse fatal. «Es hora de partir», dijo Rupa Kari detenido en el cielo.

XIV

Leandro Puerta Barrios no creía en las casualidades, pero esta vez titubeó para sobrevivir al desconsuelo. Su tío yacía enloquecido en la oscura habitación a causa de una migraña que lo tumbó y discapacitó para ver la luz del sol. Lo quería a los pies de su cama, junto con una población profusa de asistentes, soldados y asesores, en caso de que la muerte lo tomara por sorpresa y la mano de Justa no estuviera ahí para acarrearlo al otro mundo. Había dejado de comer por miedo a sucumbir envenenado y su debilidad anunciaba evidente derrota en la cruzada que pronto emprendería. Tras la muerte de Martínez, lo nombró concejal provisional mientras se aclaraba el panorama y pudiera ascenderlo a gobernador. Desde una esquina de la recámara, el doctor Conwell lo vigilaba en silencio, como los buitres que esperan pacientemente la muerte de su presa. No abortaba la esperanza de volver a las investigaciones del origen de la sífilis del brazo de Justa y purgar con una cura definitiva los crímenes que avaló por mandato.

Leandro salió al pasillo a tomar el aire y liberarse de la apestosa orina rosa que se asomaba hasta el ras de la bacinica de porcelana floreada. Sin haberlo planificado, se topó de frente con el cabecilla Dones. Aceptó un cigarrillo y recordó a Ludu, que no dejaba que sus recuerdos reposaran serenamente. El soldado escondió una revista de moda entre el bolsillo frontal del uniforme y por providencia le comentó que los gitanos levantarían esa tarde sus bártulos para escabullirse rumbo al norte; con harta razón, rechazaban la idea de enfrentar revueltas que no eran suyas. Leandro no quiso escuchar más. Pensó que de no haber salido en el momento preciso de la pestilente recámara y de no haber aceptado el cigarrillo, aunque no fumaba, jamás se hubiera enterado de tan catastrófica noticia.

Montó el caballo a rienda suelta para llegar a la penitenciaría más cercana antes de que picara el sol de mediodía. Ingresó en el recinto hediondo de la prisión improvisada para atender delitos de bagatela y el alguacil, escuálido y estirado, apareció con actitud de vigía.

—¿Qué lo trae por aquí, concejal? —preguntó, jugando con un palillo entre los dientes agujereados.

—Mi tío dio la orden de no chingar a los gitanos —dijo Leandro, enfurecido—, pero ahora quiere que impida de inmediato su salida del país por asuntos que tienen pendientes.

—Yo solo sigo órdenes —dijo el alguacil, sacudiendo un rimero de llaves en la mano—, no contraórdenes.

El clan de los Pulika hizo todos los esfuerzos por permanecer en tierra firme hasta que transcurriera la feria de ganado. Gracias a los acertados oficios de la municipalidad, ese año se hicieron esfuerzos por incrementar el comercio de bestias. La sociedad de animales importó toros Durman y Devon, atracción irresistible para los expertos. Los jóvenes gitanos vieron en ello una gran oportunidad de negociar sus percherones y caballos pura raza oriundos de Colombia. De ser necesario venderían tres funciones diarias del oso bailarín para no partir con las manos vacías. Se organizaron carreras hípicas y jaripeos como antesala al gran evento. Se construyó un hipódromo por orden del presidente. Las gitanas confeccionaron vestidos para estrenar; pulían sus monedas y se untaban con los aceites de Helena para lucir las gracias dotadas por sus antepasados.

Rupa esperaba el fantasma de su hermano con rezagos de nostalgia, mientras todos dormían vencidos por el embrujo del polen de los floripondios, cuando decidió acercarse a la reserva de agua para aplacar la sed que generalmente lo atacaba en la vigilia. Un inusual chapoteo alertó sus sentidos y se deslizó lentamente decidido a luchar cuerpo a cuerpo con el intruso. Metió la mano en el gran tonel de madera para sacarlo de las greñas. A cambio, lo que obtuvo fue la figura desnuda de Helena Gupu, cuerpo de plata

iluminado por estrellas. No le dejó más alternativa que culminar con lo que había iniciado hace mucho, desde que la sacó de prisión, degustó su primer platillo y la vio bailar tan libre sin que sus tensos pechos se inmutaran. Tuvo que liberarla apretando su torso resbaloso por el jabón de rosas, recostarla sobre el césped iluminado por discretos destellos del novilunio, tomar de las gotas que seguían pegadas sobre sus dedos corrugados, secarla toda con su lengua de felpa y magullarla con besos de furia. Tan natural que jamás se requirió desperdiciar augurios para adivinar que eso pasaría. Entonces alcanzó a darse cuenta de que, aunque fueran tan distintos como el agua y el aceite, habían vivido para encontrarse. Esa noche Rupa dejó el insomnio porque descubrió que era más fácil recordar con los ojos cerrados.

Aunque no fuera su propósito, a Ludu se le facilitaba enterarse de planes maestros para asesinar al General. Y pensando fríamente, estaba segura de que más de alguno sería suficientemente certero como para cambiar el rumbo de una nación desesperada. La idea de partir la horrorizaba; hacía añicos su existencia. Intentó guardar los secretos propios de su profesión, pero tuvo que confesarle a Rupa sus sospechas.

—Tenemos que partir mañana mismo —reaccionó preocupado—. La mayor ventaja de nosotros los gitanos es que nunca vamos a ser parte de una revolución.

—Podemos esperar un par de días, para comerciar las bestias, nada más —dijo ella, intentando disuadirlo.

—¿Nada más? —preguntó Rupa—, ¿estás segura de que nada más?

Recoger el campamento era más difícil que instalarlo. Como construir edificios haciendo que los cachivaches cazaran sus piezas de rompecabezas sobre un carromato sin derrumbarse. Saber el peso exacto para que sus ruedas no fenecieran hundidas entre el fango. Retornar al oso bailarín a su jaula, soportar sus crujidos y esquivar los zarpazos de mal humor. Guardar la cocina, recuperar a los niños desperdigados y enseñarles que su vida estaba en cambiar

los campos de juego por el traqueteo. Pero, dadas las circunstancias, esta vez no habría tiempo para explicaciones y terminarían por levantar de la tierra meses de estadía sin dejar más huella que las cenizas del fogón.

Al cruzar el campamento, Zurka sintió el olor de la cocina y empezó a extrañarlo. No imaginaba su vida sin bokoli y yuca frita. Por si fuera poco, Helena había cocinado esa mañana con especial sazón. Aspiró dos veces los aromas que se incrustaron en la intimidad de las ropas, despertando en apetito colectivo antes de tiempo. Al llegar a su destino, dejó caer el cuerpo encorvado con expresión de alivio.

—¿Qué la trae por acá? —preguntó Rupa, maravillado de su viveza.

—Voy a quedarme —dijo la anciana.

—¿Está demente? Usted sabe mejor que ninguno que un patriarca jamás deja a alguien en el camino.

—Yo le vengo a informar nada más. Esta primavera, que no se acaba nunca, le hace bien a mis huesos. Mi carromato ya no avanza al ritmo de los demás y usted por fin encontró la cordura.

—Zurka, usted nació en el traqueteo, moriría si su alma se queda estancada para siempre en el mismo sitio.

—La mayor gracia de los humanos es que siempre estamos a tiempo de cambiar de opinión.

Le impresionó su llaneza, muy semejante a la inocencia. Como si con cada día rejuveneciera su alma. «Con la vejez se van limpiando las culpas, u olvidando, que es lo mismo. Además, tenemos bandera blanca para decir lo que se nos dé la regalada gana», decía ella, burlándose de su propia condición.

Rupa quedó solo. Recostó su anhelo en Helena Gupu. Extrañó a su hermano y concluyó que debía postrarse ante los irrefutables deseos de la anciana.

Teresita de Puerta no salía del estupor. De no haberle creído a las primas, se habría entregado a los brazos del capitán Prats sin pensarlo dos veces. Tras la noche de bodas, estaba más fresca,

desprevenida, y ajena a los acontecimientos que alertaban en su propia casa. Anticipándose a la tragedia, Justa escondió valiosas joyas en las copas de sus corpiños y mandó a enterrar todas las piezas de oro junto al pozo, en el último patio. Anillos en celosías de madera y cadenas entre los platos de la alacena. Mientras tomaba el desayuno en soledad, Teresita acalló la mirada y quedó fija observando el paso femenino del marido que se aproximaba a la mesa. Ella precisaba una respuesta en su mirada, un asomo de complicidad que reviviera la pasión de la noche anterior, en esa incomprensiva relación de habitaciones separadas. «Vivir el exilio de una alcoba equivale a ser un migrante dentro de la propia casa», pensó Justa cuando no hubo más alternativa que planificar cuartos separados.

Ella le sirvió el jugo de naranja y obtuvo a cambio una sonrisa ladeada de cordial distancia. Al unísono, como esos baldes de agua fría que caen desprevenidos, les arremetió la corazonada de que les esperaba un futuro compartido que solo la muerte podría disolver. Que muy pronto se toparían en el caserón como dos amas de casa conllevando los oficios y que sin pretenderlo se habían convertido en almas gemelas mirándose sin siquiera mirarse para aplacar la soledad. Teresita soñaba con colocar una red en cada patio y soltar a sus pájaros para moverse con libertad dentro de jaulas gigantes. Abriría la capilla y daría clases de catecismo a las sirvientas. Cocinaría habas y guisos españoles; instalaría una academia de baile flamenco para las señoritas de sociedad. Planificaría un viaje a las selvas peteneras para extraer, como quien arranca las frutas de un árbol, las aves de su antojo.

Julián anhelaba hacer fiestas en su alcoba para honrar a Martínez, sembrar margaritas en todas las jardineras, vestir las medias que Laura le obsequió años atrás y bañarse desnudo frente a la pila después de haber escupido el cadáver del tío. Le parecía insoportable seguir el resto de su vida atrapado en la ficción. Esa determinación traía toda la fuerza de su concejal, quien al liberarlo de la deshonra también liberó su corazón.

—¿Va a desayunar pan? —preguntó ella, con los ojos vacíos.

Desde la partida de Mila Pavón, Justa aferró sus miserias a la nuera. Invadía su habitación sin anunciarse, esparciendo incienso de alquitrán y fragancias de naranja agria sin su consentimiento; la acompañaba a tomar el sol aunque su piel de porcelana lo repeliera y le sacara unas pecas que para la época eran detestables; la escuchaba repetir diez veces la misma pieza de piano, fingiendo la sorpresa de haberla oído por primera vez. Todo con tal de no caer en el negro agujero de la soledad. El presidente, entretenido en sus tácticas militares, había espaciado las visitas de rigor, asunto que para Justa fue una especie de liberación forzada de la que fácilmente se acostumbraría, si aprendía a destinar su tiempo libre a buenas causas. Teresita tomó el asunto como una irrupción fatal. Ahora tenía que ideárselas para burlarla y escabullirse a sus recodos de plácido recogimiento. Simulaba ir al cuarto de baño, cerraba la puerta con llave y se corría por la ventana de ventilación para ingresar a la capilla. Se vio obligada a fingir síntomas de gripe con tal de que la dejara respirar tranquilamente sus recuerdos. A cambio, la suegra le aplicó una lavativa diaria con agua y vinagre para aliviar el supuesto estreñimiento y un tortuoso tratamiento epispástico para controlar la gripe que nunca terminó por llegar.

Tras el escueto desayuno de prolongados silencios, sin las suculentas sazones de Mila que hasta en un huevo duro ponía su propio sello, Julián pidió a Felícita llevar un recado al oído de Laura Esquina. Ella lo hizo con ahínco de paloma mensajera. Cruzó la Plaza Mayor con árboles orgullosamente erguidos ante los tiestos de un mausoleo truncado y le extrañó el silencio de las calles. Las tiendas estaban a medio abrir aunque ya fueran las diez de la mañana; con el cielo tan azul no había posible tormenta que se avecinara. La escuela central estaba cerrada a piedra y lodo y quienes caminaban en las aceras parecían espectros deambulando en un pueblo abandonado. Era sabido que los pelotones se alistaban, los traidores confabulaban, todos para salir rumbo a la frontera a enfrentar lo irreversible. Las Tres Juanitas fue el único negocio con gran

demanda de soldados principiantes que hicieron fila pacientemente para no morir sin haber experimentado los exquisitos misterios del sexo mundano.

Laura Esquina cosía a toda prisa dos uniformes de sirvienta. Las monjas españolas limpiaban la última habitación de la casa, destinada a los cachivaches, refundida detrás del enorme ciprés, para esconderse de la tempestad. Conservas de frutillas, cazos con agua pura, galletas, atoles y los biberones para María quien, sin enterarse, mecía su siesta en la hamaca del corredor. Laura sacó su rifle de la funda y lo cargó frente a las preladas anonadadas, para comprobar que aún servía. De un solo disparo deshizo los agapantos que yacían recostados contra la pared del patio central. María se despertó del sobresalto y lloró desconsolada porque en su diminuta conciencia la próxima visita la incomodaba más que a ninguna.

—El joven Julián manda a decirle que hoy planea visitarla —dijo Felícita contagiada por los efectos del silencio callejero.

Laura no se inmutó ante lo que ya sentía aproximarse. Corrió a la cocina con María entre los brazos, quien milagrosamente había engordado cinco libras en los últimos días. Aleccionó a la monja gorda para silenciarla durante la visita que, según sus planes, sería corta. Retomaron la manta para trasladarla al cuchitril acondicionado, solo que esta vez la arrastraron entre todas por el piso brillante de los corredores hasta dejarla rodar dentro de la pequeña recámara. No había tiempo para nimiedades. Convencidas de que el Patrón estaba poseído por todos los demonios, las novicias esparcieron agua bendita en los rincones de la casa, y hasta planearon darle el té con imperceptible aroma de ajo y arándano para extraerle las fuerzas del mal sin que se diera cuenta. Dejaron dos cebollas debajo de los sofás junto con ramitas de romero en cruz y pequeños vasos con agua sobre las mesas para purificar a tiempo el contagioso aliento del diablo.

Laura vistió de criadas a las dos monjas de genio más aciago y las aleccionó a no decir, bajo ninguna circunstancia, una sola palabra por el riesgo a que las elocuciones conventuales las delataran frente

al Patrón. «Por la gracia de Dios», «Ave María Purísima», «Virgen del Calvario» y «por todos los ángeles» estaban determinantemente prohibidas.

Un gendarme tocó a la puerta con virulencia, anunciando la llegada del presidente. Sin esperar su aprobación, más de quince soldados invadieron el caserón de Laura Esquina como si ensayaran el desfile de la Independencia. Se inmiscuyeron en las habitaciones, rastrearon la cocina y repasaron los patios para luego hacer guardia en puntos estratégicos. «Despejado», gritaron de uno en uno.

—Laurita —dijo el Patrón sosteniéndose del arco de piedra tallada de la entrada.

—Presidente —respondió ella con exuberante pose de meretriz—, me toma por sorpresa porque yo creí que usted ya andaba defendiendo las fronteras.

Laura detectó los ojos desorbitados por las secuelas de la migraña mañanera, que aún retumbaba en la sien del General, y un escalofrío recorrió sus brazos por el miedo a la muerte que reflejaban. Ella vestía un traje rosa que avivaba su pequeña figura perfecta; su paso delicado hizo que el mandatario terminara por perder la cordura. Para ella no fue difícil recordar las usanzas de su antigua profesión que reflejó en el contoneo de sus caderas y el tono áspero de su voz sensual. Lo guio del brazo por el patio y los jardines haciendo alarde del cuidado de sus manos, que siempre atraían poderosamente la atención. Lo apretaba hacia su cuerpo y rozaba de más. El General se sintió incómodo ante tanta soltura porque parte de su juego con la mujeres era inmiscuirle el ingrediente del terror. Quedaron solos en la sala, bajo una benigna corriente que avizoraba llovizna.

—¿Quién toma tanta agua? —preguntó al ver los vasitos depositados en puntos estratégicos para acorralar a los espíritus malignos.

—Yo —respondió Laura—, padezco de sed.

Las puertas de vidrio se somataron distrayendo el ánimo incisivo del visitante. Él la observó inquieto. Laura respiró tres veces, invocó

a Carmelo, lo más cercano al bien que había conocido, y no esperó un minuto más para el asalto. Con planificada pasión, se abalanzó sobre el pecho del hombre sorprendido. La criada, que en ese momento llevaba el té, quedó absorta ante el bochorno que anunciaba un pecado irreparable. Botó la bandeja.

—Déjela ahí, y retírese —ordenó Laura escalando apresuradamente el cuerpo del mandatario.

—¿Quién duerme en esa hamaca pequeña? —preguntó incómodo, señalando el corredor y haciendo todos los esfuerzos por distraerla de su arranque.

—Yo, General, ¿quién más va a ser? —respondió Laura mientras respiraba agitadamente muy cerca de su oreja—, pero relájese que ahora está en mis manos.

«A las hembras las monto yo, porque a mí nadie se me adelanta», solía decir el presidente con el coro de carcajadas de sus compinches. «Hay que tratarlas como a las bestias: que adelanten cuando uno quiere y que frenen cuando se les ordena».

Laura abrió los pantalones del Patrón con fogosidad, poniendo en vilo su habilidad para desamarrar todo tipo de fajas, nudos y cinchos con los ojos cerrados. Apretó sus labios, frunció el ceño y arremetió con su mano pequeña, desenmascarando los estragos de la enfermedad y estrujando la blanda y pegajosa virilidad truncada.

—¡Ay Dios, presidente, lo siento tanto! —dijo con tono de desilusión—, pero no se preocupe, que yo sé muy bien guardar secretos.

El Libertador, el Patrón, el afable mandatario se puso de pie y sus ojos se humedecieron por los efectos de la humillación. Sintió terror. Esa deshonra lo derrocó más que sus pesadillas, más que las emboscadas, más que la culpa de haber quemado un pueblo entero. Su frente amplia se tornó brillante a causa del sudor viscoso que le produjo la ansiedad.

—Creo que me tengo que ir, señorita Laura —dijo confundido—, hay asuntos pendientes. Pero créame que volveré.

—Acá lo espero, presidente —dijo ella al cerrar la puerta.

Las monjas fueron saliendo de su guarida con cara de asombro. No interrumpieron el gozo que destellaba la anfitriona y agradecieron a todos los ángeles que no hubiera sido necesario utilizar el rifle. Su venganza estaba consumada. Y María no lloró.

XV

—¿Usted aquí? —preguntó el General.

El doctor Dale Conwell somató la puerta de la habitación con incisivos golpes de capitán victorioso. Justa Barrios viuda de Puerta no se inmutó. Yacía hincada, con los codos recostados sobre un colchón amilanado, rezando por el alma del presidente, sin miedo a que su devoción reprimida saliera a luz. Una invasión de polillas hambrientas de maderas coloniales fue suficiente para alertarla de que había llegado el ocaso. Esa tarde, de soplos refrescantes, el presidente partió a la ofensiva cabalgando su caballo pura sangre, seguido por más de mil hombres armados con cascos, bayonetas, carabinas y botas nuevas. Tras haber empalmado una fortaleza en la frontera con El Salvador, empezarían con el saqueo de tierras vecinas antes del arribo de la madrugada. A pesar de ser estricto asunto de Estado, todo mortal estaba enterado de los detalles de su estrategia.

Implacable, dispuesto a sacrificarlo todo, el Reformador había decidido cruzar el linde de una federación centroamericana desmoronada por la sedición tras haber lanzado una última proclama que quedó escrita en la bitácora nacional. Apostado contra la pared, jaspeó advertencias innecesarias, planes absurdos que incluyeron el asunto del Canal de Panamá y amenazas que mencionaron la mosca azul, visiblemente agraviado por la incoherencia. La sentencia fue definitiva. Sus hombres emprendieron una causa que rebasaba el límite de sus poderes; los países centroamericanos, con el infranqueable apoyo mexicano, sumaron esfuerzos y estaban dispuestos a todo con tal de mantener vigente el principio de la independencia. Los consejeros más cercanos intentaron persuadirlo

de ese arranque sugiriéndole que la renuncia era la única salida digna que le quedaba. Fue inútil. A cambio recibieron insultos, maldiciones y una bandeja repleta de comida en la cabeza.

Justa también intentó instigarlo al hacer alarde del afecto que los unía, clamando porque no la dejara sola. La visitó la tarde anterior a su partida, cuando venía de darle el pésame a la señorita Laura Esquina por la muerte del concejal. Derruido, sudoroso y con la mirada en otro sitio, se instaló donde acostumbraban a tomar el té con leche y galletas de almendra. Previniendo una despedida definitiva, ella se levantó sin terminar, recogió su taza y sacudió los rezagos de migas que quedaron bailando sobre el mantel. Él recorrió con una mirada furtiva las llaves que colgaban de aquel esbelto cuello, que ya se le habían vuelto tan íntimas como el propio corazón. Antes de partir, se arrimó a sus caderas apresándola con desaliento.

—¡Ay mi Justita, si tan solo no hubiésemos sido tan primos!

Eran las cinco en punto cuando Justa oyó la orden de retirada que levantó interminables bardas de polvareda en toda la metrópoli. Quienes salieron a presenciar el espectáculo, quedaron cegados con nubarrones secos flotando entre sus ojos. Gimió como si tuviera el cuerpo frío del difunto en su cobijo. Recordó las huellas hendidas en su cintura, aún tibias, y se anticipó con gritos desgarradores llorando a un muerto que aún estaba por morir.

El pelotón se detuvo antes de cruzar la línea divisoria. Apenas a kilómetros de distancia, escuadras de fina artillería esperaban la ofensiva. Las cuadrillas del Patrón se venían por la delantera y otras por la retaguardia, dudando de la estrategia. Como medida precautoria prohibieron encender fogatas e instauraron el silencio con orden marcial. Si alguien chistaba, sería castigado por traición. A pesar de que se ingeniaron para cubrir los frentes, todo parecía estar habitado por siniestras almas de adversarios. Acorralado, el mandatario se sintió tentado a dar marcha atrás, pero el tormento de su orgullo no incluía la tregua. La oscuridad lo engulló todo. Cientos de almas, sumidas en pesarosos pensamientos, vigilaban sus

espaldas interrumpidos por el chasquido de las congojas y el tambor de sus propios corazones. «Típico hechizo que antecede a una guerra produciendo llanto colectivo en los soldados; no por los errores cometidos, sino por los que ya no podrán cometer», susurró un capitán de brigada.

El Patrón se retiró a la sombra de un tronco añejo porque detestaba que lo miraran orinar. De la nada, un jinete cruzó la quebrada; no fue necesario recurrir a conjuros para volverse invisible, porque aunque varios lo vieron, nadie dijo nada.

—¿Usted aquí? —dijo el General.

El disparo fue fulminante. Su cuerpo rodó por la hondonada sin dejarle el tiempo necesario para redimirse o para suplicar que le limpiaran bien las manos con el fin de pasar al otro mundo dignamente. Entre el tumulto de adeptos y sediciosos el verdugo encontró paso libre y se esfumó campante en las fauces de la noche.

El doctor tocó tan fuerte que derrumbó la puerta de la habitación. No dejó espacio para preguntas ni discursos. A pesar de aquella maraña de indicios, obvió consuelos y explicaciones innecesarias porque, al parecer, Justa estaba enterada de todo antes de que hubiera ocurrido. De su maletín de cuero sacó un lienzo de algodón, que luego humedeció con el líquido lila de un bote pequeño de farmacia. Un vestido negro que cubría el sillón llamó poderosamente su atención. Todavía tibio, delataba un duelo prematuro.

—¡Vámonos! —exclamó endiablado—, ¡el presidente ha muerto!

Dale Conwell no esperó respuesta. Había ensayado esa frase durante suficiente tiempo como para que alguien la estropeara en el arranque.

—¡Nos vamos, Justa! Todo está concertado con el capitán Prats para zarpar lo antes posible. La gente quiere su cabeza y se preparan hordas para ajusticiarla.

Los hijos entraron en la alcoba apresurados. Sin cruzar palabras, ambos tomaron a su madre de los brazos mientras el doctor la inducía a un sueño profundo.

—Cuando despierte, todo habrá pasado —indicó el médico, tembloroso.

Velozmente, tropezándose con una mesa ornada, Julián extrajo una maleta de la cómoda. Leandro sacó del armario los zapatos, corpiños, pantaletas y vestidos que encontró a su alcance, sin tiempo para escoger. Al abrir la maleta, quedaron atónitos: estaba perfectamente hecha con todo tipo de prendas seleccionadas con premeditación. La cargaron por el corredor, sorprendidos porque la sílfide figura de su madre pesara más de la cuenta. «Los cuerpos pesan más muertos que vivos, como si el alma no tuviera nada que ver», susurró el doctor. Una carroza esperaba frente al zaguán trasero. Leandro logró darle un beso en la frente y Julián lloró desconsolado el desarraigo tan repentino de su yugo.

—Su madre estará bien —dijo Conwell antes de partir.

Teresita se arrimó a Julián para consolarlo con uno de esos impulsos que pocas veces asomarían por su instinto desalmado. Luego se dirigió al cuñado y, acercándose de más, sintió el aroma familiar de las recientes pasiones. Confundida dio la vuelta para ingresar a sus confines, ya sin la sombra de su martirio.

Cuando Justa despertó, lo hizo en el galeón comandado por el capitán Prats. Dirigía sus velas rumbo a Nueva Orleans, resguardado por un mascarón de proa que engalanaba la parte alta del tajamar. La lámpara de aceite bailaba al son de las olas templadas y el crujido de la madera era suave y ligero, feliz silbido de todo sueño marino. Yacía tendida en la litera de un camarote al lado del doctor Dale Conwell. No gritó. No se asustó al verse desnuda. Él tomó una tijera de acero para cortar la cadena de su cuello; las llaves se desmoronaron en el aire. Liberada, dio la vuelta y siguió durmiendo plácidamente.

Rupa ingresó al carromato con el retumbo de los cañones haciendo eco contra montañas y peñascos. Ludu salió corriendo sin saber que Petalo venía a rescatarla. Últimamente se negaba a enfrentarlo escabulléndose, a toda costa, de su incómoda presencia.

Se sentía traidora pero no encontró más salida que obedecer los impulsos de sus corazonadas.

—Mataron al presidente. Alisten todo, que nos vamos ahora mismo —gritó Rupa, alertando al clan sobre la premura.

Cuando Ludu alcanzó el mundo verde de Zurka, entre descomunal alboroto de niños y mujeres buscando objetos perdidos, no pidió venia como lo exigía la costumbre. Se detuvo para observar el feliz progreso de la carnívora y se lanzó a su refugio echándose a llorar.

—La historia de una gitana jamás culmina con lágrimas —dijo la anciana para consolarla.

—Yo no puedo dejarla abandonada aquí, abuela, lo que pide es inhumano —dijo Ludu suplicante.

—Pero si tú vas a regresar a tiempo para enterrarme, niña.

La primera carroza en rodar fue la del patriarca. Salió tras fijar el teodolito y el dínamo de manivela sobre el piso de su interior estrellado, seguido de la jaula rodante del oso bailarín y el rosario de carromatos ciñendo sus cimientos. Fue como encaramarse de nuevo al mar. El vaivén de su mecida hizo disipar melancolías.

—¡Es el riesgo de haberse quedado más tiempo de la cuenta! —lamentó Zurka al verlos partir tan acongojados.

Los edificios de tres pisos de cachivaches, atados unos con otros, estaban a punto de derrumbarse y la pequeña pianola en la cima de los bultos parecía que fuera a tocar para los ángeles. Los balcones de madera torneada chillaron compungidos y los crujidos de las ruedas oxidadas por el desuso se escucharon desde lejos. El gran campo quedó vacío, con excepción del carromato de Zurka, lo más parecido a un oasis solitario.

Ludu se sentó en el pequeño palco de su carroza. Los pies colgando muy cerca de la tierra querían lanzarse y echar raíces. No la asustaron los estruendos de una guerra que a lo lejos festejaba el triunfo definitivo.

Leandro tuvo que desaparecer mientras las cosas alcanzaban la cordura nuevamente. Empacó lo necesario para unirse a los rebeldes

de la frontera y establecer nuevos territorios de tregua. También pensó en alcanzar a los cazadores de gemas, que seguramente incursionaban en espesas selvas de quietud. Escondido en el potrero lo esperaba Abraham Fernández con expresión de terror.

—Yo estaba ahí, Leandro, yo estaba ahí —le dijo conmovido—, el Patrón no murió en combate como quieren aparentar. Fue alguien conocido quien lo mató. Yo mismo divisé su sombra en la penumbra.

—No me diga más, coronel —dijo Leandro—, deje que me lo imagine.

—Lléveme con usted, concejal —suplicó Fernández, acorralado.

—Lo siento, mi destino ya está trazado hace mucho tiempo y para eso no necesito su compañía.

Mientras Leandro soltaba la cabezada de cuadra y montaba a su caballo con un salto de liebre, creyó escuchar taconazos de flamenco seguidos de la voz libre de su cuñada.

—A partir de ahora, en esta casa se comerán únicamente viandas españolas.

Laura Esquina caminó hasta las fronteras de la cocina. Se postró ante la monja gorda y tomó a María. Tras recibir un baño largo, se puso un vestido nuevo con paletones frontales, guantes blancos y medias caladas que recién habían llegado a su comercio. Con la niña en brazos, salió a la calle. Caminó por los bordes cuadriculados y se postró debajo de los almendros para cubrirla del sol, hasta alcanzar la entraña de la ciudad. Se sentó en una banca desolada. Balbuceó con ella y la apretó a su pecho.

—Vamos a visitar a tu tío Julián.

Leandro Puerta Barrios cruzó parques y callejones de trazo ajedrezado con la resonancia pública del triunfo. Al ver a Laura Esquina sentada en una banca del parque solitario emitió un gesto de cortesía. Ella no oyó el bullicio que, de a poco, fue ocupando las aceras. Se abrieron las puertas de las casas y hordas de madres salieron para agradecer al Piadoso, ya que vieron volver a sus hijos ilesos de una guerra que jamás se libró. Otros se lamentaban con

profundo llanto por haber perdido la oportunidad del progreso y la salvación que ofrecía la modernidad.

La feria se adelantó esa tarde. La Virgen de la Asunción paseó campante en procesión, liberada del acoso que sufrió. El peluquero humedeció la acera con baldes de agua para evitar que los residuos de alboroto no entraran a su recinto; esperaba a Leandro Puerta Barrios quien en más de una década jamás falló. Los curas que quedaban aparecieron hasta debajo de las piedras; abrieron solemnemente las puertas de la Catedral, para retomar su contubernio con Dios. Monaguillos vistieron los trajes encofrados, y las bandas militares, ya sin dueño, tocaron piezas de alabanza. Las monjas vistieron sus hábitos, sacudieron las manchas de moho como ahuyentando a los fantasmas, e iniciaron romería. Dejaron una nota escueta en el portón de Laura Esquina: «Gracias y que Dios la bendiga. PD: hay corta los tomates». Presas de la euforia y sumidas en aires promisorios, salieron apresuradas a la intemperie sin bóvedas ni cuchitriles para esconderse. La monja gorda quedó varada en su colchón seducida por el nuevo rol de abnegada nana, que estaba dispuesta a jugarlo hasta el final.

Unos dijeron que el tiro explotó sus sesos. Otros que le había pegado directo al corazón. Los menos, afirmaron con vehemencia, que la bala misteriosa había impactado con certeza en los huevos del Patrón.

El camino se hacía denso. Los Pulika esquivaron barricadas que no estaban destinadas para ellos bajo un luminoso atardecer brotando entre las breñas. Hundida en la desesperanza, Ludu se dejó tragar por el sobresaltado paisaje suplicando al espíritu de su madre no recuperar más la conciencia.

Todo indicaba que la caravana había tomado rumbo al norte. Quizás Leandro estuvo a tiempo de recordar su conversación con el cabecilla Dones; o las lágrimas que humedecieron el trayecto serpenteado le indicaron el camino. Habrá sido porque las huellas

hendidas de las ruedas dejaron su plan para ser rastreadas. O el aroma a azucena lo guio sin agravios ni premoniciones hasta su destino definitivo. Cuando divisó la ringlera de carromatos en lontananza, simplemente tomó las riendas y lanzó un ligero roce con la fusta al vientre del caballo. Apresuró la cabalgata a tiempo que ella asomaba sus ojos agachados para ser rescatados de la tristeza. «Gitana mía», pensó mientras la alcanzaba.

El doctor Rafael Arroyo desfiló glorioso en su nuevo corcel recién lustrado con aceites de castor, perseguido por las alabanzas de un pueblo agradecido que estuvo a punto de beatificarlo antes de tiempo.

—¡Finalmente! —dijo complacido—, lo que me jode es que ese hijo de puta jamás se va a terminar muriendo, aunque esté cien metros bajo tierra.

Él mismo liberó a los presos guarnecidos en el sótano de la casa presidencial, que había tomado como suya.

—¿Tiro los grilletes? —preguntó un gendarme.

—No, me van a servir.

Recorrió calles y avenidas con la bandera nacional en la mano, cantando el Aleluya. De inmediato daría la orden para que religiosos y presbíteros, monjas y clérigos, novicios y diáconos paliaran la pesadilla de un pueblo atrapado en la herejía. Para aparentar buenas costumbres, que quedarían marcadas en la historia de los textos escolares, retornarían el cuerpo del Patrón y llevaría a cabo las respectivas honras fúnebres en el cementerio.

El doctor Arroyo tomó posesión de la presidencia un día después del entierro. Horas antes, fue investido con rango de general en un solemne acto en el Palacio de las Armas. Acompañado por La Granadera, recibió la banda presidencial de un cónclave de diputados, amenizado con desfile de escolares entusiasmados por retomar sus clases de religión.

Exhausto se retiró a la mansión tras haber pasado por Las Tres Juanitas para lucir desde la carroza su banda azul y blanco. Se sentó

frente al escritorio tallado de cedro del Patrón y recorrió los detalles con las yemas humedecidas, mientras el cabecilla Dones le daba la bienvenida, presentándose como jefe de guardia de la mansión.

El presidente, el conservador, el Hijo Predilecto de Dios y de la Patria, dirigió su mirada embelesada hacia la ceiba milenaria desde la ventana de su nueva habitación. Se aproximó para observar de cerca el teléfono, pensando que había sido un despilfarro nacional para semejante llamarada de tusas. Erguido, paseó su figura frente al espejo ovalado, mientras el cabecilla permanecía inerte bajo el vano de la puerta.

—Usted que sabe de esas cosas, soldado, tráigame a una niña virgen para aplacar mis ansias.



ANABELLA GIRACCA nació en la ciudad de Guatemala. Luego de obtener la licenciatura en Letras y Filosofía, ingresó en el campo de la Lingüística y los Derechos Humanos con énfasis en pueblos indígenas y niñez. Esto le ha permitido dirigir proyectos y publicaciones de orden nacional e internacional en favor de reivindicaciones étnicas de su país y de la región.

Es directora de la cátedra Unesco de Comunicación para el fortalecimiento de la diversidad cultural, y columnista de opinión en *elPeriódico*.

Es autora de cuentos infantiles traducidos a varios idiomas mayas de Guatemala. Ha publicado: *Demasiados secretos* (2009), *Sanjuana* (2012) y *El enigma del santuario* (2014).